ENCUENTROS

CIUDAD, MEDIO AMBIENTE Y TERRITORIO

ISSN: 2981-4995 (En línea)



#SalvemosSanturbán
#SomosAguaSomosVida

Octubre de 2026 | Bucaramanga, Santander (Colombia)

EDICIÓN 59

REVISTA ENCUENTROS

ISSN: 2981-4995 (En línea)

Núm. 59 - Octubre de 2026
Bucaramanga (Colombia)

Dirección
Luis Álvaro Mejía A.

Comité editorial
Jorge Castellanos Pulido
Rafael Téllez Sánchez
Juandiego Serrano

Revisión editorial y de estilo
Juandiego Serrano

Comunicaciones
Wilson Barrios Rojas

Diseño
Harold Rivera Gómez

Contacto y recursos web
revistaencuentros.santander@gmail.com
www.fusader.org
www.concienciaciudadana.org

Apoya:

CONTENIDO

EDITORIAL

Editorial #59 4

OPINIÓN

La historia y la memoria 12
Por: Carlos Guillermo Martínez Gómez

La peste del insomnio 16
Por: Naid Núñez Castillo

Acojamos el llamado del papa León XIV para hacer esfuerzos creativos en convivencia y paz. 20
Por: Carlos Arturo Rodríguez Díaz

La calle no se calla: Francia lleva la voz cantante 24
Por: Enrique Uribe Carreño

EDUCACIÓN

Educación y cultura: cimientos de un nuevo paradigma de sociedad 34
Por: Jorge Castellanos P.

MEDIO AMBIENTE

El Plan Director: la política del agua 42
Por: : Gerardo Ardila

Financiación para el agua: diagnóstico y rutas de financiación nacional e internacional para los acueductos comunitarios en Colombia y Santander 48
Por: : Cristina Díaz Díaz

ECONOMÍA POLÍTICA

El presupuesto de 2027: su contenido regresivo y fracasada aprobación legislativa 64
Por: Arturo Cancino Cadena

¿Democracia o facismo? 68
Por: Gonzalo Jiménez R.

TECNOLOGÍA

Universidad, desarrollo, trascendencia y superinteligencia 72
Por: Carlos Jaime Barrios Hernández

CULTURA

La fragilidad de ser obra de arte (parte II) 84
Por: Carlos E. Barriga Acevedo

Foenkinos: fabricante de minuetos novelescos 90
Por: Mauricio López

Entre el duende y el ESMAD: lectura de *Elástico de sombra*, de Juan Cárdenas 94
Por: Carlos Luis Torres Gutiérrez

SEPARATA

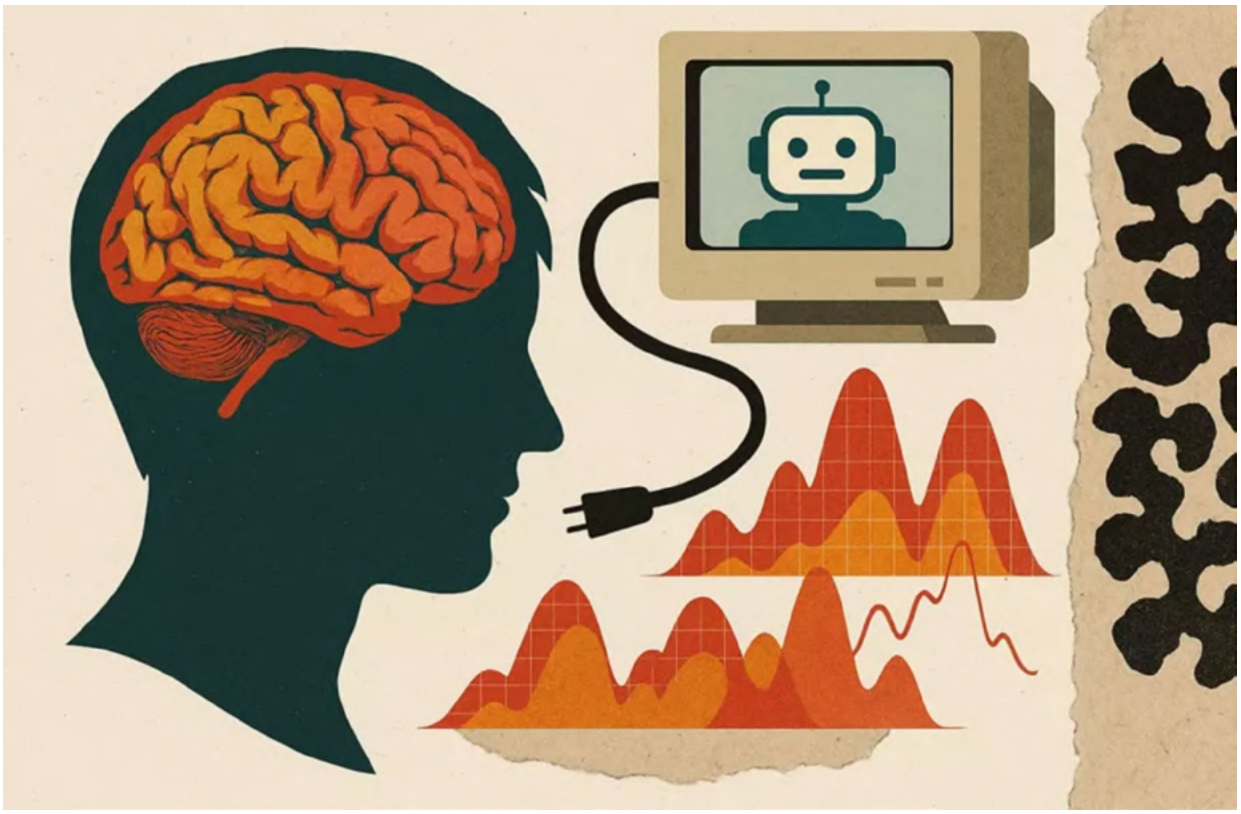
Academia, lengua y palabra
Por: Pablo Montoya

ENCUENTROS 59



En pleno siglo XXI, solemos trasponer la idea de que transitamos por una de las zonas oscuras que azotó la humanidad con la llegada del fascismo. Los gobiernos defensores de un nacionalismo radical, del culto a un líder, la subordinación absoluta del individuo al Estado y el uso estratégico de la propaganda, en tanto agitador social de la violencia política, otorgan la sensación de la repetición de dictaduras, y de sus dictadores, capaces de exterminar al otro sin el temor de acabar con la vida de los diferentes.

Pero el giro hacia el siglo XXI ha tenido otros principios. La idea de globalización y el internet como la liberación de los medios para el conocimiento del mundo en sus particularidades, sin restricción de acceso y con la voluntad de conocimiento para la solución de los problemas centrales de la vida humana, como especie, pronto se concentró en el consumo esquemático de contenidos bajo sistemas de pago escalables, de la cultura como espectáculo de consumo y del conocimiento bajo la expresión de una opinión desfigurada, ya huérfana de la

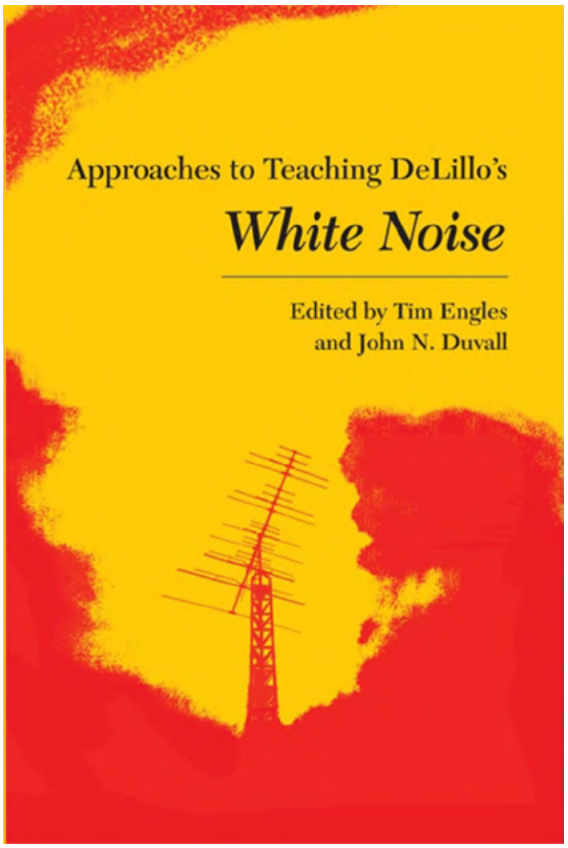


dialéctica, en las redes sociales. La pandemia del covid-19 otorgó un escenario probatorio para la definición de los dos caminos posibles de la civilización humana. Por un lado, engendró la posibilidad de esforzarnos por el bien común y el principio de la vida, con la capacidad de seguir adelante, aprovechando los avances tecnológicos, sin desatender los principios de la posible felicidad colectiva, como lo era la idea de la amistad, la colaboración, la familia, los bienes culturales y la biodiversidad en armonía. Ver salir las especies naturales de seres vivos a las calles de las urbes y disponer de la rareza de caminar por espacios exteriores, bajo la certeza de que la colmena aguarda entre las cajas de cemento y madera por su fragilidad, parecían una metáfora predilecta para sonreír de nuevo ante la idea del equilibrio sistémico, y de la vida compartida. Aunque, por otro lado, la incapacidad de acción individual de los seres humanos, bajo la amenaza global del contagio, el aislamiento, el tratamiento y la resistencia inmunológica, de aquello de pensarse por encima del acto posible del morir, descartó de tajo el primer destino para hacer primar la idea de la incertidumbre como el único camino compartido, como el bien común real. En la práctica, prevaleció la defensa de la sobrevivencia, la tristeza como sensación de aguantar en la vida cotidiana y el capital como el único valor capaz de sobreponerse a la crisis, dejando el futuro de la humanidad en las manos de la voluntad no humana de la técnica, la logística, la operatividad y, con el uso masivo de la inteligencia artificial (IA), del fin del pensamiento. Organizar la vida y ejecutar las tareas de la vida, como acciones básicas del acto de vivir, es algo que los humanos ya hacen preferiblemente de forma asistida. Mientras seguimos consumiendo masivamente, en la economía del crecimiento exponencial y el estándar de la competencia, no se desacelera el pulso de la tierra, la respiración biológica y el movimiento, para practicar la contemplación.

Es en este tránsito en que han surgido los nuevos gobiernos de derecha, y en que se han desempeñado los nuevos conflictos nacionales. Y ha emergido una bulla reaccionaria compuesta por gobiernos en ejercicio de un talente vociferante, amplificadores de una postura autocrática sin ecuánime, egocéntrica por cuanto cultista del ego. Algo que, párese por donde se pare, el ser humano comparte. Más que aniquilar la diferencia, este tipo de gobiernos ejecuta otro principio, y es la efervescencia del yo hablante, del yo pensante, del yo mandante, en sepulcro del yo como partícula, como arena en un arenero. Y todos caemos en esa bodega de diamantes, que somos en bruto.

En vez de ocupar el sitial de la administración, estos gobiernos de bulla, encumbrados en tiempos de acostumbramiento y desarrollo del llamado 'ruido de fondo' –leer *White Noise* (1985), novela del escritor estadounidense Don DeLillo–, pareciera que se desempeñan en la dinámica de campaña (ergo, parecer en vez de ser, decir más que hacer), sustentados en el sentimiento de agresividad política indiferente y, por ende, antiigualitaria. Son tapaderas de la ausencia de planeación política o, por la misma razón, el encubrimiento del ejercicio de gobierno y de las funciones ejecutivas centrales, guiados hacia la explotación de los recursos naturales sin estimación en los daños ambientales, la consideración de los derechos sociales como corrientes ideológicas nocivas y el establecimiento de la beligerancia como conducta abierta, sin atisbo de sobriedad o imagen pacífica, en la trastienda de una agenda pública (léase, establecimiento constante de temas para la discusión pública, como distractores) caracterizada por el escándalo, la soberbia y el ridículo compartidos.

No es la tradicional derecha del neoliberalismo de la escuela de Chicago, que se desprendió, desde la década de los setenta, de la idea del multiculturalismo de Naciones Unidas (ONU), de la administración pública de un mundo diferente, mediante el uso y la consideración de un único destino para todos, la competencia capitalista, capaz de uniformar la libertad y la autodeterminación civiles en la idea simbólica del libre mercado, la globalización y el Estado mínimo. Para estos, toda la humanidad alcanzaría ese mismo destino, y solamente habrían qué encontrarse las herramientas para convencer de esta meta a la población, y, entre tanto, ejecutar una reducción estructural del Estado y derivar su estructura a la empresa privada, y el carácter gremial y corporativo del ejercicio de la política, ya no burocrática sino ejecutiva, en los términos de la economía.



Con la llegada del siglo XXI, a los hijos de esta noción de la administración estructural les surgió una nueva certeza, y es que, para llegar a ese destino, ya no es necesario convencer a nadie. Como seguirán existiendo rebeldes, apóstatas, escépticos o displicentes en el ejercicio del flujo del capital en las corporaciones, se justifica la idea de eliminarlos, segregarlos, dejarlos por fuera o destriparlos. Se hacen muros para blindar fronteras, se realizan invasiones con tecnologías de drones, se exterminan a poblaciones enteras y se vierten los desechos químicos a las selvas, los ríos y los mares, porque los que sí pueden irse, ya tienen a disposición una corporación interplanetaria que en menos de un siglo estará en Marte. Guiada por los superricos, por los agentes de las corporaciones tecnológicas.

Los nuevos gobernantes son líderes vociferantes, quienes aúpan una violencia engendrada en principios cada vez menos racionales. Al fin y al cabo, no se necesita de lógica ni raciocinio alguno para gritar, y mucho menos para hacer callar. Si los votantes salen de una iglesia evangelista, un político fácilmente puede decir que el día anterior habló con Dios y la deidad lo instó a encarcelar a los defensores de la naturaleza. Si los partidarios de una posición ideológica son capaces de agarrar a golpes a una manifestante en un evento público, y ni la autoridad policial ni sus congéneres le otorgan una pausa a la histeria, es porque ser partidario es una actitud cercana al culto, dirigido por quien, desde un micrófono, en vez de proteger la paz, justifica y sustenta la falta de dignidad de quien la defiende. Si un Estado entra en la soberanía de otro y manifiesta públicamente que su interés es explotar los recursos naturales del territorio ajeno, sin intervenir en política, y si los asesinatos masivos de población civil en las fronteras de un territorio se transforman en posturas políticas continentales de silencio, no asistimos a un régimen fascista, ni tampoco a un tiempo diabólico. Asistimos al fin del sistema multilateral del mundo y de la lógica de administrar los derechos humanos basados en lo único que ha atravesado a la humanidad, los tiempos de conflicto (base del planteamiento del sistema de derechos practicado desde la creación de Naciones Unidas, del Derecho Internacional Humanitario, DIH), para que la utopía reparadora del desarrollo humano, bajo esta idea de paz, dejara que emergiera espontáneamente el Derecho Internacional de los Derechos Humanos (DIDH), o el sistema de derechos omnipresente, dado tanto en tiempos de paz como en tiempos de diferencias armadas. El nuevo destino confunde con las imágenes del pasado, cuando estamos a puertas de una cara de mundo que no hemos visto emerger en los tiempos modernos. Un mundo, en apariencia, guiado por el conflicto en sí, para lo cual no son necesarios los derechos humanos.



El fracaso de las posturas humanitarias es equidistante a la decepción por sí misma de las promesas de campaña. No existen partidos políticos con formulaciones ideológicas de administración del porvenir, por la vía política, sino los protagonistas finales, en cada elección, de alguno de dos sectores contradictorios. No existen colectividades sino votantes que redactan, día a día, sus pensamientos primarios, mientras los candidatos se transforman en monigotes de teatro callejero, cambiando sus caras y actuando lejos de las propiedades del individuo que los encarna, incluso después de ser elegidos como gobernantes. Y el socialismo, las democracias y el capitalismo son remedos de sí mismos ante las nuevas tecnologías de la comunicación y la información. La decepción personal, que se vive entre los hijos de la incertidumbre, entre los seres humanos postpandemia, desemboca en una terrible ola de odio, rabia, noticias falsas y violencia. Y esta es la cara de la crisis global, de un mundo agitado donde parecieran entrar a jugar la extrema derecha y el fascismo, cuando lo que entra al juego es el olvido de los extremos decentes, autocríticos, lógicos y multiculturales de nuestra propia humanidad, en lo cotidiano y en lo trascendental.

A pesar de que se parezcan, los Javier Milei, Abelardo de la Espriella, Jaír Bolsonaro, Nayib Bukele o Keiko Fujimori son muy distintos a los Jorge Rafael Videla (1976-1981) de Argentina, a los Augusto Pinochet (1973-1990) de Chile, a los Humberto de Alencar Castelo Blanco y sucesores (1964-1985) en Brasil o los Rafael Leónidas Trujillo (1930-1961) en República Dominicana. La represión, el encarcelamiento, la desaparición forzada y el control social, en medio del culto a la personalidad, no son más protagónicos que el absurdo, o la aceptación colectiva de la pérdida de los límites de control humanos. De la esfumación, como cortina de humo de cigarrillo en el aire, de la noción de ser eso mismo, humanos. Naciendo arquetipos extraños de una nueva intermediación: el poshumanismo, la máquina, la robótica, la mecánica.

La llegada de Donald Trump a la presidencia de los Estados Unidos, enfática desde su reelección no sucesiva (2016-2021, 2024-2029), rehízo el pasado de la Doctrina Monroe mediante la Estrategia de Seguridad Nacional de los Estados Unidos, de diciembre de 2025, a través de un corolario: como en la antigüedad, lo que se reformula no es la administración nacional, sino el sistema mundo. Y China, Rusia y los poderes en conflicto, practican las dinámicas fiscales, judiciales, operativas y estatales con la misma manga de los Estados Unidos: el secuestro de los datos personales del mundo y el control tecnológico.

Es por ello que la protección a la industria nacional, la subida de aranceles, la recesión y la subida de precios, son asuntos que no tienen control. Las corporaciones y los gobiernos advirtieron que calcularon una inflación económica por encima de los estándares realmente ocurridos en la pandemia del covid-19, pero la promesa de equilibrar los precios quedó como una palabra que los habitantes ya no escuchamos al pagar, en el tramo de cinco años, el doble o el triple de precios por un almuerzo. La expulsión masiva de los inmigrantes y los desequilibrios en la protección de la población encargada de la producción primaria, son males menores ante las peleas que tenemos con los vecinos sobre quiénes son sionistas asesinos y quienes son terroristas de Hamás, en medio del conflicto con más agresiones a los derechos humanos desde la creación de



la ONU. Mientras el control por el petróleo y las zonas de metales preciosos o de uso tecnológico marcan lo que otrora eran las guerras geopolíticas, las revueltas sociales son también caricaturas extrañas de nuevas formas de violencia, en nombre de todo, en nombre de nada.

Mientras se protesta por la recesión de un país, al mundo le queda una sola imagen, la de la Pantera Rosa en las protestas de París. Lo que se recuerda es el síntoma de lo que vale en la contemporaneidad: la imagen que no ocurrió, la metáfora por sobre la protesta. Pero ya no es una imagen creada y socializada por los humanos, en torno a la crítica de la sociedad por las vías del arte, sino la superposición de un personaje ficcional ya creado, ya inventado en otro contexto, en la situación nueva de la protesta. Vivimos en una fábula de imágenes recreadas por inteligencia artificial.

El descontento y el rechazo, sentimientos aparentemente rectos en su definición y tajantes en su semántica, en este tiempo se han convertido en símiles de la indefinición colectiva. La baja popularidad de los gobernantes bulliciosos es equidistante al pedido de popularidad que los youtuberos reclaman, al invitar a sus espectadores a suscribirse y poner ‘me gusta’ a sus publicaciones. Puesto que parece mentira que las cosas requieran aceptación, el absurdo de la vida deja que no exista el debate sobre la capacidad de gobernabilidad de los mandatarios, dado que quienes ejercen el control político en los despachos parlamentarios son también youtuberos.

Ahora bien, tras bambalinas, y en funcionamiento estratégico, Estados Unidos convierte a América Latina en su patio trasero. El presidente Trump, con amenazas e intervención directa en los procesos electorales y apoyos a candidatos presidenciales que responden a sus propios intereses, planea tomarse los territorios, para saquear sus recursos naturales como el petróleo y la explotación de las tierras raras. Venezuela, Ecuador, Bolivia, Argentina, Perú, Chile y Colombia son escenarios directos de efectos concretos: más allá de la pérdida de la soberanía, el despojo de los recursos naturales y de las poblaciones raizales de la geografía física y humana del territorio.

Dede su llegada al poder, el siete de agosto de 2026, el 43.º presidente de la república de Colombia, Abelardo de la Espriella, ha impulsado un acercamiento con Washington. A pesar de ser un gobernante que sigue encarnando al monigote de campaña, un vociferante que renueva constantemente su propio *sketch* en el ejercicio de su agenda pública, son las actuaciones centrales, la emisión de leyes en la trastienda del espectáculo de culto a su personalidad, los derroteros de los asuntos que despiertan una preocupación humana sobre el territorio.

Ese acercamiento tuvo uno de sus principales hitos el ocho de septiembre, durante la visita de Marco Rubio a Barranquilla, la que el secretario de Estado de los Estados Unidos y el gobierno colombiano definieron los llamados Acuerdos de Barranquilla, una hoja de ruta centrada en la recuperación económica, la seguridad y la cooperación regional. En ese encuentro se firmaron dos memorandos de entendimiento sobre el suministro y procesamiento de minerales críticos y tierras raras, y la cooperación estratégica en energía nuclear civil. Posteriormente, la Agencia Nacional de Minería (ANM) modificó su marco normativo para facilitar la entrada de las multinacionales. Es una entrega descarada, al ceder la soberanía sobre los recursos del subsuelo colombiano a los Estados Unidos, sin otra mecánica más que la orden legal. Entonces, el páramo de Santurbán y el agua de la región nororiental del país hacen parte de la donación para que las ambiciones de las multinacionales lleguen prontamente a la práctica, para romper la piel de un territorio que le pertenece al pueblo colombiano. Los memorandos firmados apuntan a asegurar las llamadas “cadenas de suministro” de minerales críticos y tierras raras, claves en la fabricación de dispositivos digitales y en defensa, y busca fundamentalmente contrarrestar la influencia de China en la región. En cuanto a la seguridad pactada, se anuncia la llegada de tropas norteamericanas al país.





No queda sino preguntar al individuo, antes de enfocar el escándalo de la nación, en el concierto mundial. Si usted es un ciudadano expectante, sumergido en la incertidumbre como sensación vital y la tristeza como sentimiento primario, ¿puede despojarse de cualquier ideología para recordar cuánto de su día a día piensa por sí mismo, organiza por sí mismo o vela por sí mismo? ¿Qué tanto de la individualidad que tenía en un pasado es conservada en la manutención de sus intereses presentes? Y, bajo la consciencia de un espectáculo teatral operando en las nubes de la política mundial, ¿hasta dónde considera que sus derechos se manifiestan, y hasta dónde considera que no?

Es necesario recordar las palabras de la presidenta de la Corte Constitucional, la magistrada Paola Andrea Meneses Mosquera, en la celebración de los treinta y cinco años de la Constitución colombiana: “Debemos proteger y cuidar la Constitución de 1991 como la piedra angular e insustituible de la democracia colombiana”. Subrayó, además, que “la tutela y el control constitucional han sido mecanismos esenciales para limitar los abusos del poder, garantizar la separación de poderes y preservar el orden democrático”. La orfandad y el silencio de las cortes, frente a lo que sucede en el país, es un tema que se resuelve lejos de lo lejano e impersonal que se ven estas instituciones en la percepción colectiva. Es un problema que se cuestiona tan personal como su acción: que el control y la vigilancia operan con violencia, corrupción, abandono y desesperanza, es una preocupación que debe partir de la pregunta ciudadana más personal. Quizá la única capaz de, como consecuencia, llamar la atención de su problemática, que es la afectación de miles de familias en incertidumbre por el terremoto y de más de tres millones de personas de la tercera edad, a quienes les niegan el susidio que tenían para poder sobrevivir. La entrega de los recursos naturales y la presencia de tropas extranjeras en el territorio violan la carta constitucional. Son algo más que un juego de palabras.

La historia y la memoria

Por: Carlos Guillermo Martínez Gómez

Periodista



Aunque a alguna capa social siempre le haya costado entenderlo y, más aún, respetarlo, la memoria histórica es un componente fundamental para la existencia de cualquier pueblo, en tanto le permite comprenderse, construir su identidad y decidir consciente y convenientemente su futuro. En esa medida, una sociedad que ignora, repudia o tergiversa su pasado queda expuesta a repetir sus errores, pero también a perder su identidad y a aceptar como propios caminos que, en realidad, otros le han escogido.

Esencialmente los pueblos son el resultado de procesos históricos en los que se entrelazan intereses, contradicciones, luchas, acuerdos, tensiones, conquistas y derrotas. El verdadero valor de la historia reside en la posibilidad de entender que hay distintas miradas y versiones sobre los hechos, por lo que es necesario analizar las relaciones entre ellos, comprender sus causas, examinar sus desarrollos y sus consecuencias, y reconocer las contradicciones que impulsaron las transformaciones sociales. En otras palabras, es necesaria una perspectiva dialéctica de la historia para entender que las sociedades cambian mediante procesos complejos, en los cuales subyacen intereses opuestos, estructuras que se resisten a desaparecer y fuerzas que promueven nuevas formas de organización.

Precisamente por eso, constituye un atentado descomunal cualquier intento deliberado de borrar, trastocar o falsificar la historia. Cuando alguien pretende eliminar acontecimientos incómodos, excluir personajes que determinaron la historia o atribuir al pasado hechos que nunca ocurrieron, está desquiciando la identidad nacional en la medida en que las personas pierden elementos principales para evaluar las decisiones de sus dirigentes, reconocer las causas de sus dificultades y establecer responsabilidades sobre los acontecimientos que determinaron su realidad.

Estas formas de falsificación histórica tienen, además, una consecuencia devastadora, en la medida en que altera y acomoda inmoralmente los criterios con los cuales una sociedad toma decisiones. Si, por ejemplo, se ocultan las consecuencias de determinadas políticas, será más fácil presentarlas nuevamente como soluciones; si se eliminan de la memoria las luchas de quienes defendieron derechos y libertades, las conquistas sociales pueden terminar





interpretándose como concesiones generosas del poder, en lugar de reconocerse como resultados de procesos colectivos. Así es como la distorsión o la negación del pasado se convierte en condicionante de la vida política, económica y cultural de las sociedades.

Una nación necesita símbolos, relatos compartidos y referentes que contribuyan a la cohesión social, y ninguno de esos elementos puede sostenerse sobre la mentira, ni sobre el unanimismo, ni sobre el desconocimiento de las diferencias regionales, sociales, ideológicas o culturales. Una identidad impuesta así, mediante el ocultamiento y la negación, termina siendo fatal, porque depende de que las preguntas permanezcan solapadas.

La memoria debe desconfiar y preguntarse quiénes fueron incluidos en los relatos tradicionales y quiénes quedaron al margen; qué intereses se defendieron en cada época; qué sectores soportaron los costos de determinadas decisiones; qué derechos fueron negados y qué transformaciones permitieron conquistarlos. Una historia que

solamente registra las actuaciones de los privilegiados, falsea la verdad y contamina la sociedad. Las experiencias de los trabajadores, las comunidades campesinas, los pueblos indígenas, las mujeres y tantos otros sectores, forman parte de los procesos que explican quiénes somos y cómo llegamos hasta aquí.

El meollo de todo esto es que una sociedad a la que le quitan la posibilidad de analizar su historia se vuelve más vulnerable a la manipulación, pues, por ejemplo, quien desconoce las circunstancias en las que se conquistaron sus libertades puede llegar a despreciarlas, quien ignora el recorrido de las actuales injusticias puede tolerarlas ahora sin que le incomode, y quien acepta una identidad fabricada desde los exclusivos círculos del poder, termina defendiendo intereses ajenos convencido de que son los propios.

Cuando una nación permite que se falsee su historia, empieza a dejar que le impongan las razones de sus decisiones, el motivo de sus odios y los fundamentos de sus aspiraciones. El resultado puede ser una sociedad que avance sin saber hacia dónde se dirige, que confunda los intereses de unos poderosos con el bienestar general y que termine aceptando como inmodificable una realidad que habría podido transformar si hubiera conocido mejor sus antecedentes. En una sola frase, la ausencia de una memoria histórica facilita que otros decidan por nosotros, y ese nunca puede ser un ideal de nación…, de ninguna nación.



La peste del insomnio

Por: Naid Núñez Castillo

Lideresa social y ambiental (Veeduría CASA). Activista política en temas de mujer y género. Fotógrafa de flores y orgullosa mamá

> *Lo más terrible de la enfermedad del insomnio no era la imposibilidad de dormir, pues el cuerpo no sentía cansancio alguno, sino su inexorable evolución hacia una manifestación más crítica: el olvido.*
>
> Gabriel García Márquez,
> *Cien años de soledad*



Después del éxito de la serie de Netflix de *Cien años de soledad*, de nuestro Nobel de literatura Gabriel García Márquez (10 de diciembre de 1982, Estocolmo-Suecia), y de interesarme por releer o escudriñar cada capítulo, para advertir sobre las coincidencias o falencias en la interesante puesta en escena de la plataforma, con magistral detalle, en un episodio se describe la llegada de la 'peste de insomnio' a Macondo, como se narra en el capítulo 3 de la novela, con la llegada de los indios guajiros Visitación y Cataure. Ella, resguardando los huesos de sus padres fallecidos en un saco de fique, que los acompañarán durante buena parte de la trama y trayendo consigo la peste a la casa de los Buendía, da inicio a una oleada de vigilia en todo el pueblo, que pareciera llegar como una buena nueva, que les amplía sus tiempos de disfrute y trabajo, como si ese estado de éxtasis de vigilia fuera el espacio ideal para alargar la vida. Pero, más temprano que tarde, van cayendo en el agotamiento, cansancio y algo muy particular: empiezan a olvidar, los sitios, personas, eventos, circunstancias, nombres, lenguaje. De tal forma que la estrategia, cuando Macondo es consciente de la pérdida de memoria, es empezar a colocar una serie de avisos o carteles donde marcan los nombres de todo y la función que desempeñan: "Esta es la vaca; hay que ordenarla todas las mañanas para que produzca leche, y a la leche hay que hervirla, para mezclar con café y hacer café con leche". La forma de generar

rótulos explicativos en cada persona, animal o cosa, que no les permitía caer en la desmemoria de identidad; el miedo a caer en la amnesia del pasado, presente y futuro de Macondo, el pueblo creado desde su génesis por José Arcadio Buendía y Úrsula Iguarán, al salir de su ranchería. Retrotraer este pasaje de la mítica novela de García Márquez, y su realismo mágico, sólo es un argumento literario para traer a colación hechos de actualidad, en los que perfectamente estaríamos perdiendo la identidad ciudadana.

Así las cosas, y con claridad meridiana, los ciudadanos colombianos nos encontramos ante una sutil arremetida donde, con precisión quirúrgica, se nos pretende extirpar de un solo tajo el hipocampo, una sensible estructura orgánica dentro del cerebro encargada de la memoria, donde se almacena la historia personal o las vivencias, como individuos dentro de un territorio. Ustedes se preguntarán cómo es esto posible; pues, anulando el lenguaje, quitando el significado y el valor histórico de las palabras, dejando de llamar las cosas por su nombre. Aboliendo la expresión de las ideas como una necesidad perenne en el relacionamiento de la sociedad y creando nuevas e inventadas narrativas, con el ánimo de favorecer exclusivamente a un grupo poblacional. De tal forma que, un día cualquiera, las niñas se dejen de llamar niñas, a los campesinos se les denomine pequeños productores, los estudiantes sean rebeldes, la cultura una pérdida de tiempo, los inmigrantes pobres sean delincuentes, la transición energética como innecesaria, el cambio climático un invento mamerto, el fenómeno del niño una pesadilla *woke*, los subsidios para tercera edad sean la culpa de viejitos vagos; y así, con una maraña de maniobras lingüísticas, cercenando la memoria histórica de los pueblos, se va implantando un eficaz relato narrado con el único interés de restarle importancia al contenido y la esencia de la construcción del saber, o los aprendizajes.

La memoria histórica de un país es su identidad, la cual se forja con los rasgos culturales, ancestrales, espirituales, lingüísticos o históricos, de tal manera que las palabras son fundamentales para la huella de país. La creación de arquetipos, que pretenden generalizar y meter en un solo paquete entidades diversas, no solamente generan desinformación, también excluyen, sometiendo al olvido el camino recorrido de comunidades que, desde sus diferentes ángulos y perspectivas, hacen y han hecho valer sus derechos. Es responsabilidad colectiva crear espacios democráticos de sano discernimiento, donde las de otros grupos sociales o comunitarios sean escuchados, validados y reconocidos en el ámbito social o legal, para que exista un apoyo político unificado a las comunidades más vulnerables, o minoritarias, para que no vean vulnerados sus derechos o relegadas sus aspiraciones ciudadanas. Alzar la voz, ante el insomnio institucional, nos compete a todos. El castigo colectivo generalizado ante las actuaciones que atenten contra los derechos adquiridos, debe provenir del análisis social, de la empatía comunitaria, que es sensible ante el atropello de los derechos fundamentales consagrados en la Constitución nacional. La ciudadanía es mucho más que la cédula, o el ejercicio al voto, y tiene que ver con la protección de todos y cada uno de los derechos ciudadanos; así también, la exigencia permanente para que los gobiernos y la institucionalidad se sometan a marcos jurídicos previamente establecidos, donde la equidad y la igualdad no sean privilegio de ningún estamento social.



No seremos nunca la ‘tierra del olvido’, como lo señaló un cantante alguna vez. La memoria histórica de los colombianos permanece intacta: rescatar palabras, hechos o acciones tendrá que ver, siempre, con el trasegar de las naciones y la resistencia humanista de edificar sobre los acontecimientos, que dan certeza de verdad, como único verdadero soporte para reflexionar sobre las causas y consecuencias de nuestro futuro, los mecanismos de dominación y la construcción permanente de identidad.

La muerte no llega con la vejez, sino con el olvido.

Gabriel García Márquez

Acojamos llamado del papa León XIV para hacer esfuerzos creativos en convivencia y paz

Por: Carlos Arturo Rodríguez Díaz

Exdirector regional, Organización Internacional del Trabajo (OIT). Expresidente, Central Unitaria de Trabajadores de Colombia (CUT)

Sigo afirmando que la polarización parece tendencia mundial, y que la desilusión con la democracia, la economía de mercado y los gobiernos recorre el mundo entero. En los últimos años, la política ha vivido un recrudecimiento de los discursos polarizantes, que dividen a sus habitantes e incitan al odio.

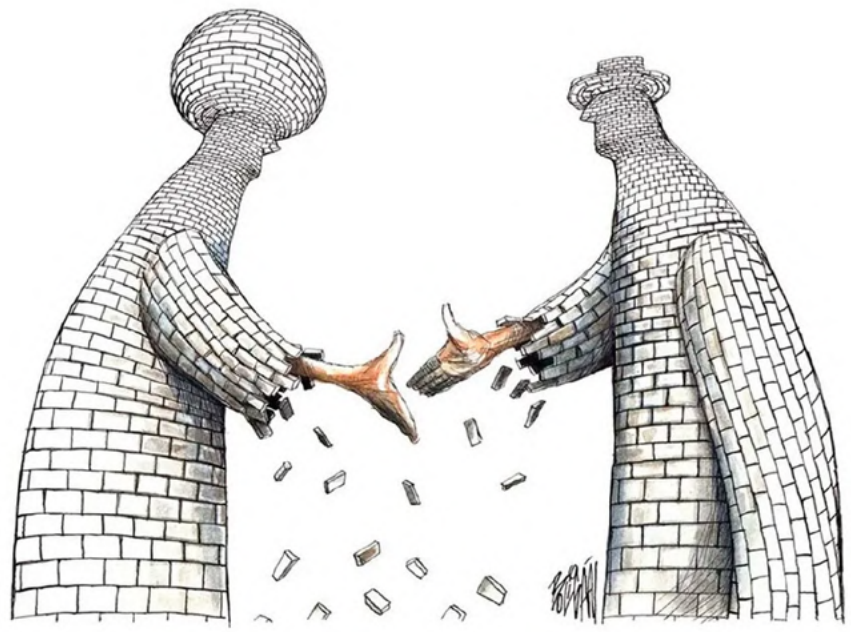
En Europa, la violencia verbal y los discursos radicales están sembrando una semilla de odio e intolerancia que ya comienza a tener nefastos resultados; por ello, da congoja decir que, en donde han terminado las hostilidades, la calma se debe más a las victorias o derrotas en el campo militar, que a las negociaciones.

En Latinoamérica, la ineficacia de la justicia, la inequidad y la corrupción son un caldo de cultivo que la hacen una región disfuncional. El Estado social de derecho podría estar en peligro, pues datos recientes afirman que al 28 % de la población le da lo mismo vivir bajo un sistema democrático o autoritario, y al 54 % le es indiferente que sea o no democrático, si resuelve los problemas.

Por ello, cunde el desencanto, y menos de la mitad de la ciudadanía apoya la democracia en mayor o menor grado; según algunos analistas, el porcentaje de latinoamericanos insatisfechos con el funcionamiento de la democracia pasó, en menos de una década, del 51 al 71 %.

Así las cosas, frente a la búsqueda de soluciones, esta realidad nos exige acoger el clamor del papa León XIV en su reciente visita a Metz, Francia, donde invitó a hacer esfuerzos creativos en convivencia para defender la paz, el derecho internacional y el multilateralismo. “Es necesario comprometerse en un diálogo paciente, mostrar audacia en la negociación y estar dispuestos a sacrificar algunas posiciones por el bien superior de la paz”. En este sentido, advirtió que “hay que tener cuidado con la ilusión del rearme”.

En otro acto, con líderes de distintas religiones, el papa insistió en que “dialogar no disminuye nuestra identidad, sino que la expresa con simplicidad y verdad, abriéndose a la diferencia del otro; es el arte del encuentro, del que nuestro mundo tiene una gran necesidad, en las antípodas de la agresividad y de la violencia […]. Invocar el nombre de Dios para legitimar la violencia o la opresión es una profanación de este nombre”, dijo sobre el fanatismo violento.



El contenido del llamado papal coincide con la urgencia que tiene para la sociedad colombiana la implementación de los acuerdos de paz que pondrían fin al conflicto entre el Estado colombiano y las antiguas Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC-EP).

Hace diez años, el país quedó dividido en dos, políticamente, tras un total de 13 066 025 votos, de los cuales 6 431 376 (50.21 %) fueron para el "No" y 6 377 482 (49.78 %) se inclinaron para el "Sí". La diferencia fue mínima, y marcó una polarización que se mantiene en el país.

Desde 2016, cuando se firmó el acuerdo de paz, hasta la fecha, el Instituto de Estudios para el Desarrollo y la Paz (Indepaz) ha registrado 791 masacres, que han generado un total de 2900 asesinados. Estos crímenes han ocurrido en 31 de los 32 departamentos del país, y en 304 de los 1103 municipios. Los años con el mayor registro de masacres han sido: 2026, con 97 hasta ahora; 2021, con 96, y 2022, con 94. Según Indepaz, una masacre es un homicidio intencional y simultáneo de tres o más personas en estado de indefensión.

A pesar de lo anterior, el gobierno busca obstruir la implementación del acuerdo de paz. Incluyó la disminución del presupuesto de varias entidades nacidas para esto, y procura que la Misión de Verificación de Naciones Unidas (ONU) en Colombia, creada en 2017 para hacerle seguimiento a la implementación, abandone el seguimiento a la llamada reforma rural integral, uno de los puntos neurálgicos del acuerdo.

Frente a la dilación del acuerdo de paz y a la polarización e incitación al odio, debemos acoger el clamor del papa León XIV y hacer esfuerzos creativos en convivencia y paz, para asumir la política como una reflexión colectiva que traiga consigo serenidad y ponderación para la toma de decisiones, pues hoy la política se desdibuja, para dar paso al fanatismo y a la obstrucción del dialogo como instrumento eficaz para dirimir controversias.





Ayudemos a evitar conversaciones políticas que vuelvan criminales a todos los críticos y opositores y que conduzcan más a cobrar venganza que a construir proyectos comunes. Apelar al dogma, al fanatismo y a la instrumentalización política, para justificar opiniones en contra de los derechos e intereses colectivos, es afrentar la democrática.

La democracia significa debate político, sin ignorar que el debate político también supone democracia. Cuando los adversarios se convierten en enemigos surge el dialogo estéril, porque no se buscan salidas, sino la destrucción del otro. Pareciera que quisiéramos regresar o revivir aquellas épocas de violencia en donde se proclamaban declaraciones bélicas de ingrata recordación, como aquella que afirmaba: “No nos interesa la paz, sino la victoria”.

Sin duda alguna, Colombia necesita con urgencia hacer esfuerzos creativos por la convivencia y la paz.

La calle no se calla: Francia lleva la voz cantante

Por: Enrique Uribe Carreño

Sociólogo, Universidad Sorbona Nueva-París 3.
Profesor en Sciences Po, Universidad de Estrasburgo, Francia

Las movilizaciones estudiantiles comenzaron en Mayotte, territorio ultramarino francés, el 31 de agosto de 2026, en el Instituto del Norte, en Acoua, bloqueado durante cinco semanas. Las huelgas llegaron a la metrópoli el 18 de septiembre, comenzando por Créteil, y se extendieron por Francia y ciudades de Bélgica, Italia, Alemania, Portugal, Países Bajos, Albania y España.

En Francia, la manifestación del 17 de octubre marcó un hito. Las imágenes de los disturbios dieron la vuelta al mundo. El balance fue de entre 600 000 y 800 000 personas en las calles, cerca de 2000 almacenes saqueados, daños estimados en 910 millones de euros, unas 2500 detenciones preventivas y numerosos heridos: 761 policías, 215 estudiantes y 89 profesores, además de más de 200 jóvenes encarcelados. Aunque Francia está acostumbrada a los disturbios, preocupan la corta edad de los manifestantes, la aparición de encapuchados capaces de una violencia incontrolable, la intensidad de la represión policial y la ausencia de una verdadera respuesta política.



Digo que aquella jornada pasó a la historia, aunque su relato todavía está por escribirse. Con el tiempo se podrá comprender mejor la composición social de quienes salieron a la calle: estudiantes de colegios y universidades, profesores, padres de familia y funcionarios. Muchos llevaban el célebre chaleco amarillo, convertido en símbolo de las protestas de 2018 y 2019 contra la política económica del gobierno de Emmanuel Macron.

La situación política también ha cambiado. Si en aquella época el presidente contaba con una amplia mayoría parlamentaria, en el presente su margen de maniobra parece mucho más estrecho. En medio de la crisis, algunos hablan de recurrir al estado de sitio. Sería un error garrafal: una medida tan radical, sin suficiente respaldo político, podría precipitar al país hacia una deriva autoritaria o acelerar la convocatoria de elecciones anticipadas, con el riesgo de llevar al Elíseo a Marine Le Pen, la bombera pirómana de la extrema derecha.

Para comprender el alcance de aquella protesta, decidí asistir a la manifestación convocada una semana después, el sábado 24 de octubre, y conversar con sus participantes.

¿Para qué sirve manifestarse?

"La Revolución francesa fue una manifestación que se salió de cauce", me dijo un sindicalista de la CGT, la Confederación General del Trabajo.

Un vecino, que había escuchado nuestra conversación, intervino:

—Si no llega la revolución, al menos esto es un campanazo para Macron, para que deje de aplastarnos con su apisonadora.

Insistí:

—¿De verdad creen que sirve de algo salir a la calle?

Le recordé que las seis manifestaciones de más de un millón de personas celebradas en 2023 contra la reforma de las pensiones no habían conseguido impedirla: el Gobierno terminó imponiéndola mediante un decretazo. El sindicalista respondió que, sin aquellas movilizaciones, la medida habría sido todavía peor.

La conversación planteaba una cuestión fundamental: ¿las manifestaciones sirven para cambiar la agenda gubernamental y limitar los daños sociales, o pueden transformar realmente la sociedad? Uno de los presentes me tomó del brazo y me invitó a apartarme de la columna principal de la marcha.

—Mire —me dijo—. Dígame qué ve.



Una procesión multicolor

Lo que vi fue una procesión multicolor. Se destacaban los adolescentes, que evocaban a Gavroche, el personaje pilluelo creado por Victor Hugo en *Los miserables*, inspirado en el imaginario revolucionario de *La libertad guiando al pueblo*, de Eugène Delacroix. Desfilaban también sindicalistas con los chalecos fosforescentes de la CGT y de Fuerza Obrera (FO), franceses vestidos con chalecos amarillos, músicos, tambores y cornetas que marcaban el pulso de la protesta. Había familias enteras en las que tres generaciones se daban la mano, madres con sus hijos a cuestas y jóvenes que empujaban las sillas de ruedas de sus abuelos. Otros caminaban bailando, cantando y coreando consignas: algunas recién inventadas, otras envejecidas por la

repetición. La calle era, a la vez, espacio de indignación y celebración colectiva. Pero donde la manifestación alcanzaba su mayor creatividad, era en las pancartas. Los eslóganes mezclaban indignación, sarcasmo, ironía y juegos de palabras. Entre otros, podían leerse:

«Disculpen las molestias: estamos intentando salvar nuestro futuro».

«No a la *lacrimocracia* de mierda».

«Do, re, mi, fa, sol, *lacrimo*».

«Apaga el televisor, sal a marchar con nosotros».

«El Estado nos propina derechazos; responderemos con un izquierdazo».

«Pienso, luego manifiesto».

«Quieren la Alemania de 1939; les daremos la Francia de 1789».

«Parcoursup no es Tinder: dejen de hacer *swipe* con nuestros expedientes».

«¿Mi película de terror preferida? Parcoursup».

Y una denuncia particularmente reveladora, acerca de la opacidad del acceso a la universidad o la cobertura mediática de los disturbios: «Filman a los pilluelos que vandalizan las tiendas, nunca las razones de su ira».

Las pancartas eran algo más que ocurrencias ingeniosas. En ellas se condensaban el malestar de una generación, la crítica a las instituciones y la voluntad de responder al poder con las armas de la imaginación. Cuando la política habla un lenguaje burocrático, los manifestantes recuperan el suyo: uno en el que la indignación puede rimar, la rabia provocar una carcajada y la ironía convertirse en denuncia.



La calle como memoria viva

Mientras observaba las pancartas, uno de los sindicalistas me dijo:

—Lo que usted llama eslóganes es memoria. Memoria colectiva. Una memoria que sólo se transmite caminando, en días como este.

Y añadió:

—Hoy los abuelos entonan consignas de Mayo del 68 que los estudiantes escuchan y transforman.

Sus padres recuperaron las de los años treinta, heredadas, a su vez, de la Comuna de París. Y algunas vienen de 1830, de 1848, de 1789 e, incluso, de la toma de la Bastilla. La manifestación se convertía así en una suerte de archivo ambulante. Las consignas pasaban de una generación a otra, cambiaban de significado y volvían a la calle cargadas de nuevas resonancias. Entre las pancartas aparecían referencias explícitas a esa genealogía de las luchas: «1789, Mayo 68, ¿qué tal si volvemos a empezar?», «¡Jóvenes del mundo entero, solidarios!» y «La revolución será una fiesta. ¡Viva la Comuna!».

Otras consignas atacaban a las élites, como: «Basta de terrorricos en el Estado», mientras algunas jugaban con el miedo y sus inversiones: «¿El lobo? No, a mí lo que me asusta es un rebaño de ovejas». La historia no desfilaba como recuerdo solemne, sino convertida en humor, canciones. Se trata de una tradición viva que cada generación reinterpreta para nombrar sus conflictos.

Parcoursup y el futuro confiscado

Entre las reivindicaciones estudiantiles destacaba Parcoursup, la plataforma oficial de acceso a la enseñanza superior en Francia. Para muchos jóvenes, se había convertido en una caja negra: sus procedimientos son opacos y sus algoritmos condicionan la universidad, la ciudad y los estudios a los que pueden acceder. No se trata de una simple cuestión administrativa, sino de la posibilidad de decidir sobre la propia vida frente a un mecanismo que clasifica sin ofrecer explicaciones suficientes. A ello se sumaban problemas cotidianos: falta de profesores, aulas abarrotadas y edificios deteriorados. En algunos centros, las aulas llegaron a reunir hasta treinta y cinco alumnos, en salones con deficiencias en la calefacción.

A los adolescentes se les exige madurez para afrontar un futuro cada vez más incierto, pero se los trata como niños cuando intentan intervenir en las decisiones que les afectan. La paradoja aparecía una y otra vez en las pancartas y en las conversaciones: se les pide que se preparen para el futuro, al mismo tiempo que se reduce su capacidad de participar en la construcción de ese futuro. En la llamada ‘pausa digital’, las restricciones al uso de móviles en los institutos reflejan una relación marcada por la prohibición y la desconfianza. La rebelión estudiantil no se limitaba, por tanto, a una plataforma de admisión o a las condiciones materiales de los colegios. Expresaba la desconfianza de una generación que siente que las decisiones fundamentales sobre su vida se toman sin contar con ella.



¿Quién paga la crisis?

Seguimos caminando. A ambos lados de la marcha, los vecinos se asomaban a las ventanas: algunos aplaudían; otros desaprobaban, fruncían el ceño. Pocos se atrevían a increpar directamente a los manifestantes. Uno, más valiente, salió a la calle y gritó:

—¡Ya basta de desórdenes!

La respuesta fue inmediata:

—¡El principal desordenador es Macron!

Los manifestantes reprochaban al presidente haber menoscabado el Estado de bienestar, despreciado a los sectores populares y gobernado en favor de los ricos. También cuestionaban su decisión de disolver el Parlamento y su negativa a nombrar a un jefe de Gobierno procedente de la coalición mayoritaria de izquierda. La discusión se desplazó entonces hacia la deuda pública. Para afrontar sus obligaciones financieras, sostenían algunos, el Gobierno pretendía seguir recortando los presupuestos de la sanidad, la educación y los servicios públicos.

—¡Que paguen los multimillonarios! —gritó alguien—. ¡La deuda no puede seguir cayendo sobre el pueblo!

Otro transeúnte, con el rostro crispado, se metió en la discusión:

—¡Los manifestantes son una partida de asistidos, mantenidos con nuestros impuestos!

La palabra ‘asistidos’ cayó sobre la conversación como una acusación. La acusación abrió una cuestión esencial: ¿quién recibe realmente las ayudas del Estado y quién debe asumir el coste de la crisis? Una mujer, que había escuchado en silencio, comenzó a leer en voz alta un folleto que detallaba las ayudas millonarias concedidas a las grandes empresas y denunciaba la evasión fiscal de las multinacionales. Las cifras flotaron en el aire como bofetadas de realidad. La discusión perdió intensidad y los manifestantes continuaron su marcha, repartiendo folletos y dejando nuevas consignas pintadas sobre el asfalto:

«Quien siembra miseria, cosecha rabia».

«No se crea un mundo diferente con gente indiferente».

«Ya lo hemos perdido todo, incluso el miedo».

Esta última frase, atribuida en una de las pintadas a Manu Chao, adquiría un significado particular. El nombre del cantante se prestaba a un juego de palabras con el diminutivo de Emmanuel, el nombre del presidente:

«Chao, Manu. Que se vaya».

Otra pancarta proclamaba:

«Manu, la revolución que querías, aquí la tienes».

No era una ocurrencia completamente improvisada. En su primera campaña presidencial, Emmanuel Macron había publicado un libro titulado *Révolution*. Ahora, la calle le devolvía aquella palabra convertida en un eco irónico. Lo que había sido una promesa de renovación desde arriba, se transformaba, en boca de los manifestantes, en una impugnación desde abajo. También el nombre de su partido, En Marche, se prestaba a la burla. La verdadera marcha, parecían decir las pancartas, ya no era la del movimiento presidencial, sino la de quienes reclamaban su lugar en la vida pública.



Una protesta que desborda sus reivindicaciones

A medida que avanzábamos, se hizo evidente que la manifestación no podía reducirse a las reivindicaciones de los estudiantes de bachillerato. Junto a las críticas al sistema de acceso a la universidad y al deterioro de los centros escolares, aparecían denuncias sobre el encarecimiento de la vida y la degradación de los servicios públicos. Otras pancartas expresaban el temor ante un eventual triunfo de la extrema derecha, la inacción gubernamental frente al cambio climático y el aumento del presupuesto militar. La posibilidad de una nueva guerra en Europa, que durante décadas había parecido remota, volvía a instalarse en el horizonte de los jóvenes.

A estas preocupaciones se sumaban la colosal deuda pública, los efectos de la inteligencia artificial sobre el mercado laboral y las transformaciones tecnológicas que amenazan con redefinir el empleo y las relaciones sociales. Así, la movilización articulaba problemas concretos: el acceso a la universidad, la falta de docentes, el deterioro de los colegios, la degradación de los servicios públicos y el alto coste de la vida. Por otro, una atmósfera general de incertidumbre, alimentada por las tensiones internacionales, el avance electoral de la extrema derecha en Europa y el ascenso de dirigentes que reivindican versiones radicales del mercado, el darwinismo social y la obediencia geopolítica a Donald Trump.

Las pancartas reunían estas preocupaciones sin necesidad de formular un programa político coherente. En la calle, las distintas causas se reconocían unas a otras. La educación conducía a la desigualdad; la desigualdad, a la crítica de los privilegios; los privilegios, a la discusión sobre los impuestos y la deuda. Todo desemboca en una pregunta más general: ¿quién decide el futuro y en beneficio de quién? La manifestación era, en ese sentido, mucho más que una protesta contra una medida gubernamental. Era la expresión de una sociedad que percibe que las decisiones fundamentales se alejan cada vez más de los ciudadanos y que las finanzas, los intereses económicos y los algoritmos adquieren un poder creciente sobre sus vidas.



La calle como escuela de ciudadanía

En una democracia, las manifestaciones ponen en escena los conflictos sociales. La democracia es el único régimen político que, al menos en principio, no sólo admite el disenso, sino que lo reconoce como parte de su funcionamiento y se alimenta de él. Durante una manifestación, la calle deja de ser una simple vía de circulación y se convierte en un lugar de encuentro, expresión y confrontación. La ciudadanía despliega su creatividad, comparte saberes y tradiciones, transmite una memoria política y descubre que las inquietudes individuales pueden formar parte de una experiencia colectiva. En una época marcada por el aislamiento, la comunicación digital y la fragmentación social, caminar junto a miles de desconocidos produce una experiencia singular. Las diferencias no desaparecen, pero se articulan alrededor de preocupaciones compartidas. Los cuerpos, las voces, los tambores y las pancartas construyen una presencia colectiva que no puede reducirse a una suma de opiniones individuales.

La manifestación tiene, además, una dimensión pedagógica. Se aprende escuchando las consignas de otros, leyendo sus carteles, discutiendo de viva voz con los adversarios y reconociendo en las reivindicaciones ajenas aspectos de la propia experiencia. La calle es también una escuela de ciudadanía: expone las contradicciones del poder, cuestiona sus mecanismos de intimidación y evidencia la distancia entre la representación política y las aspiraciones ciudadanas.

Pero, ¿significa todo esto que las manifestaciones consiguen cambiar las cosas?

La revolución no siempre hace ruido

La calle no deroga automáticamente las leyes ni obliga a los gobernantes a cambiar sus decisiones. Sin embargo, medir su eficacia exclusivamente por los resultados inmediatos supone ignorar su significado. Una manifestación puede fracasar en sus objetivos concretos y, aun así, transformar el lenguaje político, hacer visible el descontento, crear vínculos colectivos y transmitir una memoria de resistencia.

En el presente, estas puestas en escena callejeras responden a la obscenidad de regímenes que, aunque elegidos, representan principalmente la voluntad de los ricos y de sus algoritmos. En las manifestaciones, el ‘rey’ queda desnudo: la calle expone las contradicciones del poder, sus engaños y lo grotesco de una teatralidad que busca atemorizar o distraer a las «neuronas plebeyas» que todos llevamos dentro.

Quizá el sindicalista tenía razón cuando afirmó que, sin aquellas movilizaciones, el decretazo habría sido aún peor. O quizá el vecino acertaba al decir que, si no llega la revolución, al menos hay que hacer sonar la alarma. La manifestación no garantiza la victoria, pero impide que el poder confunda el silencio con el consentimiento.

La transformación social, después de todo, no siempre se produce mediante acontecimientos que dividen la historia en un antes y un después. También aparece en cambios silenciosos: una consigna recuperada, una memoria heredada, una generación que descubre su capacidad de hacerse escuchar o una multitud que deja de sentirse impotente. Son transformaciones que no necesitan conquistar el poder para modificar las relaciones sociales y la percepción colectiva del mundo. Pienso en dos libros, *Un millón de revoluciones tranquilas* (*Un million de révolutions tranquilles*, 2012) de Bénédicta Manier, y *Mundos postcapitalistas* (*Mondes postcapitalistes*, 2026) de Jérôme Baschet y Laurent Jeanpierre.

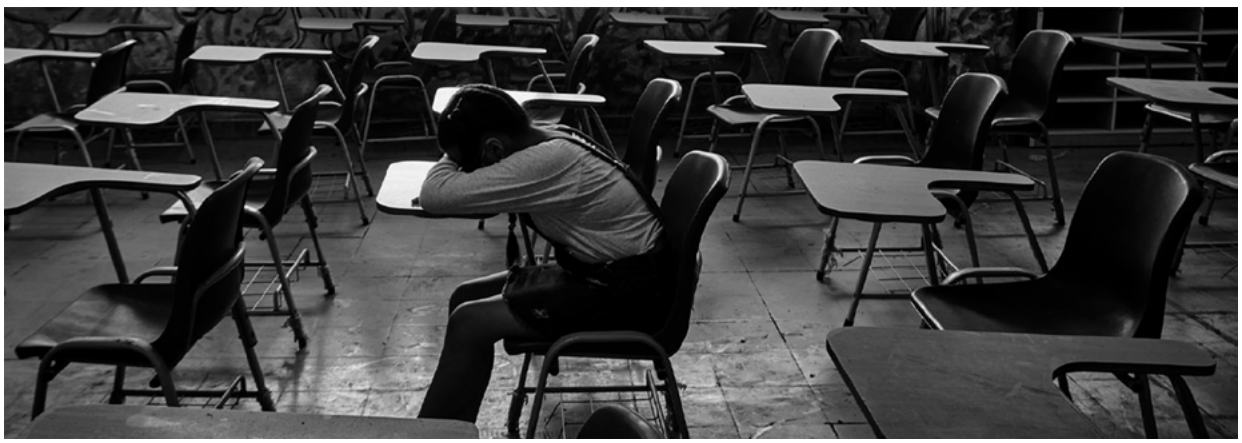
Las fechas de las próximas marchas, del sábado 31 de octubre y el jueves 5 de noviembre, anuncian que la movilización está lejos de terminar. Este otoño, el despertar de la juventud francesa abre un horizonte de esperanza, pero también de incertidumbre para el conjunto de la sociedad y de inquietud para las élites políticas. Porque lo que se expresa en las calles desborda cualquier reivindicación particular: es el rechazo de una juventud que no acepta un mundo sin alternativas, que teme por el futuro de un planeta al borde del colapso climático y que cuestiona un orden mundial gobernado por dictadores, o por presidentes democráticamente elegidos, pero cada vez más alejados de las aspiraciones de sus ciudadanos. Quizá esa sea la fuerza y, al mismo tiempo, el desafío de este movimiento: recordar que el futuro no puede seguir decidiéndose sin quienes tendrán que vivirlo.



Educación y cultura: cimientos de un nuevo paradigma de sociedad

Por: Jorge Castellanos P.

Educador popular. Defensor de derechos humanos



No basta con repetir críticas y protestas a las diversas crisis del modelo neoliberal, si no se construyen evidencias de un posible cambio de modelo sustentable y sostenible, de economía productiva y de sociedad democrática, con justicia social. La verdad es que aún no hay certezas de caminos hacia un nuevo paradigma que anuncie un cambio de modelo de desarrollo en el mundo.

El profundo cambio, como proceso económico, social y cultural, va más allá de encontrar nuevas fórmulas exitosas para la inversión productiva. El presente y el futuro deseado exigen el reconocimiento de nuevos caminos estructurantes de saber y conocimientos interdisciplinarios portadores de aplicados a las transformaciones y soportes científicos de políticas económicas, sociales y culturales, públicas y privadas, que apunten a soluciones eficaces para lograr el norte de una nueva sociedad y de un Estado que iluminen la búsqueda de soluciones colectivas, hoy bajo amenazas de destrucción.

La crisis planetaria debería reconocer, con ella, la educación como un lugar para descubrir espacios y oportunidades de avances progresivos y cambios sociales, económicos y culturales. El capitalismo no tiene claro su propio proyecto educativo, dado que sus intentos de reformas y ajustes han fracasado, dando retraso en sus logros, a pesar de su poder y sus inmensos recursos, como se constata (más adelante) en las evaluaciones realizadas por diferentes expertos, instituciones nacionales, internacionales y en los Estados Unidos.

Desde el pensamiento crítico del progresismo, hoy también se constata la necesidad de reconocer e identificar a la educación popular, plenamente vigente y útil, como espacio de educación pública y no como un movimiento antiestado. La realidad nos demuestra que la educación es un lugar de construcción y cambio, de conflictos por el saber permanente, y, con la investigación, son fuentes de nuevos aprendizajes y caminos sobre la producción del nuevo conocimiento.



En tal sentido, debería reconocerse a los docentes, hombres y mujeres, como mediadores responsables de introducir al niño y al joven en el mundo de las ciencias, lo científico, buscando que éste dé el paso, en su vida cotidiana, hacia la comprensión del mundo y el lenguaje científico, sus prácticas, sus aprendizajes y su propia ruta de realización social, económica y cultural. Por ello, no basta con que el maestro o maestra sepa de ciencia: es necesario que sepa cómo mediar para construir aprendizajes reales en la vida de sus estudiantes.

En tal sentido, es urgente para la sociedad colombiana, y para la eficaz responsabilidad del Estado y sus instituciones, la obligación de dar prioridad a la educación como actor principal del cambio, a partir de la construcción participativa del nuevo modelo pedagógico desde las ciencias y dentro del proyecto educativo institucional enriquecido, actualizado, contextualizado y acompañado de una comunidad educativa alrededor de valores humanos, identidad cultural, fundamentos científicos, principios democráticos, derechos y libertades.

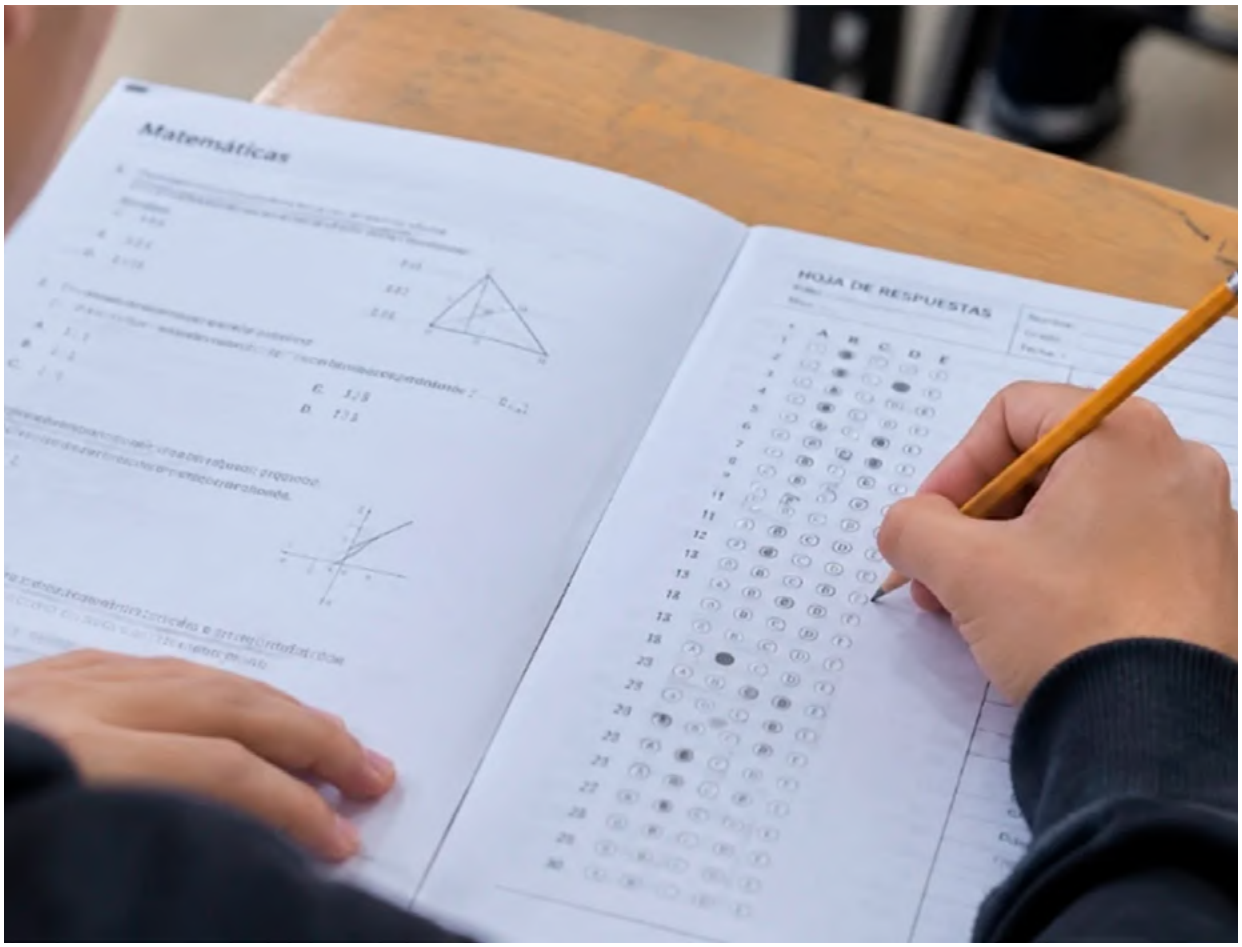
Visto así el lugar del saber, tendremos claridad sobre el propósito del proyecto educativo y el logro esperado, entendido desde el ámbito de la enseñanza y el aprendizaje. Una idea en clave de repensar y recrear la formación docente y las prácticas pedagógicas, para lograr el sentido de la innovación en la interacción entre la enseñanza de la ciencia y la actividad científica.



El desarrollo científico desnuda las fallas en nuestra educación

Es ampliamente conocido en los diferentes países latinoamericanos, incluido Colombia, los pobres resultados del saber de nuestros estudiantes en las pruebas de conocimientos fundamentales, especialmente en matemática, lectoescritura e idiomas, situación que compromete otros aprendizajes y las posibilidades futuras para su formación profesional. En conclusión, muy poco satisfactoria es la realidad en el propósito de mejorar la calidad de la educación. Todo ello, a pesar del esfuerzo de presupuestos estatales hacia la calidad de la educación.

Desde el año 2000, diversos estudios han advertido interesantes y preocupantes hallazgos, resaltando el “poner un mayor énfasis en elevar el nivel de aprendizaje de Lenguaje, ya que éste compromete el aprendizaje y las posibilidades futuras de los alumnos en el sistema educativo” (LLECE, 2000, p. 9).



Este estudio puso en advertencia varios problemas urgentes de resolver en la educación colombiana, al afirmar que "el nivel de logro en Lenguaje en la región es considerablemente bajo. La mayoría de los estudiantes realizan una comprensión fragmentaria de los textos que leen, reconocen las palabras incluidas en un texto, pero no consiguen determinar por qué se dice lo que se dice o para qué se dice". Y continuó: "Los alumnos no asimilan los conocimientos, ni desarrollan las competencias en la asignatura. Reconocen signos y estructuras, pero con escasa capacidad para resolver problemas matemáticos simples de la vida cotidiana" (LLECE, 2000, p. 13).

En un estudio sobre la calidad de la educación en Colombia, se hicieron otros valiosos aportes y análisis a los atributos del plantel en el rendimiento académico. Entre ellos, se afirmó que "el rendimiento promedio de los colegios públicos no parece estar asociado ni con la educación media de los docentes ni con las características físicas del plantel. […] Este resultado sugiere que el impacto del plantel sobre el rendimiento está mediado por ciertos aspectos organizacionales dentro de los que sobresale la estructura de incentivos que regula la interacción entre los docentes, los padres de familia y el Estado" (Gaviria y Barrientos, 2001, pp. 2, 35).

Persiste entre la realidad social un problema viejo y reconocido por el Estado: las dificultades de acceso, calidad y pertinencia de la educación pública. Aunque se ha avanzado en cobertura educativa, y la calidad de la educación medida en los resultados de las pruebas del Programa para la Evaluación Internacional de Estudiantes (PISA), estandarizado por la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), para los años 2006 y 2009 han mostrado leves mejoras en lectoescritura, matemáticas y ciencias, puede afirmarse que la educación colombiana sigue ocupando uno de los rangos más inferiores, por debajo de países como Chile y Uruguay (Rodríguez, 2026), aunque con mejorías respecto a países como Argentina, República Dominicana y Perú, con los que competía en inferioridad desde 2010, según datos de la OCDE (Delgado Barrera, 2014, p. 3).

Las pruebas PISA realizadas en el 2012, demostraron un deterioro en todas las áreas, con respecto al año 2009. La mayoría de los estudiantes de quince años no llegaron al nivel de competencia dos (2, de un total de 6), considerado el nivel mínimo de conocimientos y competencia para desenvolverse en el mundo actual. Fue así como, en el 2012, el 74 % de los estudiantes no estaban en capacidad de hacer referencias simples, a partir de resultados matemáticos, el 55 % no sabían tomar resultados científicos simples y relacionados con hechos cotidianos, y el 51 % no podían comprender un texto (Delgado Barrera, 2014, p. 19).

Se han identificado los principales factores que han incidido en el mejoramiento de la calidad educativa, que deben resolverse teniendo en cuenta que la diferencia en la calidad de la educación que reciben los individuos genera brechas en calidad de vida y marca profundas desigualdades sociales y económicas en la sociedad. Según los estudios, uno de los problemas recurrentes es la calidad de los docentes, sus incentivos y la autonomía para el desarrollo de su práctica pedagógica. El cambio en la planta docente se ha apreciado aún muy limitada a su renovación y a una capacitación pertinente.

Veinticinco años después de estos informes, Colombia se ha rajado en las pruebas PISA 2025: sólo el 1 % de los jóvenes alcanza niveles altos. Con respecto a las pruebas PISA 2022, los resultados son poco alentadores. Las pruebas PISA del 2025, aplicadas a estudiantes de quince años de 91 países, muestran que Colombia mantuvo prácticamente el mismo desempeño de 2022. El 71 % de los alumnos no alcanzó el nivel mínimo esperado en matemáticas y el 55 % tampoco lo hizo en lectura. Dichos resultados volvieron a encender las alarmas sobre el nivel de aprendizaje de los estudiantes colombianos.

El país obtuvo menores resultados, en línea con una tendencia general de desempeños más bajos, con respecto a años anteriores, que también se observa en el promedio de la OCDE. Colombia retrocedió en matemáticas y en lectura, y apenas registró una leve mejora en ciencias. En general, los estudiantes que alcanzaron los niveles superiores en las tres competencias, son apenas el 1.1 %, mientras que los que no lograron llegar a niveles básicos son el 43.9 %.

El informe de la OCDE (OECD, 2026), concluyó que los resultados promedio de Colombia lo sitúan por debajo del promedio en las tres competencias evaluadas. En matemáticas, Colombia obtuvo 381 puntos, dos menos que los 383 registrados en 2022. Esta sigue siendo la competencia con el desempeño más bajo de los estudiantes colombianos.

La situación se vuelve más preocupante cuando se revisa cuántos estudiantes alcanzaron los conocimientos considerados mínimos. En PISA, el nivel dos (2) es tomado como el umbral básico que se espera que un estudiante de 15 años pueda alcanzar. Y en el país, siete de cada diez jóvenes evaluados no alcanzaron las competencias mínimas esperadas. La brecha con la OCDE es considerable: en los países que integran esta organización, el porcentaje de estudiantes que no alcanza el nivel dos es de tres de cada diez, aproximadamente. Además, menos del 1 % de los estudiantes colombianos alcanzó los niveles 5 y 6, que corresponden a los desempeños más altos. En la OCDE, ese porcentaje llega al 8 %.

El deterioro también se evidenció en la competencia de lectura. Colombia obtuvo 399 puntos, lo que representó una caída de diez puntos frente a la medición de 2022. En esta competencia, el 55 % de los estudiantes no alcanzó el nivel dos, frente al 31 % registrado en promedio en los países de la OCDE. El dato, además, mostró un retroceso en una perspectiva de más largo plazo. Con respecto al 2015, aumentaron doce puntos porcentuales las personas que no llegaron al nivel mínimo. Los estudiantes que alcanzaron los niveles más altos, también son una minoría: apenas el 1 % llegó al nivel cinco (5), mientras que, en promedio, en la OCDE lo hizo el 6 %.

La única competencia en la que Colombia mostró una mejora fue en ciencias, aunque el avance fue leve: de 414. El desempeño nacional quedó muy por debajo del promedio de la organización, que fue de 461 puntos, y también del país latinoamericano con mejor resultado: Chile, con 436 puntos.

Así, aunque la tendencia de ciencias fue ligeramente positiva, el resultado general mantiene a Colombia lejos de los sistemas educativos con mejores desempeños. Sólo el 29 % de los estudiantes colombianos alcanzó el nivel básico de desempeño en matemáticas, frente al 65 % registrado en promedio entre los países de la OCDE.

Desafíos para mejorar nuestra educación y el rendimiento escolar

De mantener la educación tradicional y no atender las recomendaciones y estudios realizados en los últimos años y décadas, es posible afirmar que, pese a los esfuerzos del Estado colombiano en los últimos años por incrementar presupuesto nacional a la educación básica y media, de continuar registrándose tales resultados educativos deficitarios, y de mantenerse las cosas como están, nuestro potencial de desarrollo social, económico, tecnológico y científico, para asumir y lograr la formación de capital humano en las áreas de las ciencias, Colombia no logrará contar con una amplia y nutrida comunidad investigativa, científica y técnica lo suficientemente preparada para articularse a los procesos económicos, empresariales y laborales, ni al desarrollo de competencias productivas, que permitan superar los desafíos que presenta la sociedad del conocimiento, en el actual contexto de globalización, hacia la construcción de alternativas sostenibles a la crisis global de sociedad.

Los diferentes estudios y análisis de la problemática educativa, centrada en los niveles de logro que los estudiantes han hecho de tiempo atrás, con efectivas recomendaciones a la política educativa estatal, han encontrado muy limitada la aplicación de soluciones y, por tanto, los bajos registros de avance en el rendimiento esperado. Desde la racionalidad de los recursos presupuestales y fiscales, versus los resultados de las evaluaciones, la política educativa debería incorporar elementos que efectivamente mejoren la calidad de la educación para la enseñanza y el aprendizaje de los niños y jóvenes.

Según los diferentes autores y estudios citados, las preocupaciones y recomendaciones siguen plenamente vigentes y escasamente aplicadas. "Las consecuencias de este resultado son inmediatas; a saber, las inversiones encaminadas a dotar los planteles públicos con más y mejores maestros y con una mejor infraestructura no tendrían ningún efecto sobre la calidad a menos que se acompañen de modificaciones sustanciales en las instituciones que regulan la educación pública el país". Pues, en conclusión, "es posible aumentar el rendimiento académico por medio de inversiones en la capacitación de los docentes y en la infraestructura del plantel". Pero, por otro lado, "estas inversiones pueden resultar inocuas, si no se modifican los incentivos y las prácticas pedagógicas concomitantes" (Gaviria y Barrientos, 2001, pp. 36, 50-51).

Se confirma que persisten distintos factores externos que influyen negativamente en los rendimientos educativos en la escuela (familias victimizadas, precarias condiciones socioeconómicas, entre otros), aunque también se ha demostrado que la acción pedagógica efectiva conduce a procesos de aprendizaje exitosos.

El microclima escolar de aprendizaje en el aula, o el buen ambiente escolar entre alumnos y profesores, facilita los rendimientos educativos y la calidad de la educación. El tema de la calidad de la educación y rendimiento escolar es más complejo que la dotación e infraestructura educativa. Las escuelas con nuevos enfoques y prácticas pedagógicas pueden lograr lo que se espera de ellas, que los niños y niñas aprendan: "Así, toda política encaminada a aumentar la calidad de la educación debe tener dos ejes principales: incentivos e inversión pública. Ignorar alguno de ellos conduciría a políticas ineficaces en el mejor de los casos y a inversiones improductivas en el peor" (Gaviria y Barrientos, 2001, p. 51).

El acceso a una buena educación es determinante en las posibilidades de realización social, humana y laboral, en el proyecto de vida de las nuevas generaciones y en el futuro de cada persona. Es el factor que permite su ascenso social, con su movilidad y posición a lograr en la sociedad.

Desde este enfoque, y de los resultados medidos a la luz de la experiencia internacional, ni la educación de los docentes, ni el número de docentes por alumno y mucho menos las características físicas del plantel, parecen tener una relación sistemática con el rendimiento. Este hallazgo ha llevado a que muchos investigadores adopten un paradigma diferente. Desde el año 2000, "el nuevo paradigma tiene como objetivo principal caracterizar, desde una perspectiva sociológica, las prácticas pedagógicas, las actitudes y los estilos de los mejores maestros. El énfasis se traslada de las características físicas de los planteles y la educación y experiencia de los docentes hacia el tipo de interacciones humanas que ocurren en colegios y escuelas" (Gaviria y Barrientos, 2001, p. 37).

Vale destacar algunas. Entre ellas, la formación inicial y capacitación de docentes, el desarrollo de actitudes, opiniones y condiciones laborales de los maestros, teniendo en cuenta los factores y las dificultades que afectan la calidad de la enseñanza, desde el rol del docente, cuando se encuentra vinculado al cumplimiento de otros trabajos y en condiciones salariales precarias, y escasa autonomía en sus funciones pedagógicas.

Según los mismos resultados de las pruebas realizadas de evaluación y rendimiento escolar, los factores vinculados a la escuela, como los insumos y los procesos, son responsables de los dos tercios de la variación, en los términos de los resultados en los rendimientos de los alumnos. Tal situación demanda el desarrollo de nuevas políticas educativas, de innovación pedagógica, destinadas a cambiar la situación actual y mejorar el rendimiento y la calidad. Y aunque es una realidad el que existen diferencias de resultados entre las escuelas, según estratos, también es cierto que estas diferencias pueden desaparecer y se pueden revertir si el análisis se hace agregando variables de los procesos educativos.

Referencias bibliográficas

Delgado Barrera, Marta (2014). *La educación básica y media en Colombia: retos en equidad y calidad*; informe final. Bogotá, Fedesarrollo, 40 p. http://hdl.handle.net/11445/190

Gaviria, Alejandro y Barrientos, Jorge Hugo (2001). Determinantes de la calidad de la educación en Colombia. *Documentos de Economía*, Departamento Nacional de Planeación-Fedesarrollo, (159), 78 p. http://hdl.handle.net/11445/1249

Laboratorio Latinoamericano de Evaluación de la Calidad de la Educación (LLECE; Juan Casassus, coord.). (2000). *Primer estudio internacional comparativo sobre lenguaje, matemática y factores asociados, para alumnos del tercer y cuarto grado de la educación básica*; segundo informe. Santiago de Chile, UNESCO (Oficina Regional de Educación para América Latina y el Caribe, OREALC), 48 p. https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000123143

OECD (2026). *PISA 2025 Results (Volume I): Future-Ready Students*. París, PISA-OECD Publishing, 374 p. https://doi.org/10.1787/73451bc5-en

Rodríguez, Paula Valentina (2026, 8 de septiembre). Colombia se raja en las pruebas Pisa: solo 1 % de los jóvenes alcanza niveles altos. *El Colombiano*, Medellín. https://www.elcolombiano.com/colombia/educacion/pruebas-pisa-colombia-obtuvo-bajo-desempeno-lectura-matematicas-JL40785509

El Plan Director: la política del agua

Por: Gerardo Ardila

Antropólogo



Todos los seres vivos y, en particular, los seres humanos, tenemos derechos que nos permiten asegurar que seguiremos vivos y que podremos ser libres; en el fondo, estos derechos constituyen el derecho a la vida, cuyo ejercicio hace posibles todos los demás derechos. Desde los albores de la humanidad, las sociedades humanas acuerdan distintas formas de construir la vida en común; una de esas formas es la organización de las sociedades en Estados y su reconocimiento como naciones (inmensas comunidades imaginadas), procesos recientes en la historia, exitosas formas de organización social y política que buscan que exista una fuerza superior a todos los pequeños grupos, que pueda actuar como garante de esos derechos para todas las personas.

Esto implica que la primera obligación del Estado –y su legitimación– es la de proteger la vida, para lo cual el Estado debe impedir la violencia y la arbitrariedad, así como asegurar las condiciones materiales, sociales y ambientales que permiten vivir con dignidad; es decir, al menos con el acceso al agua potable y al saneamiento básico, a la alimentación, la salud, la educación y a un ambiente sano. El sentido fundamental de la política es, por tanto, poner el poder y las instituciones al servicio de todas las personas, del cuidado de la vida y de la construcción de una sociedad justa, que disminuya hasta desaparecer las brechas entre sectores sociales, que haga de la vida diaria una celebración de la pertenencia a la nación, que genere la certeza de que no somos individuos aislados en competencia y conflicto, sino seres humanos que vivimos para compartir y mejorar lo que nos da la naturaleza que nos tocó en suerte. La historia, la cultura, la posibilidad de pertenencia comunitaria, son necesidades sociales que el Estado protege mediante el establecimiento de instituciones, normas y procesos de regulación de la convivencia y de atención a los asuntos colectivos.

En muchos lugares del planeta, hablar de agua es hablar de desigualdad. Colombia posee una enorme riqueza hídrica, pero millones de personas todavía no pueden disponer de agua suficiente y de calidad. Más de cinco millones de colombianos carecen de acceso al servicio de acueducto y cerca del 45 % de ellos habita en áreas rurales. A esto se suma una realidad aún más preocupante: más de 16 millones de personas consumen agua con algún nivel de riesgo para su salud. De acuerdo con los datos producidos por el Ministerio de Vivienda, Ciudad y Territorio (MVCT), en el año 2026 (IBAS, serie 2026), en 743 municipios, las zonas rurales presentan brechas altas o muy altas en el acceso al agua apta para consumo humano y al saneamiento básico. No hay duda de que esta realidad del país obliga a pensar en instrumentos de política que contribuyan de manera efectiva al cierre de brechas.



El problema no se reduce a la falta de tubos, plantas de tratamiento, alcantarillados o recursos financieros, sino que es más profundo. Las brechas existentes son también el resultado de desigualdades históricas en la distribución de inversiones, capacidades institucionales y oportunidades entre regiones y poblaciones. Como una importante contribución para disminuir estas diferencias entre comunidades y áreas del país, el MVCT realizó una actualización y adecuación del *Plan Director de Agua Potable y Saneamiento Básico 2018-2030*, y, a finales de julio de 2026, entregó el *Plan Director para la Justicia Hídrica en Colombia 2026-2050*, que reconoce estas realidades y genera los instrumentos para su solución. Esta actualización del Plan Director se adoptó con la expedición de la Resolución 0553 de 2026 (5 de agosto), mediante la cual se crean condiciones de cooperación entre el Estado, la empresa privada, comunidades locales, organizaciones sociales y gestores comunitarios, para cambiar y ampliar el escenario actual del acceso al agua potable y al saneamiento y, al mismo tiempo, construir espacios de convergencia entre todos.

En Colombia, durante décadas hemos construido la política de agua y el saneamiento alrededor de la prestación eficiente de los servicios públicos. Ese propósito sigue siendo indispensable. Nadie puede desconocer la importancia de empresas eficientes, infraestructura adecuada, sostenibilidad financiera, regulación y vigilancia. Pero esto no basta. Una política concentrada exclusivamente en la prestación puede perder de vista algo elemental: las condiciones para llevar agua y saneamiento a una gran ciudad no son las mismas que existen en una vereda dispersa de la Amazonia, una comunidad indígena de La Guajira, un municipio del Pacífico o una población campesina de las montañas andinas. Si algo nos enseñan nuestros procesos nacionales, es que la geografía importa. La historia importa. Las culturas y sus diferencias importan. Y las enormes diferencias de capacidad fiscal e institucional entre los territorios también importan.

El Plan Director, ahora vigente, parte de esta constatación. Propone transitar de una mirada centrada exclusivamente en los servicios hacia una comprensión integral del agua como derecho fundamental y bien común. Introduce para ello conceptos como justicia hídrica, ciclo hidrosocial, gobernanza multinivel y ordenamiento territorial alrededor del agua. No se trata de abandonar la ingeniería ni la prestación eficiente. Se trata de ponerlas al servicio de un propósito mayor: que el lugar donde nace una persona, su condición económica, su pertenencia territorial o la capacidad administrativa del municipio donde vive no determinen su posibilidad de acceder al agua segura y a un saneamiento digno. Eso es, en esencia, lo que significa hablar de justicia hídrica.

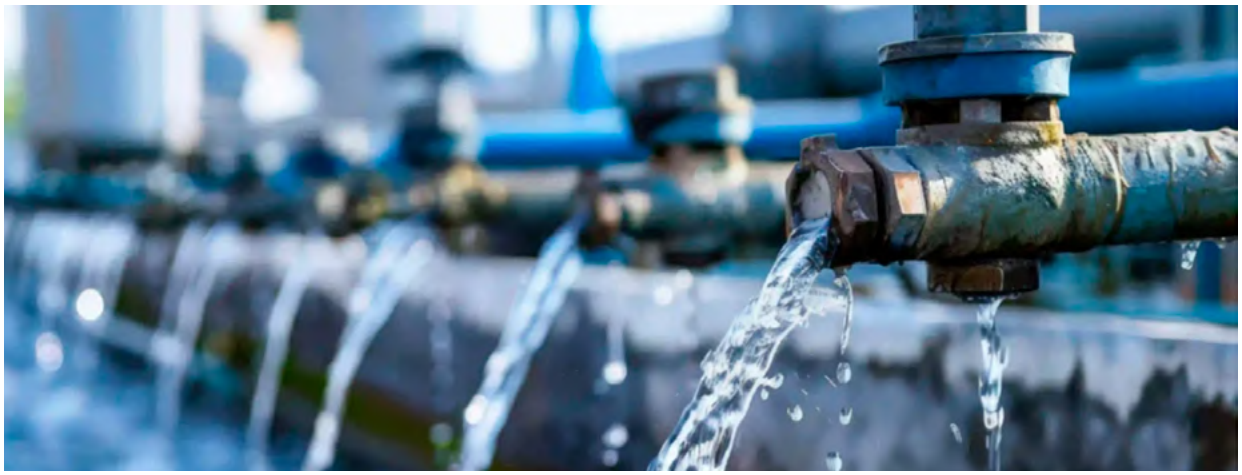
Uno de los aportes centrales del plan es reconocer que los promedios nacionales pueden ocultar las desigualdades. Colombia ha mejorado sus coberturas durante décadas, pero esos avances no se distribuyen de manera homogénea. Las diferencias entre lo urbano y lo rural siguen siendo profundas, y dentro de cada una de estas categorías existen también enormes contrastes regionales y locales. El plan incorpora instrumentos destinados a identificar territorialmente las desigualdades, entre ellos el Índice de Brechas de Acceso al Agua y al Saneamiento Básico (IBAS) y el Índice de Justicia Hídrica (IJH). El documento incluye, además, un instrumento nacional para la priorización de proyectos estratégicos orientados al

cierre de brechas. Esto es importante. El plan es fundamental para la distribución de recursos, de manera que no respondan a la capacidad de *lobby* y de presión de algunos ciudadanos y comunidades, sino que dibujen un mapa de necesidades más urgentes para atenderlas en razón de sus urgencias.

No debería invertirse simplemente donde sea más fácil ejecutar un proyecto, donde exista mayor capacidad para formularlo o donde las instituciones locales tengan mejores equipos técnicos. Si queremos cerrar brechas, la inversión pública debe tener la capacidad de llegar, ante todo, allí donde las condiciones son más difíciles. De otra manera, ocurre una paradoja conocida: los territorios que tienen mayores capacidades institucionales consiguen formular mejores proyectos y atraer mayores recursos, mientras aquellos que acumulan los mayores déficits tienen también menores posibilidades de cumplir los requisitos para obtener financiación. La desigualdad puede terminar reproduciéndose mediante los propios instrumentos diseñados para combatirla.

Otro elemento fundamental consiste en reconocer la diversidad de formas mediante las cuales los colombianos hemos resuelto históricamente el acceso al agua. La Constitución permite que los servicios públicos sean prestados por el Estado, directa o indirectamente, por comunidades organizadas o por particulares, manteniendo el Estado la regulación, el control y la vigilancia. Esta disposición adquiere especial importancia cuando miramos el mundo rural. Miles de comunidades que acogen a millones de personas han construido, administrado y sostenido durante décadas sus propios sistemas de abastecimiento, distribución y mantenimiento. Los gestores comunitarios del agua no constituyen una anomalía que debiera desaparecer a medida que avanza la "modernización" del sector. Son parte de la realidad institucional y territorial del país. La normativa reciente reconoce la gestión comunitaria del agua y el saneamiento básico y el papel de sus gestores en la garantía del acceso. El reto consiste en fortalecer esas capacidades, acompañarlas técnica y financieramente y articularlas con las instituciones públicas y la acción privada, respetando sus particularidades.

Algo semejante ocurre con numerosas empresas públicas municipales pequeñas y medianas. La política sectorial debe reconocer que no todos los prestadores operan en las mismas condiciones económicas, geográficas o demográficas.



Exigir modelos idénticos en territorios radicalmente diferentes puede profundizar, en vez de reducir las desigualdades. Una de las cuatro grandes líneas estratégicas del plan vigente está dedicada a la diversificación de las formas de gestión y prestación territorial. Las otras tres se concentran en explicar la institucionalidad y gobernanza multinivel; llamar a la planeación convergente y la articulación de inversiones; y diseñar el ordenamiento y la gestión territorial desde el ciclo hidrosocial. Esta es una forma de responder a una de las necesidades más sentidas de la población rural y de algunos sectores urbanos, mediante la creación de acuerdos estratégicos de convergencia del Estado con emprendedores privados y organizaciones comunitarias locales y regionales. Todavía es necesario hacer una evaluación de todos los prestadores (públicos, privados, comunitarios) y de sus posibilidades y limitaciones, para tener un panorama más claro del tipo de interacciones posibles y de sus geografías, y, desde allí, decidir las acciones de coordinación del Estado.

La posibilidad de garantizar agua en una vivienda depende de procesos que ocurren mucho antes de que el líquido llegue a una planta de tratamiento: conservación de cuencas, bosques y páramos; usos del suelo; expansión urbana; actividades productivas; calidad de las fuentes; disposición de aguas residuales; gestión de residuos; adaptación climática y prevención de riesgos, como los principales. Por eso resulta inadecuado separar la política de prestación de servicios de la política ambiental y del ordenamiento territorial. Es necesario, al menos, tender los puentes que la naturaleza y la historia de las sociedades trazan entre todos estos factores. El plan propone mecanismos para construir esas conexiones sin perder las competencias administrativas de cada institución. Invita a ese tejido desde el corazón del concepto de ciclo hidrosocial: comprender conjuntamente las dinámicas naturales del agua y las relaciones sociales, económicas, culturales e institucionales mediante las cuales una sociedad la usa, transforma, distribuye y devuelve al ambiente, y actuar en consecuencia para facilitar el acceso universal y el disfrute de los derechos a la vida para todos los seres vivos.

Eso es el ordenamiento territorial alrededor del agua, planteado por la Ley 2294 del 19 de mayo de 2023. Que las decisiones de ocupación y uso del territorio sean acordes con las condiciones naturales y con los procesos locales de uso y acceso a los bienes comunes, que haya mecanismos de comunicación entre apropiadores para lograr ganancias más altas que cuando no hay posibilidades de comunicación. Así todos ganan y todos son responsables[1].

Colombia no parte de cero. El Plan Director de Agua Potable y Saneamiento Básico 2018-2030 significó un avance, y permitió organizar acciones relacionadas con articulación intersectorial, cambio climático, aguas lluvias y residuales, fortalecimiento institucional y sistemas de información. Pero la evaluación recogida en la nueva resolución[2] reconoce limitaciones importantes:

[1] Ostrom, Elinor (2011). *El gobierno de los bienes comunes: la evolución de las instituciones de acción colectiva* [1990]; 2.ª ed.; trad. de Corina de Iturbide Calvo y Adriana Sandoval, con revisión técnica de Leticia Merino Pérez y Fabrice Lehoucq. México, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM)-Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinares (CRIM)-Fondo de Cultura Económica, 403 p. (11).

[2] Resolución 0553 del 05 de agosto de 2026: "Por la cual se adopta el Plan Director para la justicia hídrica en Colombia (2026-2050): Visión estratégica para el Cierre de Brechas y Universalización del Acceso al Agua Apta para Consumo Humano y el Saneamiento Básico". *Minvivienda*, Bogotá. https://minvivienda.gov.co/normativa/resolucion-0553-2026-1

su carácter indicativo, la falta de una evaluación integral y la ausencia de un sistema permanente de monitoreo redujeron su capacidad para orientar efectivamente la planeación territorial, las inversiones y la acción coordinada del Estado. La lección es importante: una política pública no cambia la realidad simplemente porque esté bien concebida y bien escrita; necesita instituciones, recursos, responsabilidades, información, participación social, seguimiento y continuidad. Por eso, junto con el nuevo plan, se desarrolló una metodología para su elaboración y actualización. El Manual del PDASB establece un ciclo que comprende mandato y naturaleza jurídica, fundamentos conceptuales, diagnóstico basado en evidencia, formulación estratégica, gestión integral del agua y el saneamiento, participación y consulta pública, y seguimiento, evaluación y mejora continua.

El propósito es evitar que cada actualización comience nuevamente desde cero y convertir al Plan Director en un instrumento capaz de aprender de su propia ejecución y desarrollo. El Manual insiste en que la calidad de la planeación de largo plazo depende tanto del contenido como de la robustez del proceso mediante el cual se construye, valida, adopta, sigue y actualiza.

Quizás el mayor desafío del Plan Director sea su horizonte: el año 2050. Un horizonte de casi un cuarto de siglo obliga a pensar más allá de un período de gobierno, de una administración territorial e, incluso, de varias generaciones de funcionarios públicos. El cierre de las brechas de agua y saneamiento no puede depender de que cada cuatro años el país cambie de prioridades, conceptos e instrumentos. Necesita continuidad, pero también capacidad de evaluación y corrección. En coherencia con esto, el plan establece metas escalonadas para 2026-2030, 2031-2040 y 2041-2050. El reto será convertir esos horizontes en decisiones presupuestales, proyectos concretos y responsabilidades verificables. Declarar el agua como derecho es indispensable, pero no es suficiente. El derecho se materializa cuando una niña puede beber agua sin enfermarse; cuando una familia rural no deba dedicar varias horas del día a conseguir y transportar el agua; cuando una comunidad puede proteger sus fuentes; cuando un municipio dispone de capacidad técnica para administrar sus sistemas; cuando las aguas residuales dejan de contaminar los ríos; y cuando los recursos públicos llegan primero a quienes enfrentan las mayores brechas.

Como parece claro, la justicia hídrica no puede ser responsabilidad exclusiva del MVCT ni de las empresas prestadoras. Requiere coordinación entre nación y gobiernos locales y regionales, autoridades ambientales, comunidades, gestores comunitarios, empresas públicas, sector privado, academia y organizaciones sociales. Sobre todo, requiere de la participación de todos los actores involucrados y de la convergencia planificada de sus acciones. Colombia ha avanzado durante décadas en la construcción de infraestructura de agua y saneamiento; ahora da un paso adicional: construir una política capaz de reconocer las diferencias territoriales y concentrar capacidades y recursos donde las desigualdades son mayores. Ese es el horizonte al que apunta el Plan Director para la justicia hídrica. Su éxito no podrá medirse por el número de documentos, normas o indicadores producidos. En 2050 habrá una medida mucho más sencilla y exigente: saber si el país logró que el derecho al agua dejara de depender del lugar donde se nace. El cierre de las brechas de agua y saneamiento no consiste solamente en aumentar coberturas, sino en colaborar de manera conjunta y convergente en la construcción de un país más justo y equitativo.

Financiación para el agua: diagnóstico y rutas de financiación nacional e internacional para los acueductos comunitarios en Colombia y Santander

Por: Cristina Díaz Díaz

Abogada, magíster en Derecho Público y doctoranda en Derecho, Universidad Externado de Colombia. Investigadora, Universidad Autónoma de Bucaramanga (UNAB)



El agua que llega por manguera

En buena parte de la Colombia rural, el agua no llega gracias al Estado ni a una empresa: llega porque un grupo de vecinos decidió, hace treinta o cincuenta años, captar un nacimiento, tender una manguera, levantar un tanque y turnarse para cuidarlo. Esos son los acueductos veredales o comunitarios. Los sostienen juntas de acción comunal, asociaciones de usuarios, cooperativas y, cada vez con más frecuencia, mujeres que llevan las cuentas, cobran la cuota, limpian el desarenador y reclaman en la alcaldía cuando el agua llega turbia.

El derecho humano al agua no es una concesión del gobierno de turno. Está en la Constitución de 1991, en el bloque de constitucionalidad y en la Resolución 64/292 de 2010, de la Asamblea General de Naciones Unidas. Pero un derecho sin dinero para cumplirlo se queda en el papel. Por eso este artículo hace dos preguntas concretas: ¿en qué estado están hoy los acueductos comunitarios de Colombia y de Santander?, y ¿de dónde puede salir, a nivel nacional e internacional, el dinero para fortalecerlos?

El momento importa. En septiembre de 2025 el Gobierno nacional expidió el Decreto 960, que adoptó la Política Pública de Gestión Comunitaria del Agua y el Saneamiento Básico (PGCASB). En agosto de 2026 llegó un nuevo gobierno y un nuevo ministro de Vivienda. Entre una cosa y otra quedaron plazos, subsidios y fondos que las comunidades necesitan conocer, para poder exigirlos.

Diagnóstico nacional: el agua rural llega, pero no siempre es potable

La brecha entre ciudad y campo es la primera cifra del diagnóstico. Según el Ministerio de Vivienda, en 2021 la cobertura de acueducto era del 98 % en zonas urbanas y del 76 % en zonas rurales; 3.2 millones de personas no tenían acceso a agua potable, 2.6 millones de ellas en el campo, y unos 12 millones de habitantes rurales recibían un servicio inadecuado por mala calidad, poca continuidad o cobertura limitada (MinVivienda, 2022).

Quienes cierran esa brecha, en gran medida, son las propias comunidades. La Red Nacional de Acueductos Comunitarios calcula que en el país hay más de 12 000 acueductos comunitarios (Martínez, 2025), que atienden cerca del 40 % de la población rural y abastecen a más de 9 millones de personas (Zapata, 2025). La cifra exacta nadie la conoce: muchos no están inscritos ante la Superintendencia de Servicios Públicos, y esa invisibilidad estadística es ya un problema de financiación, porque lo que no se cuenta no se presupuesta.

El segundo problema es la calidad. El Informe Nacional de Calidad del Agua 2024 muestra que el agua urbana tiene, en promedio, riesgo bajo, mientras que la rural está en riesgo alto (INS et al., 2025):

Indicador (2024)	Urbano	Rural
IRCA nacional (0 = sin riesgo; más de 35 = riesgo alto)	6,0 % — riesgo bajo	36,7 % — riesgo alto

Indicador (2024)	Urbano	Rural
IRCA en Santander	6,9 % — riesgo bajo	19,1 % — riesgo medio
Muestras de prestadores tomadas en cada zona	82,7 %	17,3 %

Tabla 1. Calidad del agua urbana y rural, 2024. *Fuente*: *Informe Nacional de Calidad del Agua para Consumo Humano INCA 2024* (INS et al., 2025).

El mismo informe registra que de las 5899 entidades vigiladas en 2024, el 67 % eran autoabastecedores, es decir, sistemas que no figuran como prestadores ante la Superintendencia, y que el agua de estos tuvo un índice de riesgo de la calidad del agua para el consumo humano (IRCA) de 44.3 %. Dicho de otro modo: el Estado mide sobre todo el agua de las ciudades, y donde mide el agua del campo, encuentra que no es apta para beber. Ese es el retrato del acueducto veredal típico: una infraestructura levantada con esfuerzo comunitario, sin planta de tratamiento, sin laboratorio y sin recursos para el mantenimiento.



Diagnóstico en Santander: veredas con sed, en un departamento de páramos

Santander es un departamento rico en agua y pobre en gestión del agua. Ocupa el puesto 27 entre 33 territorios en el indicador de uso eficiente del agua del Índice Departamental de Competitividad, y el 52 % de sus municipios no tiene planta de tratamiento de aguas residuales, según reportó *Vanguardia* en agosto de 2026 (Chío, 2026). El IRCA rural del departamento fue de 19.1 % en 2024, nivel de riesgo medio: mejor que el promedio nacional, pero todavía agua no apta para el consumo humano.

Tres hechos completan el diagnóstico. Primero, la vigilancia es débil: sólo 13 de los 87 municipios santandereanos reportaban avance en sus mapas de riesgo de calidad del agua, un cumplimiento del 14.9 %, calificado como bajo por el Ministerio de Salud. Segundo, cuando la Superintendencia tomó muestras directamente en seis municipios del departamento, dos resultaron inviables sanitariamente y cuatro en riesgo alto, de trece analizadas (INS et al., 2025). Tercero, la lista de espera es larga: la Empresa de Servicios Públicos de Santander (ESANT), gestora del Plan Departamental de Agua, presentó al nuevo Gobierno cerca de 75 proyectos por alrededor de un billón de pesos, y su gerente reconoció que en las zonas rurales los niveles de cobertura siguen siendo muy bajos (Chío, 2026).

El caso del Acueducto Regional Cooperativo El Común (Acuascoop), el acueducto comunitario que abastece las veredas de Barichara, Villanueva y Cabrera desde la represa El Común, resume el dilema. La Superintendencia le retiró el registro de prestador por la mala calidad del agua, y la solución, una planta de tratamiento de unos 14 000 millones de pesos, depende de que el Ministerio la viabilice. Una organización comunitaria no puede pagar sola esa obra; tampoco puede esperar indefinidamente a que otro la pague.

Detrás de cada acueducto veredal santandereano hay, además, un trabajo que no aparece en ninguna estadística: el de las mujeres que administran la junta, cobran la cuota mensual, convocan las mingas de limpieza y conocen el estado de cada tramo de manguera. Son ellas las que más pierden cuando el agua falta, porque recae sobre ellas el cuidado de los enfermos y el acarreo, y son también las que mejor conocen el sistema. Cualquier ruta de financiación que las ignore está condenada a construir tanques que nadie va a mantener.

El marco jurídico: de la tolerancia al reconocimiento

Durante tres décadas los acueductos comunitarios vivieron en una zona gris. El artículo 365 de la Constitución permite que las comunidades organizadas presten servicios públicos, y el artículo 15.4 de la Ley 142 de 1994 las reconoce como ‘organizaciones autorizadas’. La Corte Constitucional, en la sentencia C-741 de 2003, dijo que su régimen debía ser distinto del de las empresas, porque son organizaciones solidarias y sin ánimo de lucro. Pero en la práctica se les exigía lo

mismo que a una empresa de una ciudad: registro mercantil, reportes al Sistema Único de Información, tarifas calculadas con la metodología de la Comisión de Regulación y, hasta 2024, incluso factura electrónica.

El cambio llegó con el artículo 274 de la Ley 2294 de 2023, del Plan Nacional de Desarrollo (PND), y con el Decreto 960 de 2025, que adoptó la PGCASB. Sus reglas más útiles para quien busca financiación son estas:

- Los gestores comunitarios son no contribuyentes del impuesto de renta y nadie puede exigirles registro en cámara de comercio; su existencia se prueba con estatutos y actas.

- Los que captan menos de un litro por segundo para consumo humano no necesitan concesión de aguas, solo inscribirse en el Registro de Usuarios del Recurso Hídrico.

- La energía de sus plantas y bombas se cobra como estrato 4, sin contribución de solidaridad.

- Pueden formular y presentar proyectos directamente ante el Ministerio de Vivienda, que debe aplicarles criterios diferenciales y trámites simplificados, y la alcaldía recibe la obra y se la entrega como aporte bajo condición.

- Se crea un mecanismo especial de apoyo para transferir recursos de la nación a los gestores mediante convenios solidarios, y las entidades públicas pueden celebrar con ellos asociaciones público-populares hasta la mínima cuantía.

- Cada alcaldía debe formular un Programa Municipal de Fortalecimiento Comunitario dentro de los cuatro meses siguientes a la aprobación de su plan de desarrollo, y los departamentos deben incluir a los gestores en los planes de su Plan Departamental de Agua.

El subsidio comunitario es la pieza más concreta. Creado por el Decreto 1697 de 2023, para usuarios de estratos 1 y 2 de gestores que no reciben subsidio municipal, fue reglamentado de nuevo por la Resolución 0552 de 2026, que lo fijó en hasta 16 608 pesos por suscriptor al mes, sin superar el 80 % de la factura en estrato 1 ni el 50 % en estrato 2. Para el momento del lanzamiento del Decreto 960, 358 gestores comunitarios lo recibían, en beneficio de más de 116 000 familias (MinVivienda, 2025b). Es poco si se compara con más de 12 000 acueductos comunitarios. Y la propia resolución advierte que el subsidio depende de la disponibilidad presupuestal: el ministerio puede abstenerse de asignarlo, aunque el gestor cumpla todos los requisitos.

Hay además una trampa en los requisitos: para recibir el subsidio, el gestor debe tener el Registro Único de Prestadores de Servicios Públicos (RUPS) aprobado y actualizado. Es decir, los acueductos más pequeños y más informales, precisamente los que más lo necesitan, quedan fuera hasta que alguien los ayude a formalizarse.



Fuentes nacionales: el dinero existe, pero llega por ventanillas ajenas

La mayor parte del dinero público para el agua rural no llega directamente a las comunidades: pasa por la alcaldía, la gobernación o el Plan Departamental de Agua. El Decreto 960 de 2025 enumera esas fuentes: Presupuesto General de la Nación, Sistema General de Participaciones, Sistema General de Regalías, transferencias del sector eléctrico, recursos de las corporaciones autónomas regionales y de las entidades territoriales. La tabla resume cómo puede aprovecharlas un acueducto veredal.

Fuente	Quién la solicita o administra	Qué puede financiar	Clave para el acueducto veredal
Subsidio comunitario (MinVivienda)	El propio gestor comunitario	Hasta 16.608 pesos por suscriptor al mes en estratos 1 y 2 (2026)	Exige registro de prestador actualizado y que no haya subsidio municipal
Mecanismo especial de apoyo y convenios solidarios (MinVivienda)	El gestor, mediante convenio con la Nación	Obras, rehabilitación, repuestos y costos de sostenibilidad de sistemas de aprovisionamiento	Depende del presupuesto anual del Ministerio
Proyectos ante el mecanismo de viabilización de MinVivienda	El gestor directamente o con la alcaldía	Infraestructura, predios, trámites ambientales, equipos de calidad del agua, micromedidores	El Grupo de Proyectos Diferenciales y Comunitarios da asistencia técnica gratuita
Sistema General de Participaciones, agua potable (SGP-APSB)	Alcaldía y gobernación	Inversión en agua y subsidios a la tarifa de estratos 1 y 2	El acueducto debe pedir que la alcaldía le transfiera subsidios por convenio
Plan Departamental de Agua (en Santander, Esant)	Gobernación y municipios vinculados	Estudios, diseños, obras y el Plan de Aseguramiento para fortalecer prestadores	Pedir inclusión en el Plan de Aseguramiento y en el Plan Estratégico de Inversiones
Sistema General de Regalías	Entidades territoriales ante sus instancias de decisión	Proyectos de inversión formulados en la metodología del DNP	Requiere un proyecto bien estructurado y un ente territorial que lo presente

Fuente	Quién la solicita o administra	Qué puede financiar	Clave para el acueducto veredal
Obras por impuestos (Agencia de Renovación del Territorio)	Empresas contribuyentes, en municipios ZOMAC y PDET	Acueductos y alcantarillados, con cargo al impuesto de renta de la empresa	Sólo aplica si el municipio está en esas listas
Asociaciones Público-Populares	Cualquier entidad estatal con el gestor	Protección de cuencas, acometidas, tanques, soluciones individuales, fortalecimiento	Hasta la mínima cuantía de la entidad contratante
Corporaciones autónomas (CDMB, CAS, Corponor) y 1 % de los ingresos corrientes municipales	Autoridad ambiental y alcaldía	Compra de predios en nacimientos y pago por servicios ambientales en Santurbán y otras zonas de recarga	Protege la fuente y puede pagar a las familias de la vereda por cuidarla

Tabla 2. Fuentes nacionales de financiación para acueductos comunitarios. *Fuente*: elaboración propia con base en el Decreto 960 de 2025 y la Resolución 0552 de 2026 de MinVivienda.

Dos ejemplos muestran que el mecanismo funciona cuando hay voluntad. Desde 2018, obras por impuestos han financiado 409 proyectos, por cerca de 3 billones de pesos en municipios golpeados por el conflicto, y en 2025 se aprobó el mayor cupo de su historia, de 1.6 billones (Actualícese, 2026). En Cundinamarca, el programa departamental Agua a la Vereda atendió en 2025 a 420 prestadores rurales, y avanzó en la implementación con 189 de ellos, un modelo que la Organización de Estados Americanos (OEA) reconoció (Gobernación de Cundinamarca, 2025). Un programa de esa escala, dirigido de forma específica a los acueductos veredales, es lo que Santander debería exigirle a su Plan Departamental de Agua.



Fuentes internacionales: préstamos al Estado, donaciones a las comunidades

La cooperación internacional para el agua rural funciona en dos niveles muy distintos, y confundirlos es el primer error de muchas organizaciones. En el nivel alto están los préstamos y grandes donaciones que negocia el Gobierno nacional. En el nivel de base están las donaciones pequeñas a las que una junta de acueducto o una asociación de mujeres puede aplicar por sí misma, casi siempre con una organización aliada que le ayude a formular.

El nivel alto tiene antecedentes concretos en Colombia. El Banco Interamericano de Desarrollo (BID) prestó 60 millones de dólares en 2012 para el Programa de Abastecimiento de Agua y Manejo de Aguas Residuales en Zonas Rurales (Redacción El Tiempo, 2017), y su fondo AquaFund financió con donaciones proyectos piloto rurales (MinVivienda, 2012). El Fondo de Cooperación para Agua y Saneamiento de la Cooperación Española aportó 13.8 millones de euros a un programa de agua y saneamiento rural del ministerio (Ministerio de Asuntos Exteriores de España, 2011) y, más recientemente, 1.38 millones de euros para fortalecer los acueductos comunitarios campesinos de la ruralidad de Bogotá (Forbes Colombia Staff, 2026). Este último caso importa porque muestra que una entidad territorial puede negociar directamente con un cooperante para su ruralidad: lo mismo podrían hacer la Gobernación de Santander o un grupo de municipios.

Fuente	Tipo de apoyo	Quién puede acceder	Cómo se llega
Banca multilateral (BID, Banco Mundial, CAF)	Préstamos y cooperaciones técnicas no reembolsables	La Nación y, en algunos casos, departamentos	Por medio de MinVivienda, el DNP y MinHacienda
Cooperación Española (Fondo de Cooperación para Agua y Saneamiento, AECID)	Donaciones para agua y saneamiento con participación comunitaria	Gobierno nacional y entidades territoriales	Acuerdo de la gobernación o la alcaldía con la AECID
Otras cooperaciones bilaterales (Unión Europea, Alemania, Japón, Corea, Suiza)	Donaciones y asistencia técnica en agua, clima y paz	Gobierno, entidades territoriales y ONG ejecutoras	Convocatorias de las embajadas y de la Agencia Presidencial de Cooperación
Programa de Pequeñas Donaciones del Fondo para el Medio Ambiente Mundial (PNUD)	Donaciones pequeñas para proyectos ambientales comunitarios	Organizaciones de base campesinas, indígenas y de mujeres	Convocatorias periódicas, con apoyo de una ONG aliada
Fondos de mujeres (Fondo Lunaria, Global Fund for Women, Urgent Action Fund)	Donaciones para fortalecer organizaciones de mujeres	Colectivos y asociaciones de mujeres	Convocatorias abiertas o invitación

Tabla 3. Fuentes internacionales de financiación. *Fuente*: elaboración propia.

Fuente	Tipo de apoyo	Quién puede acceder	Cómo se llega
ONG internacionales (Oxfam y otras)	Alianzas para formular y ejecutar proyectos con enfoque de género y derechos	Organizaciones locales con trayectoria	Mediante una organización colombiana socia
Redes regionales (Fundación Avina y la Confederación Latinoamericana de organizaciones comunitarias de agua)	Intercambio, incidencia y formación	Redes y asociaciones de acueductos	Afiliación a la Red Nacional o a Cocsascol
Fondos climáticos (Fondo Verde para el Clima, Fondo de Adaptación)	Grandes donaciones y préstamos para adaptación al cambio climático	Sólo mediante entidades acreditadas	Proyectos regionales presentados por una entidad acreditada

Tabla 3. Fuentes internacionales de financiación. *Fuente*: elaboración propia.

Hay que decirlo con franqueza: la cooperación internacional se ha vuelto más escasa. Varios donantes han recortado sus presupuestos de ayuda al desarrollo desde 2025 y compiten más organizaciones por menos recursos. Por eso gana quien llega con tres cosas: un diagnóstico propio con cifras, una organización formalizada que pueda recibir y rendir cuentas del dinero, y una contrapartida local, aunque sea en mano de obra comunitaria, que demuestre que el proyecto no se caerá cuando se vaya el donante.

Por qué el dinero no llega a la vereda

Si hay normas, subsidios y cooperantes, ¿por qué siguen las veredas tomando agua sin tratar? El diagnóstico permite señalar seis cuellos de botella.

El primero es la formalización. Muchos beneficios exigen el Registro Único de Prestadores actualizado, reportes al sistema de información de la Superintendencia

o una cuenta bancaria a nombre de la organización. Los acueductos más pequeños no tienen contador, ni internet estable, ni quien haga esos trámites. El Decreto 960 eliminó la exigencia de cámara de comercio, pero el resto de la cadena sigue intacta.

El segundo es la formulación de proyectos. Una obra financiada con regalías o con recursos de la nación requiere estudios, diseños, permisos ambientales, predios y la metodología del Departamento Nacional de Planeación (DNP). Esa preinversión cuesta dinero que la comunidad no tiene, y sin ella no hay proyecto que presentar.

El tercero es la intermediación política. Casi todo pasa por la alcaldía o el Plan Departamental de Agua, y una vereda que no tiene interlocución con el alcalde de turno queda fuera de la lista. Como dijo un académico, citado por Radio Nacional, a propósito de los municipios del Programas de Desarrollo con Enfoque Territorial (PDET), el acceso al agua se ha convertido en una manipulación del político de turno (Radio Nacional de Colombia, 2023).

El cuarto es la fragilidad presupuestal. El subsidio comunitario, el mecanismo especial de apoyo y el proyecto de inversión de doce años previsto en el Decreto 960 dependen del Marco de Gasto de Mediano Plazo (MGMP). Con un nuevo gobierno desde agosto de 2026, la continuidad de esos instrumentos no está garantizada y debe vigilarse de cerca.

El quinto es la obra sin mantenimiento. Se financia el tanque o la planta, pero no la operación, el cloro, el laboratorio ni el salario de quien opera. Sin operación ni control de calidad, la infraestructura no garantiza agua potable: el caso de Acuascoop, que perdió su registro de prestador por la calidad del agua que entregaba, lo muestra con claridad.

El sexto es la brecha de género. Las mujeres sostienen buena parte del trabajo cotidiano de los acueductos veredales, a menudo sin pago, pero rara vez son ellas las que firman los convenios, asisten a los comités del Plan Departamental o reciben la capacitación técnica. Y cuando el agua falla, son ellas las que cargan el balde, cuidan a los niños con diarrea y pierden horas de trabajo productivo. Un enfoque de género no es un adorno de la propuesta: es la condición para que la inversión dure. El propio Decreto 960 ordena que los diseños tipo del ministerio incluyan enfoques de género y diferencial, y que el mes de la gestión comunitaria del agua visibilice el papel de las mujeres. Falta convertir esa intención en presupuesto.



Propuestas: una ruta para que el agua de la vereda tenga quien la pague

Del diagnóstico se desprenden siete propuestas concretas, ordenadas de lo más local a lo internacional:

1. Un censo departamental de acueductos veredales. Santander necesita saber cuántos gestores comunitarios tiene, dónde están, cuántas personas abastecen y en qué estado está su agua. El Decreto 960 ya obliga a los municipios a reportar ese inventario; la gobernación y las universidades de la región pueden acelerarlo.

2. Una ventanilla de formalización. Una oficina, física y móvil, que ayude a los acueductos a actualizar estatutos, abrir cuenta bancaria, inscribirse en el registro de prestadores y solicitar el subsidio comunitario. Sin ese primer paso, el resto de las fuentes sigue cerrado.

3. Un programa departamental tipo Agua a la Vereda. La ESANT puede incluir en el Plan de Aseguramiento del Plan Departamental de Agua un componente específico para acueductos veredales, con metas, presupuesto y diagnóstico de cada prestador, como lo ha hecho Cundinamarca.

4. Programas Municipales de Fortalecimiento Comunitario reales. Cada alcaldía debe formularlo, con participación de los gestores, y destinar una parte de sus recursos del Sistema General de Participaciones (SGP) de agua potable a subsidios y aportes bajo condición para los acueductos comunitarios.

5. Un fondo de preinversión. Una bolsa departamental, que puede alimentarse con regalías y cooperación, para pagar estudios, diseños y permisos, de modo que las veredas lleguen a las convocatorias con proyectos listos.

6. Enfoque de género con presupuesto. Cuotas de participación de mujeres en las juntas de los acueductos que reciban recursos públicos, formación técnica dirigida a ellas en operación, calidad del agua y contabilidad, y alianzas con fondos de mujeres y organizaciones no gubernamentales (ONG) internacionales que financian organizaciones lideradas por mujeres.

7. Una estrategia regional ante la cooperación. La gobernación, una red departamental de acueductos comunitarios y una organización con credibilidad internacional pueden presentar un solo programa a la Cooperación Española, a la Unión Europea o al Programa de Pequeñas Donaciones, en lugar de que cada vereda compita sola.

El agua de Santander nace en páramos como Santurbán, que esta misma revista defiende en cada edición. Pero proteger el páramo de nada sirve si el agua que baja

de él llega a las veredas sin tratar, por una manguera remendada, y la sostiene sin apoyo un grupo de mujeres que nadie ha contado. Los acueductos comunitarios son la forma más antigua y más democrática de gestionar el agua en Colombia. El Estado ya los reconoció en el papel. Ahora tiene que financiarlos, y la sociedad tiene que exigir que lo haga.

Referencias

Actualícese (2026, 17 de julio). Obras por impuestos: Gobierno nacional aprueba 137 proyectos por cerca de $1,6 billones. *Actualícese*, Bogotá. https://actualicese.com/obras-por-impuestos-gobierno-nacional-aprueba-137-proyectos-por-cerca-de-16-billones/

Chío, Juan Carlos (2026, 9 de agosto). Santander le presentará 75 proyectos de agua y alcantarillado al ministro Jaime Andrés Beltrán. *Vanguardia*, Bucaramanga. https://www.vanguardia.com/santander/2026/08/08/santander-le-presentara-75-proyectos-de-agua-y-alcantarillado-al-ministro-jaime-andres-beltran/

Congreso de la República de Colombia (1994). Ley 142 de 1994, por la cual se establece el régimen de los servicios públicos domiciliarios. *Función Pública*, Bogotá. https://www.funcionpublica.gov.co/eva/gestornormativo/norma.php?i=2752

Congreso de la República de Colombia (2023). Ley 2294 de 2023, por la cual se expide el Plan Nacional de Desarrollo 2022-2026 «Colombia, potencia mundial de la vida» (art. 274). *Función Pública*, Bogotá. https://www.funcionpublica.gov.co/eva/gestornormativo/norma.php?i=209510

Corte Constitucional de Colombia (2003). Sentencia C-741 de 2003. *Corte Constitucional*, Bogotá. https://www.corteconstitucional.gov.co/relatoria/2003/c-741-03.htm

Forbes Colombia Staff (2026, 29 de abril). España invierte 1,38 millones de euros en plan de agua potable en zonas rurales de Bogotá. *Forbes Colombia*, Bogotá. https://forbes.co/actualidad/espana-invierte-138-millones-de-euros-en-plan-de-agua-potable-en-zonas-rurales-de-bogota

Gobernación de Cundinamarca (2025, 11 de diciembre). Empresas Públicas de Cundinamarca (EPC) presentó resultados de su gestión en 2025. *Gobernación de Cundinamarca*, Bogotá. https://www.cundinamarca.gov.co/noticias/empresas-publicas-de-cundinamarca-epc-presento-resultados-de-su-gestion-en-2025

Instituto Nacional de Salud, Ministerio de Salud y Protección Social, Ministerio de Vivienda, Ciudad y Territorio y Superintendencia de Servicios Públicos Domiciliarios (2025). *Informe Nacional de Calidad del Agua para Consumo Humano INCA 2024*. *MinVivienda*, Bogotá. https://www.minvivienda.gov.co/calidad-del-agua-para-consumo-humano/informe-nacional-de-calidad-del-agua-para-consumo-humano-inca-2024

Martínez Delgadillo, Martín (2025, 8 de abril). Acueductos comunitarios, un alivio en los conflictos por el agua. *Pesquisa Javeriana*, Bogotá. https://www.javeriana.edu.co/pesquisa/acueductos-comunitarios-agua/

Ministerio de Asuntos Exteriores de España (2011, 28 de octubre). El Gobierno destina más de 51 millones de euros para cooperación en materia de agua y saneamiento en América Latina y el Caribe. *Ministerio de Asuntos Exteriores, Unión Europea y Cooperación*, Madrid. https://www.exteriores.gob.es/es/Comunicacion/NotasPrensa/Paginas/Articulos/Nota84.aspx

Ministerio de Vivienda, Ciudad y Territorio (2022, octubre). La construcción del cambio a través del agua y la vivienda [Presentación en el Congreso Colombiano de la Construcción, Camacol]. *Camacol*, Bogotá. https://camacol.co/sites/default/files/20221020%20Presentaci%C3%B3n%20Camacol%20Congreso%20VFF%20-%20Minviv.pdf

Ministerio de Vivienda, Ciudad y Territorio (2012, 2 de octubre). 2,1 millones de dólares ejecutará Minvivienda en proyectos piloto integrales de agua y saneamiento rural. *MinVivienda*, Bogotá. https://minvivienda.gov.co/sala-de-prensa/21-millones-de-dolares-ejecutara-minvivienda-en-proyectos-piloto-integrales-de-agua-y-saneamiento-rural

Ministerio de Vivienda, Ciudad y Territorio (2023). Decreto 1697 de 2023, subsidio comunitario. Función Pública, Bogotá. https://www.funcionpublica.gov.co/eva/gestornormativo/norma.php?i=223230

Ministerio de Vivienda, Ciudad y Territorio (2025a). Decreto 960 de 2025, por el cual se reglamenta parcialmente el artículo 274 de la Ley 2294 de 2023 en lo relacionado con la Gestión Comunitaria del Agua y el Saneamiento Básico. *Gestor Normativo CRA*, Bogotá. https://normas.cra.gov.co/gestor/docs/decreto_0960_2025.htm

Ministerio de Vivienda, Ciudad y Territorio (2025b). El Gobierno del Cambio les cumple a los gestores comunitarios del agua y el saneamiento básico con la firma del Decreto 0960/25. *MinVivienda*, Bogotá. https://minvivienda.gov.co/sala-de-prensa/el-gobierno-del-cambio-les-cumple-los-gestores-comunitarios-del-agua-y-el-saneamiento-basico-con-la-firma-del-decreto-0960/25

Ministerio de Vivienda, Ciudad y Territorio (2026). Resolución 0552 de 2026, condiciones y requisitos del subsidio comunitario. *Gestor Normativo CRA*, Bogotá. https://normas.cra.gov.co/gestor/docs/resolucion_minviviendact_0552_2026.htm

Radio Nacional de Colombia. (2023, 1.º de noviembre). ¿Cómo es el panorama del agua potable y unidades sanitarias en los municipios PDET? *Radio Nacional de Colombia*, Bogotá. https://radionacional.co/noticias-colombia/agua-potable-acceso-en-los-municipios-pdet-en-colombia

Redacción El Tiempo (2017). 35.000 millones para acueductos en el campo. *El Tiempo*, Bogotá. https://www.eltiempo.com/economia/sectores/avances-de-acueductos-en-el-campo-30182

Zapata Alzate, Simón (2025, 25 de octubre). Los desafíos de los acueductos comunitarios en Colombia: "Para cuidar el agua hay que cuidar la biodiversidad y los ecosistemas" [Entrevista a Adriana Baquero, presidenta de la Red de Acueductos Comunitarios de Villavicencio-ACER Agua Viva]. *Mongabay Latam*, Lima, https://es.mongabay.com/2025/10/acueductos-comunitarios-colombia-agua-biodiversidad-entrevista/

El presupuesto de 2027: su contenido regresivo y fracasada aprobación legislativa

Por: Arturo Cancino Cadena

Ingeniero Industrial, Universidad Industrial de Santander (UIS). Magíster en Estudios Latinoamericanos, Pontificia Universidad Javeriana. Docente universitario e investigador, con experiencia en la U. Javeriana, Universidad Nacional de Colombia y Universidad Central. Analista de economía y política en revistas y publicaciones nacionales

Desde la alocución presidencial de septiembre 13 de 2026, sobre el presupuesto de 2027, el nuevo gobierno no ha hecho más que prolongar su discurso de campaña electoral basado en afirmaciones sin fundamento sobre la supuesta crisis económica y fiscal del país. Los subalternos del presidente De la Espriella, como su ministro de Hacienda, Miguel Gómez y el vicepresidente, José Manuel Restrepo, no lo han hecho mejor: se han dedicado a repetir las inexactitudes, dogmas y supuestos de ese discurso, así como sus diagnósticos sesgados, evadiendo la discusión seria sobre las repercusiones en la economía nacional y las condiciones de vida de los colombianos de la política fiscal que quieren imponer

Así, cuando en todo el mundo se revisan críticamente los estragos causados por el modelo neoliberal durante las últimas décadas, y mientras los más prestigiosos economistas cuestionan sus premisas y simplificaciones arbitrarias, en el círculo que rodea al gobierno actual se sigue considerando artículo de fe los presuntos beneficios de la privatización, los "milagros" de los menores impuestos empresariales y numerosos beneficios fiscales a las altas rentas, de la desgravación a la extracción de recursos naturales y ausencia de controles sobre los daños ambientales, y de la desregulación laboral y financiera. Y al igual que hace más de cuarenta años, en los gobiernos de Ronald Reagan y Margaret Thatcher, se profesa el principio de que "el Estado es parte del problema y no de su solución" y hay que reducirlo a su mínima expresión. Un anacronismo totalmente abandonado en sus países de origen, que ya han pasado desde entonces por varias crisis de los mercados y recesiones originadas en el sector privado, y afrontadas por los Estados.



Al día siguiente de la alocución presidencial aludida, el expresidente Gustavo Petro refutó las acusaciones sobre el presunto origen del actual déficit fiscal en un supuesto despilfarro del gasto público durante su gobierno, y no en el pago de las cuantiosas obligaciones, heredadas del gobierno de Iván Duque, por concepto del cuantioso déficit (38 billones de pesos) del Fondo de Estabilización del Precio de los Combustibles (FEPC), así como del oneroso pago del préstamo de corto plazo contraído con el Fondo Monetario Internacional (FMI), contratado para pago exigible durante el gobierno Petro (USD 5000 millones). Eso sin mencionar la incoherencia de que el nuevo presidente proclamara en su discurso la "austeridad fiscal" como meta, mientras desechaba el presupuesto moderado presentado por el gobierno saliente y lo sustituía por su megaproyecto presupuestal de 634.9 billones de pesos, mayor en 59.3 billones que el que había presentado el gobierno de Petro para 2027.

Para comprobar con cifras la desproporcionada magnitud del presupuesto abelardista, la bancada del Pacto Histórico radicó el 23 de septiembre una propuesta alternativa del presupuesto de 2027 por valor de 598.6 billones, 36 billones menor que el del gobierno actual, acompañado de un proyecto tributario de financiamiento por 32 billones de pesos. A diferencia del proyecto oficial, esta propuesta presupuestal incorporaba un monto de 20 billones para la reconstrucción de la infraestructura destruida por el reciente terremoto, lo mismo que un billón adicional para la educación superior y 8.77 billones para subsidios públicos de vivienda urbana de interés social.

El debate posterior comprueba que, al igual que las afirmaciones hechas en dicha alocución, y en toda la retórica de campaña de Abelardo de la Espriella y su gente, el llamado "presupuesto de la verdad" se basa realmente en varias mentiras y contradicciones: habla de corregir el supuesto exceso de gasto público actual, pero propugna un incremento de más de 14 % del mismo en 2027; acusa al gobierno anterior de haber sobre endeudado al país y de entregarlo con una deuda "insostenible" (60 % del producto interno bruto, PIB), pero se propone financiar el presupuesto del año entrante con un incremento sustancial de la deuda y del pago de la misma, con lo que contribuirá a elevar el déficit fiscal, de 7.8 % a 9.5 %, y catapultará la deuda a 70 % del PIB. Critica el estancamiento en los recaudos tributarios, pero se propone socavarlos eliminando los gravámenes progresivos a los altos patrimonios, y descarta de plano la nueva ley de financiación tributaria que se propuso; anuncia un recorte inverosímil de 40 % al gasto de funcionamiento del Estado, pero incrementa ese mismo gasto de ministerios como Hacienda, Minas y Defensa, mientras recorta drásticamente los de Salud, Educación y Ambiente. Y, en caso como la Justicia Especial para la Paz (JEP), mutila del todo el presupuesto de inversión.

A punto de vencerse el plazo para la aprobación del presupuesto en el Congreso, el pasado 20 de octubre el Gobierno promovió su aprobación exprés, sin debates y en jornada nocturna. Pero resultó inútil el esfuerzo del ministro del interior y sus gabelas entre las bancadas de la derecha para lograr una mayoría aplastante, ya que, en su afán de "pupitrear" la ley, sus defensores incurrieron en un error de procedimiento que permitió al Pacto Histórico frenar su aprobación legislativa. En consecuencia, el gobierno De la Espriella se vio obligado a aprobarlo por decreto y se malograron los ajustes finales que pretendió hacerle a la propuesta original como producto, principalmente, de acuerdos políticos con sus aliados.

De todas formas, el resultado presupuestal neto es deplorable para el país y refleja la ideología neoliberal que inspira su manejo de las finanzas públicas. Como observa el analista económico Jorge Coronel (https://x.com/coroneljecl), este presupuesto "reduce la inversión social y el gasto que financia derechos", y "se fundamenta en deuda […] un negocio financiero innecesario"[1]. Por tanto, no tardarán en volver a subir en Colombia los índices de pobreza, desigualdad social y desempleo a los vergonzosos niveles de los gobiernos de Álvaro Uribe, Juan Manuel Santos y Duque, mientras se disparan las rentas financieras que generan la concentración de la riqueza. Y el crecimiento económico retrocederá al mismo tiempo con el debilitamiento fiscal del Estado.

Bibliografía

Becerra Elejalde, Laura Lucía y Beltrán, Johnatan (2026, 15 de septiembre) De la Espriella defiende el presupuesto de 2027 entre verdades, falsedades e imprecisiones. *Cambio*, Bogotá. https://cambiocolombia.com/economia/articulo/2026/9/abelardo-espriella-presupuesto-2027-cifras-acusaciones-gobierno-petro

Beeton, Dan (2026, 11 de agosto). Más allá de los titulares: lo que realmente revelan las cifras de la deuda pública en Colombia. *Center for Economic and Policy Research* (CEPR), Washington. https://cepr.net/es/publications/mas-alla-de-los-titulares-lo-que-realmente-revelan-las-cifras-de-la-deuda-publica-de-colombia/

Coronell, Daniel (2026, 21 de octubre). El vicio de trámite que tumba la Ley de Presupuesto: habla la senadora Esmeralda Hernández. *Caracol Radio*, Bogotá. https://caracol.com.co/2026/10/21/el-vicio-de-tramite-que-tumba-la-ley-de-presupuesto-habla-la-senadora-esmeralda-hernandez/

Murillo Herrera, Juan Martín (2026, 15 de septiembre). En réplica, Petro responde a De la Espriella por las cifras fiscales y cuestiona el presupuesto de$635 billones. *Portafolio*, Bogotá. https://www.portafolio.co/economia/gobierno/en-replica-petro-responde-a-de-la-espriella-por-las-cifras-fiscales-y-cuestiona-el-pgn-de-635-billones-502603

Trujillo Velásquez, Juliana (2026, 23 de septiembre). Bancada del Pacto Histórico radicó propuesta alternativa al Presupuesto por $598,6 billones. *La República*, Bogotá. https://www.larepublica.co/economia/bancada-del-pacto-historico-presento-ponencia-alternativa-al-presupuesto-por-598-6-billones-4488675

[1] Ver: https://x.com/coroneljecl/status/2111581390898688117; https://x.com/coroneljecl/status/2117450491856597416

¿Democracia o facismo?

Por: Gonzalo Jiménez R.

Colaborador del Instituto de Estudios para el Desarrollo y la Paz (Indepaz). Asesor de los delegados y delegadas del gobierno nacional a la Mesa de conversaciones de Paz (MDP) con el Estado Mayor de Bloques y Frentes (EMBF)



Entre mayo de 1831 y febrero de 1832, el aristócrata, sociólogo, historiador y político francés Alexis de Tocqueville estuvo en Estados Unidos, y ello le llevó a escribir, en la introducción a su libro *La democracia en América* (1835, 1840), que, entre todas las cosas nuevas que vio en ese país, ninguna le llamó más la atención como la igualdad de condiciones que allí había, pues, según él, esta realidad ejercía poderosa influencia sobre la marcha de la sociedad, la opinión pública, las leyes, el gobierno en general y las costumbres de la gente; tanto, que conduciría, a pasos agigantados, en Europa y Estados Unidos, a una "revolución democrática" que daría fundamento al "universo cristiano", como paradigma de una civilización moderna.



Advertía Tocqueville, que la igualdad de condiciones imperante en Estados Unidos, al menos en los Estados del este, como Nueva Inglaterra, era resultado del respeto absoluto, por parte del gobierno y de todos los ciudadanos, a las libertades humanas, en particular a la libertad de mercado, pues dejar que este opere sin restricciones, sobre todo de impuestos, contribuía a preservar y fortalecer la propiedad privada, base de una sociedad de progreso y bienestar individual y colectiva.

Lo que no intuyó Tocqueville fue que, desde finales del siglo XIX, surgieran en Europa, sobre todo en Alemania, proyectos políticos, de corte socialista democrático, guiados por el planteamiento de una necesaria intervención del Estado, si se quería lograr "igualdad de condiciones", de manera que el Estado, o más bien el gobierno, contribuyera, mediante el cobro de impuestos a las mayores rentas, al logro de seguridad social de la mayoría de la población, en especial de los más pobres; lo cual fue el origen del sistema de seguros sociales (en Colombia adoptaría la forma de Instituto de Seguros Sociales, ISS, creado en 1946 durante el mandato del conservador Mariano Ospina Pérez), sistema que sería aprobado en los años sesenta del siglo XX por el conjunto de las Naciones Unidas, a pesar de la oposición de países como Estados Unidos, como garante de la materialización de los derechos colectivos, económicos, sociales y culturales (DESC).

Aparte de esta situación, no inferida por Tocqueville, con la revolución bolchevique de octubre de 1917 surgió la idea de planificación económica, más tarde ampliada a planificación económica y social, de manera que, desde el Estado, se indujera un crecimiento tal en la producción de bienes y servicios, que pudiera revertirse en forma de gasto social que garantizara a la población trabajadora el acceso, con preferencia, a vivienda, transporte, salud y educación. Después de la culminación de la Segunda Guerra Mundial, en 1945, y con la instauración de un nuevo orden económico y social, en la primera mitad de la década de los años cincuenta del siglo XX se introdujo la estrategia de planeación indicativa, o sugerida, de manera que, entidades como el Banco Mundial, otorgasen créditos blandos, a veces no retornables, para programas de atención humanitaria o de desarrollo.

Estas iniciativas "intervencionistas", causantes, según el credo neoliberal, de las crisis fiscales y sociales de fines del siglo XX e inicios del siglo XXI, que incluyen, según los fanáticos defensores de la "mano invisible", las crisis de casi todos los sistemas democráticos electorales, hoy están sujetas a una revisión, por parte de gobiernos como el gringo de Donald Trump, la Argentina de Javier Milei o la Colombia de Abelardo de la Espriella; de manera que se regrese a la "era feliz de la dictadura absoluta de las grandes corporaciones", llamada en Estados Unidos como la 'MAGA' (sigla del eslogan, *Make América Great Again*).

Por aquello de lo "maga", es que quizás en Colombia se adoptó la figura de la "Patria Milagro", la cual define las líneas centrales del Plan Nacional de Desarrollo 2027-2030 (PND 2027-2030), que va a presentarse a discusión del Congreso en febrero de 2027, y que, en pocas palabras, consiste en "priorizar la recuperación física del occidente colombiano y la reactivación productiva de los territorios impactados por el sismo del diez de agosto; el monopolio de la fuerza, la desfinanciación de economías ilegales, el control territorial, el fortalecimiento penitenciario; ampliar las oportunidades de las familias mediante un modelo sostenible de protección social, cobertura de salud, educación, vivienda, servicios públicos y atención prioritaria a adultos mayores, veteranos y cuidadores; la generación de riqueza centrado en los sectores minero-energético, infraestructura y vivienda, agroindustria, turismo, ciencia y tecnología, y bioeconomía; la descentralización a través de macroproyectos en doce nodos regionales, transfiriendo competencias y recursos a las entidades territoriales para fortalecer la ejecución local y la consolidación de un aparato estatal más pequeño, eficiente y digital, caracterizado por la austeridad fiscal, la lucha frontal contra la corrupción, la transparencia en la contratación y la sostenibilidad macroeconómica".

La primera duda para el logro de este "milagro", está en el proceso de aprobación del PND 2027-2030, pues, según la Constitución, para que el plan se vuelva ley de la república se requiere de un amplio proceso participativo, en el que la mayor cantidad de expresiones sociales, gremiales o corporativas que intervienen, sólo tienen voz más no voto, y, hasta la fecha, las únicas voces que se han tenido en cuenta son las de los gremios económicos (por ejemplo, la ministra de Salud es vocera de la Asociación Colombiana de Empresas de Medicina Integral [ACEMI] en el Gobierno) y los dueños de los grandes capitales, en particular de los grupos Gilinski, Santo Domingo y Sarmiento Angulo.

La segunda duda, tiene que ver con las tendencias del presupuesto de rentas y gastos de este cuatrienio, pues, como quedó en evidencia en las discusiones en el Congreso para aprobar el presupuesto



de 2027, el interés de De la Espriella es disminuir el cobro de impuestos a los grandes patrimonios e incrementar la deuda pública con entidades como el Fondo Monetario Internacional (FMI) y reducir al máximo el gasto social, como fórmula de "ajustar" unos escasos recursos a los enormes y crecientes requerimientos de la mayoría de la población.

Esta combinación de PND, impuestos y presupuesto social recortado, abre las ventanas y puertas a la libre acción de las grandes corporaciones nacionales e internacionales, que, en la actualidad, están ávidas de explotar los recursos naturales, sobre todo los mineros y de agua, imprescindibles para las industrias tecnológica, de armamentos y farmacéutica; de manera que queden pospuestas las urgencias en materia alimentaria, de paz y seguridad humana, y de acciones sobre el cambio climático, pues la oportuna y eficaz atención de estas constituyen la base de una democracia sustentada, ahora sí, en una real igualdad de condiciones.

Universidad, desarrollo, trascendencia y superinteligencia

Por: Carlos Jaime Barrios Hernández

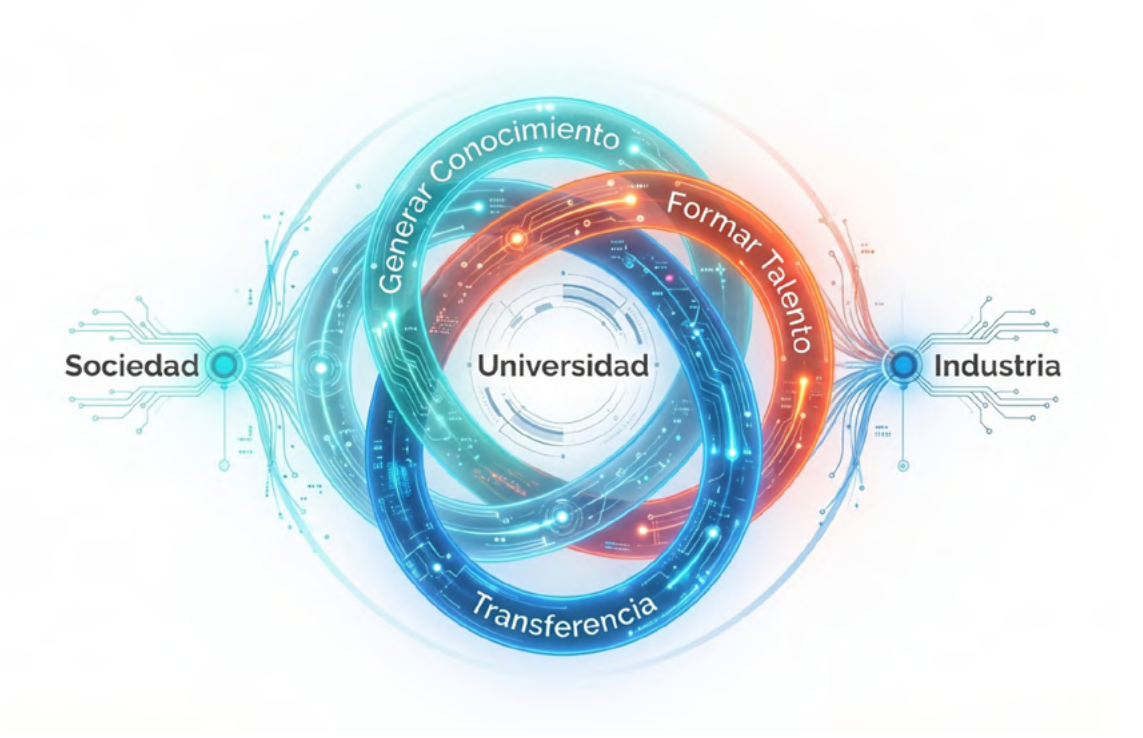
Ph. D. en Informática y Ciencias Computacionales. Supercomputación y Cálculo Científico y profesor asociado, UIS. Profesor adjunto, Universidad de los Andes. Investigador invitado, Instituto Nacional de Investigación en Informática y Automática, INRIA (Grenoble, Francia). @carlosjaimebh

Históricamente, las universidades han sido un motor de desarrollo de los países cuando logran, simultáneamente y de manera constante, cumplir tres funciones: generar conocimiento, formar talento y transferir tanto el conocimiento como el talento formado a la sociedad y a la industria. No hay una prioridad: son acciones que deben realizarse, y el 'cómo' sí establece un orden para que esas tres acciones se garanticen.

Ya en otros artículos de *Encuentros* he desarrollado la idea, pero quizá no se detalle una visión compartida que para muchos es incómoda y que igual no pueden tomarse de manera separada cada uno de los puntos. Sino que igual se entrelazan, y también en ese 'cómo' y en ese 'para qué' y ese 'por qué', se logra trascender del entorno cercano a un entorno global que, en mucho, y más en tiempos de revolución tecnológica y rapidez, tienen más impacto; una influencia más importante que, en lo local y cercano, pues, va más allá de lo que se reconoce como tendencia, y afecta a la humanidad y el planeta.

Volviendo a las funciones que se presentan institucionalmente como ejes misionales, hay un entrelazamiento que forma un tronco que garantiza el progreso, o también pueden entenderse como pilares

que sostienen el desarrollo y la vida, y que demuestran que la generación de conocimiento va más allá de la productividad y de los indicadores. ¿Pero, desde la Universidad, qué podría considerarse que va más allá? Lo es la creación de conocimiento a partir de la producción de investigación relevante. Y esa relevancia, a pesar de las discusiones, incluso en los mismos claustros universitarios, no es únicamente la que se convierte en innovación económica, aunque el sistema actual pareciera exigirla por encima de todas las cosas, y más aún a través de los tomadores de decisiones de la propia universidad. Pero, a pesar de esa demanda de innovación económica inmediata, hay muchas cosas que podrían considerarse de manera romántica humanista: cómo alimentar el espíritu humano (la curiosidad, las ganas de saber), el bienestar, la comprensión del entorno, la humanidad misma (lo que se concibe como civilización, por ejemplo), y sí, la vida. Si partimos de esa creación de conocimiento, en el que los profesores[1],



[1] En Francia, me gusta mucho el hecho de diferenciar a un profesor de universidad, en toda su carrera, desde el inicio, como *enseignant-chercheur*, que vendría a ser el equivalente a 'docente-investigador', y eso implica un reconocimiento social, desde el interior de la misma comunidad académica, hasta llegar a ser *Professeur des Universités*, que es 'profesor de las universidades', lo cual es un reconocimiento universal, que existe desde 1808, y que lo coloca en la máxima categoría, ya que no sólo representan de manera propia y autentica su dominio y a la universidad en la que prestan los servicios, sino a la humanidad, y hacia la humanidad. Tienen la posibilidad de formar a otros profesores de universidad y conducir y dirigir proyectos de investigación, a través de una habilitación para dirigir investigación. Es un honor y un reconocimiento que incluso se desplegó posteriormente en Alemania, y hoy en día está esparcido en casi todos los países europeos. En nuestros países, sería algo así como los Profesores Titulares o los *Full Professors* de los sistemas anglosajones, pero sin el reconocimiento y el orgullo nacional (al menos en Colombia), pues no hay una visión social clara.

estudiantes de pregrado y postgrado, y personal asociado como auxiliares de investigación, o de laboratorios e investigadores asociados, transmiten ese conocimiento y contribuyen a la formación profesional (o técnica), que al final son élites en sí (élites técnicas y profesionales) que constituyen con un talento para que los procesos de crecimiento, desarrollo, modernización (entiéndase como se entienda) de la sociedad, los países y el mundo se lleven a cabo. No hace falta profundizar sobre cómo la industrialización de Alemania, en el siglo XIX, se vio jalonada por las universidades técnicas y el modelo de investigación científica, que impulsaron el desarrollo de la ingeniería y la manufactura avanzada[2]. O en Estados Unidos de América, donde las universidades formaron generaciones de ingenieros y científicos que alimentaron sectores estratégicos como la aviación, la electrónica y la computación, y se convirtieron incluso en el principal atractor de talento mundial que quería desarrollarse, formarse y emanciparse más allá de un diploma, e incluso quedarse (o, si partían, mantener lazos estrechos con su *alma máter* y garantizar influencia y trascendencia). Estos dos ejes o componentes no son aislados, y por supuesto están conectados con el entorno industrial, social, empresarial, gubernamental, a diferentes escalas. Esto se garantiza, pues jalonan más allá de la actividad encerrada del campus y muchas veces de 'las horas nalga y en tablero repetitivo' (parafraseando coloquialmente a un profesor colega caribeño), generando espacios de discusión, apoyando la formulación de políticas públicas (y más cuando ese apoyo viene de actores de universidades públicas) y participando en actividades en las cuales los actores de la Universidad se convierten: los profesores, por ejemplo, en algo que va mucho más allá de asesores técnicos de un estado o región, incluso en los contextos continentales y globales. Ejemplos hay muchos, con las universidades coreanas (como es habitual citarlas), pero también los mismos Estados Unidos, la Unión Europea como organismo (y los países que la conforman), Japón, Brasil, y países no tan grandes, como Costa Rica o Uruguay, y otros que aunque pareciera que no lo hacen constantemente, como el caso de Chile o Vietnam, en los que la comunidad académica participa, desde su conocimiento y valoración de sus actores, en el diseño de políticas públicas de educación, de desarrollo industrial, de tecnología, agrícola (y del mismo desarrollo científico), de bienestar social, de protección ambiental y de industrialización.

Esto, por supuesto, va más allá de una percepción, y lo vemos constantemente cuando, en diferentes documentos de recomendaciones de política pública, se citan y se adoptan las recomendaciones de una institución, como suele hacerse en aquellas entidades de educación prestigiosa, como el Instituto Tecnológico de Massachusetts (más conocido simplemente como MIT, por sus siglas en inglés), de la Unión Europea (sin ver quiénes han sido los actores que intervinieron en la construcción de esos documentos, y no sorprende que sean universidades o redes académicas) o incluso de Chile, Brasil o Costa Rica (con sus

[2] La Universidad Industrial de Santander (UIS) siguió ese ejemplo, para su creación y evolución, que más que solamente alemán, es franco-alemán, y de ahí su nombre de 'industrial' y la estructuración de facultades y *grandes escuelas* de ingeniería, y posteriormente otras áreas del conocimiento.

actores académicos allí, igualmente). Lamentablemente, tanto a nivel local como nacional, muchas veces los documentos producidos aquí no sólo se desprecian, sino que también se burlan de las acciones y recomendaciones de los actores de nuestro propio entorno, o se les quita credibilidad[3], sin argumentación. O se mira con celos cuando alguna universidad privada está en esos espacios, pues asume su responsabilidad misional, ganando, por supuesto, tanto en el exterior como en lo local, algo más que el prestigio y el respeto: gana relevancia y trascendencia.

Soy profesor titular de universidad pública y, asumiendo no sólo la responsabilidad misional, participo regularmente en espacios de interés y trascendencia, a diferentes escalas. Desde estudiante, siempre he sentido admiración por aquellas personas que hacen y entienden, de alguna manera, su rol, y que puede considerarse arrogante: usar el conocimiento para un beneficio común, no de manera aislada, sino desde la misma comunidad académica, que, tras años de actividad, como sucedía en los antiguos grupos humanos, en las tribus, constituye consejos de sabios. Es así como voy a referirme ahora a unas actividades de las que tuve la posibilidad de participar de distintas maneras (como miembro del comité científico, como conferencista e incluso como asistente). En las últimas semanas, a diferentes escalas, se llevaron a



[3] En cierta medida, los académicos y el conocimiento científico estamos sometidos constantemente a una evaluación y debate entre pares. Eso no está mal. Lo mal está cuando, por ejemplo, no se evalúa un contenido rigurosamente o no se debate con argumentos (sino con opiniones), o el desprecio se da entre lo absurdo y lo visceral, muchas sustentado por aspectos tan inverosímiles, que lograron ya inundar la sociedad, como la mala manera de vestirse, el no mostrar poder adquisitivo o no pertenecer a una aristocracia social que no es tradicional completamente, pero que sí puede provenir de redes de privilegio o endogámica, o ser parte de grupos consolidados de poder e influencia. Y sí, incluso en los medios académicos latinoamericanos y del Caribe.

cabo talleres, coloquios y reuniones en las que los actores académicos se impulsaron; la Universidad misma, jalona un desarrollo humano que incluye y apoya el debate desde la conveniencia (no sólo la institucional, aunque esa palabra tanto guste últimamente a los que ejercen el poder, y no el liderazgo), hasta la prospectiva, desde preocupaciones inmediatas. Primero, un grupo de profesores, a partir de una pregunta que desde diferentes escuelas y facultades se venía haciendo sobre el uso de la inteligencia artificial (IA) en la Universidad, ante los avisos catastróficos que he mencionado en anteriores artículos de *Encuentros*, y que coincidió con el reporte oficial del MIT por el *Ad Hoc Committee on the Use of AI in Teaching, Learning and Research Training*[4], en el que la idea principal no era decir si sí o no a la IA, sino el cómo evaluar el razonamiento, el criterio, la creatividad y la capacidad del trabajo colaborativo, y no sólo el producto final como objetivo, con énfasis en la nota, y también cómo se valora ese descubrimiento, cómo se entiende el beneficio o impacto negativo de lo que se descubre y, por supuesto, si se entiende su trascendencia e impacto global, decidió organizar un taller que llamaron "IA & Ciencia: investigar con máquinas"[5]. En la misma semana, en la misma universidad, desde las ciencias humanas, otros actores, profesores y estudiantes, que vienen trabajando en humanidades digitales desde hace varios años, y enmarcado dentro de la semana mundial de las humanidades digitales[6], realizaron un propio evento en el que se enmarca la colaboración entre las ciencias humanas y la tecnología (como la computación), creando incluso un Colaboratorio de Visualización e Interacción Avanzada, dentro de esas humanidades digitales, y que ellos han denominado *Colab Humanidades Digitales UIS*, en este año Clab 2026[7]. Allí, la pregunta que se habían hecho los profesores en el coloquio simultáneo de "IA & Ciencia" trascendía hacia la sociedad como desafíos, en el que la colaboración entre actores es importante para no caer en lo catastrófico y sí apropiarse de la tecnología, los datos y el conocimiento, o al menos protegerlos.

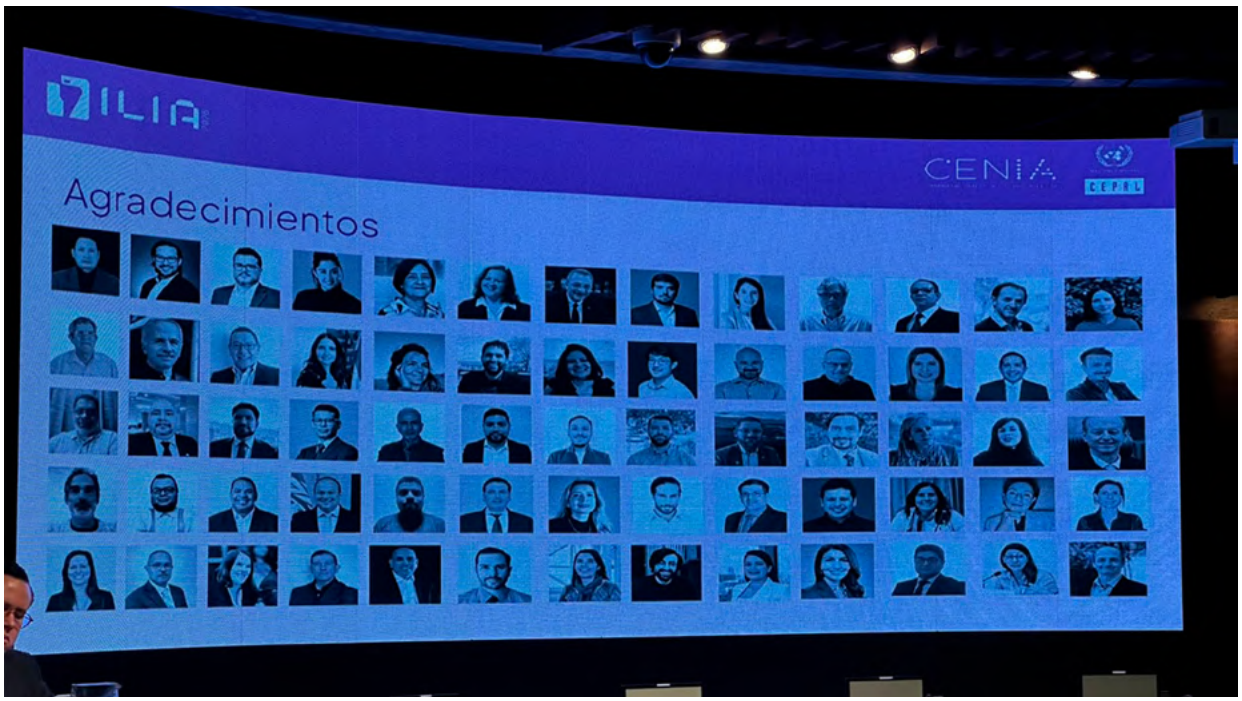
[4] MIT (2026). *Report of MIT's Ad Hoc Committee on AI Use in Teaching, Learning, and Research Training*. Cambridge, MA: Massachusetts Institute of Technology. https://aiandeducation.mit.edu/report/

[5] Es más interesante ver la noticia oficial de la UIS y, de allí, el lector podrá ver, si es curioso, quién lideró, quiénes acompañaron el evento y quienes participaron. Ver: Calderón Alsina, Yuribeth (2026, 8 de octubre). La UIS abre el debate sobre el futuro de la ciencia con inteligencia artificial. *Comunicaciones UIS*, Bucaramanga. https://comunicaciones.uis.edu.co/la-uis-abre-el-debate-sobre-el-futuro-de-la-ciencia-con-inteligencia-artificial/

[6] RHD (2026, 3 de septiembre). #SemanaHD – Semana de Humanidades Digitales 2026. *RedHD*, México. https://humanidadesdigitales.net/semanahd-semana-de-humanidades-digitales-2026/

[7] Igual, es interesante ver la comunicación de prensa desde la UIS. Ver: Remolina, Sebastián (2026, 16 de octubre). La UIS impulsa nuevas conexiones entre disciplinas y saberes con la Semana de Humanidades Digitales. *Comunicaciones UIS*, Bucaramanga. https://comunicaciones.uis.edu.co/uis-semana-humanidades-digitales-2026-2/

En otras escalas, también de manera simultánea, pero con un nivel de influencia político muy fuerte para nuestra región, se llevaron a cabo dos actividades importantes: el lanzamiento del *Índice Latinoamericano de Inteligencia Artificial (ILIA) 2026*[8], en la sede de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL)[9], en Santiago de Chile, que es un índice en el cual yo participé desde su creación (esta es la cuarta versión) por invitación de los responsables de hacerlo, que es el Centro Nacional de Inteligencia Artificial de Chile (CENIA)[10], creado en el 2021, fundado por las universidades Pontificia Universidad Católica de Chile, Universidad de Chile, Universidad Adolfo Ibáñez y Universidad Técnica Federico Santa María, por iniciativa y liderazgo de profesores de universidad, logrando, en tan sólo seis años de existencia y gracias al apoyo de sus respectivas universidades, ser uno de los centros más influyentes del mundo hoy en día. ILIA se ha convertido en un referente de política pública, y de inversiones externas relacionadas con el sector productivo, a nivel continental. Simultáneamente, se desarrollaba otra actividad, en otra parte del continente: un taller, liderado por el Banco Interamericano de Desarrollo (BID)[11], y con el apoyo de



[8] Soto, A., et al. (coords.). (2026, octubre). *Índice Latinoamericano de Inteligencia Artificial (ILIA) 2026*. Documentos de Proyectos (LC/TS.2026/97). Santiago de Chile, Naciones Unidas-Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL, Centro Nacional de Inteligencia Artificial-CENIA), 273 p. https://www.cepal.org/es/publicaciones/90413-indice-latinoamericano-inteligencia-artificial-ilia-2026

[9] Ver: https://www.cepal.org/

[10] Ver: https://cenia.cl/

[11] Ver: https://www.iadb.org/

CENIA, titulado “Laboratorio de diseño de programas para impulsar la productividad con IA”, en la sede del banco en Ciudad de Panamá, Panamá. Este taller, dirigido a tomadores de decisiones y responsables de los proyectos que en los diferentes países de América Latina y el Caribe están solicitando apoyo financiero del banco para proyectos en IA, se constituye en una pieza clave para no sólo generar e integrar política pública y colaborativa regional para proyectos de IA, sino también que, por un lado, exista una apropiación de conocimiento, una responsabilidad estatal, garantizando no sólo el tener infraestructura de cómputo y capacidades de almacenamiento, sino también su sostenibilidad y uso en el tiempo. Y allí es cuando se necesita lo que la Universidad genera: conocimiento, talento y trascendencia en el entorno (sea sociedad, industria o país) a lo largo del tiempo. Ambos eventos simultáneos, como dije, articulados (un director de CENIA estaba en Santiago de Chile, el otro en Panamá) y con la participación de actores diplomáticos, empresariales, de gobierno (en una ciudad y en la otra estaban presidentes, ministros, viceministros, jefes de dependencias de gobierno, de empresas estratégicas), pero ambos con un objetivo compartido: visibilizar y establecer fundamentos para el desarrollo de proyectos que impliquen IA y que, para eso, requieran grandes inversiones y constantes[12] y la interacción con las universidades, con los consejos de sabios de nuestras tribus modernas.

En mi rol, y es lo que quiero resaltar desde ahora, busco que, primero, se entienda que el desarrollo de este tipo de proyectos no se vea de manera unidimensional, sino multidimensional, con todas las complicaciones y elementos que conlleva. Y que, por supuesto, eso exige un plan hacia la sostenibilidad, entendiéndola no sólo con lo que tradicionalmente se confunde con monetariamente rentable, económicamente viable (aunque se relaciona), sino que se conoce y se asume tanto el desarrollo, como la operación de los centros de recursos (que es en sí algo más complejo que la infraestructura, puesto que incluye aspectos ambientales y humanos), y que llega a compromisos entre el rendimiento, las capacidades, la fidelidad, la propiedad y soberanía (que va más allá de los datos), el impacto humano y social, las condiciones ambientales, y el ciclo de vida. Ya todo eso lo he tratado en *Encuentros*, pero sintetizándolo y mostrando por qué es importante en todas las escalas, y cómo se relacionan unas y otras, quizás ayude a que esa apropiación de conocimiento y de tecnología, ese saber el costo y los acuerdos que se hacen en esas dimensiones para un beneficio común, que puede ser igual financiero (real) y social, es importante. Y, sobre todo, entender que, como con cualquier tecnología que impacta la civilización, muchos de nosotros venimos diciendo y asumiendo desde hace años una consigna: la cooperación es lo que nos permite sobrevivir y vivir[13].

---

[12] Es interesante la nota de prensa que se publicó desde la UIS. Ver: Calderón Alsina, Yuribeth (2026, 22 de octubre). Profesor UIS participa en la discusión latinoamericana sobre Inteligencia Artificial y computación de alto rendimiento. *Comunicaciones UIS*, Bucaramanga. https://comunicaciones.uis.edu.co/profesor-uis-participa-en-la-discusion-latinoamericana-sobre-inteligencia-artificial-y-computacion-de-alto-rendimiento/

[13] En el lanzamiento del ILIA 2026, los codirectores de CENIA y profesores Álvaro Soto y Rodrigo Durán, en el taller del BID, presentaron simultáneamente la frase: «La IA se juega en equipo», como enseñanza del índice de inteligencia artificial para América Latina de este año.

En el mismo ILIA 2026 (y comparándolo con los anteriores), se demuestra que, por un lado, las inversiones y la solicitud de inversión en nuestros países han crecido, y que los proyectos y desarrollos comunes son los que tienen mayor influencia. Esto, por supuesto, se logra gracias a sistemas intercontinentales, como el Sistema de Cómputo Avanzado para América Latina y el Caribe (SCALAC), y se soporta en redes y tecnologías avanzadas, como en el caso de RedCLARA[14] . En lo evidente, se muestra una vez más que sin cómputo de alto rendimiento (HPC, por sus siglas en inglés) no hay IA, pero también visibiliza las brechas enormes entre los grandes jugadores y los pequeños[15] . Esto implica por supuesto el desconocimiento (y diría a veces irresponsabilidad) de, primero, no articular esa cooperación para hacer sostenible ese desarrollo (que implica no sólo infraestructura, sino también talento humano; no sólo por producción e innovación, sino también por uso) y, por el otro, el aprovechamiento externo, que se hace de condiciones ambientales, falta de regulación, no apropiación del conocimiento, extrema dependencia tecnológica, aprovechamiento de la pobreza (bajos salarios, bajos impuestos, bajos costos de servicios públicos) e irresponsabilidad política, que hacen que las brechas se profundicen más, lo cual es altamente negativo para la región latinoamericana y del Caribe (LAC). Desde los espacios académicos, mal llamados ‘menores’, hasta la banca multilateral, se ve eso con preocupación, aunque se crea que no importa; y sí, es muy importante.



[14] Ver: https://www.redclara.net

[15] En los últimos informes del HPC Observatory de SCALAC, es posible ver esa brecha impresionante entre los países de la región y cómo se concentran, mayoritariamente en Brasil, las capacidades de cómputo. Ver: https://scalac.redclara.net/en/hpc/hpc-observatory

Mi experiencia académica y científica está más relacionada con lo que se conoce en ese ámbito como infraestructuras para la investigación y el desarrollo (RI HPC-Infrastructures, o RI Computing Testbeds, usando los términos en inglés). Pero es allí donde se prueba lo que luego se convierte en una infraestructura de producción (Data Centers, WSC; también nombres y siglas desde el inglés). Los dos no son mundos no relacionados; al contrario, el conocimiento generado, la experimentación e incluso las posibilidades de innovación que se dan en las plataformas de investigación y desarrollo, permiten priorizar la estabilidad, la disponibilidad y la eficiencia operativa que ofrece un centro de datos de producción. Si se sintetizara, se diría que es más que infraestructura: sería una plataforma o, mejor aún, una arquitectura que, al final, es parte de un ecosistema en el que la energía se transforma en conocimiento (algoritmos, procesos, datos) y en el caso de la producción, en recursos financieros (monetizables) o de bienestar social y de la vida. ¿Y cómo ayuda esto a acompañar a los tomadores de decisiones políticas en la definición de sus proyectos como país, desde mi rol en la academia? Pues entender que, más allá de gastar recursos o comprometerlos (como en el caso ambiental, muy conocido por lo que pasa en el agua), se depositan en iniciativas que, a pesar de que pueden ser de buena fe o de interés común, implican un costo, y que, al conocerlo, se evalúa si vale la pena asumirlo, hasta dónde y, por supuesto, sostener esa iniciativa en el tiempo.

Al momento de buscar implementar un centro de datos, o acogerlo (como se ha vuelto una tendencia regional, al abanderar la implantación de grandes centros de datos de compañías tecnológicas o de servicios mundiales), existe un lenguaje mínimo y una serie de factores, métricas y escenarios de análisis que se deben tener en cuenta. Por ejemplo, quienes implementan centros de datos, comercialmente ven la escala del proyecto en términos de energía consumida (en megavatios, MW, como una medida de potencia eléctrica solicitada por la infraestructura en un instante dado), y sus proyectos están definidos y etiquetados de esa manera. Una vez hecho esto, en detalle, por supuesto, miran si ese primer costo es relacionable con la demanda de cómputo y datos (que permite rentabilizar y monetizar, pero se mira desde una perspectiva de utilización, un poco extractivista); luego, si el diferencial tecnológico y el soporte posible son sostenibles y rentables (ahí entran los humanos como transformadores), y finalmente si existe una regulación que pueda generarles complicaciones con los grandes jugadores internacionales: Estados Unidos y China, principalmente. Si hay demanda suficiente, energía y conectividad, y se puede jugar con reglas externas (en nuestro continente, principalmente las de EE. UU.), es beneficioso para el negocio, no necesariamente para quien acoge o ampara la infraestructura, como un país, o una región, o una comunidad. Por supuesto, para considerar otros posibles clientes, principalmente europeos, se analizan los factores humano y ambiental, incluido el regulatorio; pero, si no, que es lo que normalmente pasa, no se va más allá. El diferencial tecnológico depende de la demanda y, si el uso es simplemente eso, uso, no importa ir más allá de lo comercialmente viable ni buscar lo realmente innovador. Esto puede sonar crudo, pero puede ser una apuesta de país para mantener su economía con cierta estabilidad, beneficiar a sectores clave de una economía y, porque así se sueña

en un mediano plazo, es poco probable (no soy capaz de colocar imposible) entrar a tener un rol diferencial, porque ya se tienen brechas estructurales que claramente lo posicionan en desventaja. Sin embargo, se le apoya (el BID lo hace) para que su decisión sea coherente y, si se quiere, se pueda saltar a jugar como transformador o desarrollador en un futuro, que nunca es corto de plazo.

En un escenario de país, o lugar diferente, podría darse que el país sí tiene una regulación fuerte o mínima, condiciones de conectividad y de talento humano interesantes, y una perspectiva de utilización equivalente a un mínimo posible. Entonces, las decisiones se toman en términos de competitividad y se establecen proyectos realmente soberanos (incluso frente a los grandes jugadores de países extranjeros), pero cabe resaltar que, al convertirse en un competidor (recordemos el sistema en el que mayoritariamente estamos), se asume un riesgo y se entra a una competencia agresiva (Brasil lo sabe), y exige una apuesta de país impresionante. Se puede, entonces, decidir si jugar o no, o hacerlo de manera modesta hasta poder ser realmente un gran jugador (algunos países en la región han tomado esa decisión). O hacerlo de manera mixta. Allí, si es una puesta de política de país, igual se pueden acoger centros de datos de intereses externos, ser consciente de que mayoritariamente se es usuario (y no generador o trasformador), pero permite comenzar a fortalecer competencias del talento humano, a adecuar los espacios sociales, a generar un debate público y transparente para crear regulaciones y, por supuesto, mirando el diferencial tecnológico posible para que la dependencia se reduzca y se diversifique la tecnología, apropiándose de ella (sin pretender que esa apropiación es para robar o maquilar, sino que, a partir de ahí, usarla y generar otras cosas), entendiendo los riesgos medio ambientales y sociales, y, por supuesto, mitigándolos, para ir más allá del beneficio inmediato monetizado.

En ambos escenarios, se requieren expertos de la academia y, si bien principalmente se piensa en quienes tienen experticia en tecnología, también los hay en las ciencias humanas y sociales, y, dependiendo de la especificidad, en otras áreas del conocimiento (por ejemplo, ciencias básicas, ciencias económicas, de la vida y de la salud). Evidentemente, se requiere una interacción multidisciplinaria, a veces transdisciplinaria y multicultural (aunque, en nuestro caso, en América Latina y el Caribe somos muy similares, si nos comparamos con otros contextos, como el europeo), guiada por objetivos y necesidades, muchas veces comunes, aunque hay que reconocer que las motivaciones y los intereses pueden ser diferentes. Pero el lector podría decir que los expertos podrían ser únicamente científicos que trabajan en centros y unidades de investigación y desarrollo no necesariamente vinculados a la Universidad. Los hay, pero recordemos lo que expuse originalmente: no sólo se trata de la generación y transferencia de conocimiento, ni de la experticia y las competencias técnicas y científicas, sino también de la interacción con la formación de talento y su relevancia para el entorno y el mundo. Y un factor adicional, es que la Universidad puede trascender y permanecer en el tiempo; los gobiernos, no. El grado de relevancia, y el estar presente en esos espacios, como Universidad, dependen de las personas. Una institución, la que sea, incluyendo por supuesto la Universidad, pudo haber sido fundada, creada por un ideal y unos valores, pero son las personas quienes la desarrollan, quienes mantienen o fortalecen esos valores (o crean otros). *La Universidad deja entonces de jalonar cualquier desarrollo cuando se*

concentra exclusivamente en la docencia, desconectando los ejes misionales; por ejemplo, que su investigación o generación de conocimiento tenga exclusivamente motivaciones económicas o exóticas (sino esotéricas), con una desconexión no sólo del entorno, sino del mundo, con una relación con la industria mínima o utilitaria, con una relación con el Estado, en el caso de las universidades públicas, dada solamente en términos de provisión, y con una desconexión absoluta con la sociedad, que al final le tiene una desconfianza, o apatía. Restringiendo la participación internacional de su recurso permanente, que es valioso y se trata de sus profesores, evaluando su desempeño mediante indicadores administrativos, observando principalmente su popularidad, falseando el impacto académico, científico, tecnológico y social[16]. De hecho, es una afirmación que comparten personas de diversas instituciones multilaterales, como el propio BID o de la Comisión Europea, quienes, citando diferentes fuentes, afirman que la evidencia reciente muestra que las universidades (o, como yo he venido diciendo, la Universidad[17] , leída con mayúscula inicial, en la connotación de su valor institucional, como si fuera un nombre propio) maximizan su contribución al desarrollo cuando actúan como nodos de un ecosistema de innovación que conecta investigación, industria, gobierno y sociedad. Cuando se aíslan de estas interacciones y se enfocan principalmente en procesos administrativos, o en docencia desconectada del entorno, su capacidad de generar impacto económico y social disminuye[18] . Esto es consistente tanto con la evaluación de los modelos y procesos implementados desde el modelo de Triple Hélice de Etzkowitz y Leydesdorff, como con las conclusiones recientes de Stanford HAI, referidas anteriormente. Pero que, sin ser tan estrictos, basta con ver desarrollos e impacto histórico, indicadores de los diferentes *rankings*, la participación de los profesores en diferentes espacios (incluyendo la sociedad misma, el entorno cercano, tan importante como el internacional) y, por supuesto, el reconocimiento social, más allá de las redes sociales o páginas institucionales, que se traducen hoy en día con artefactos computacionales y, por supuesto, de la propaganda.

[16] La frase no es completamente mía, pues surge de lecturas como la de la Triple Hélice, de: Etzkowitz, Henry and Leydesdorff, Loet (1995). The Triple Helix -- University-Industry-Government Relations: A Laboratory for Knowledge Based Economic Development. *EASST Review*, *14*(1), pp. 14-19, https://ssrn.com/abstract=2480085; que ha inspirado a desarrolladores de política pública en América Latina y el Caribe. O los reportes anuales de la Universidad de Standford, que pueden consultarse en el programa de inteligencia artificial centrada u orientada al ser humano, Human-Centered Artificial Intelligence (Standford HAI). Ver: https://hai.stanford.edu/about/annual-reports

[17] En general, me refiero a la Universidad como una sola. En mis años en ella y de interacción con otra, la veo como algo no sólo único, omnipresente, sino que, al final, todas trascienden y están fuertemente asociadas como una unidad, en una universalidad.

[18] Leydesdorff, Loet (2012). *The Triple Helix of University-Industry-Government Relations* [work paper]. Amsterdam, University of Amsterdam, 17 p. Disponible a partir de https://www.leydesdorff.net/th12/th12.pdf

Finalizo con una reflexión tecnológica poco entendida, y que será un tanto impopular o incomprendida. Parafraseando la expresión, que ya no es «inteligencia artificial», sino 'Superinteligencia'[19], hoy está de moda porque la usan líderes políticos e ideológicos, gigantes tecnológicos, influenciadores (*influencers)* y gente del común: la verdad es que no hay superinteligencia sin supercomputación[20]. No hay supercomputación sin energía y, por supuesto, pierde su relevancia sin los seres humanos.

* * *

Quiero agradecer especialmente a Fernando Vargas, del BID (además de a todo el equipo de innovación y competitividad del banco, así como a los consultores con los que se desarrollan estos acompañamientos para el desarrollo del continente); a Rodrigo Durán y Álvaro Soto, de CENIA (y a todo su equipo de ILIA, y a los demás consultores). Igualmente, quiero agradecer y resaltar a los profesores Luis Alberto Núñez de Villavicencio Martínez, de la Escuela de Física, y Ana María Giraldo, de la Escuela de Trabajo Social, ambos de la Universidad Industrial de Santander (UIS), quienes lideran espacios diferentes, pero que se complementan en estos temas de urgencia absoluta; y, por supuesto, a los miembros de la comunidad de la Universidad, que entienden la importancia de nuestro rol como profesores para el mundo y apoyan, promueven, no restringen y defienden nuestra participación en estos espacios.

[19] La palabra no es nueva, ni fue acuñada por alguien recientemente (así quiera decirlo por X, el antiguo Twitter). El término fue elaborado académicamente, desde la filosofía, por Nick Bostrom. Puede buscarse explorarse su libro en: Brostrom, Nick (2014). *Superintelligence: Paths, dangers, strategies*. Oxford, Oxford University Press, 432 p. Disponible a partir de https://archive.org/details/superintelligenc0000bost

[20] Para nosotros, los que estamos en la comunidad de computación, y más en términos de cómputo avanzado, la inteligencia artificial es un caso de procesamiento masivamente paralelo (intensivamente paralelo). No es despectivo: es un caso de uso de computación de alto rendimiento, como lo es igual el cómputo cuántico (claro, estoy simplificando, y asumo la responsabilidad de hacerlo para este artículo).

La fragilidad de ser obra de arte (parte II)

Por: Carlos E. Barriga Acevedo

Escritor y cineasta

En la primera entrega de este artículo[1], comentamos las declaraciones del actor Timothée Chalamet acerca de la vigencia y permanencia de las artes[2], y las reacciones por parte del Teatro Mayor Julio Mario Santo Domingo, en Bogotá[3].

Decíamos entonces que para Chalamet, la ópera, el teatro y el ballet son una taxidermia cultural. “Estamos gastando presupuestos masivos para mantener vivo algo que ya no respira, mientras el arte que realmente define a nuestra generación

[1] Barriga Acevedo, Carlos E. (2026, septiembre). La fragilidad de ser obra de arte (parte I). Revista *Encuentros*, (58), pp. 60-68. https://fusader.org/2026/10/05/revista-encuentros-58

[2] Variety (2026, 24 de febrero). *Timothée Chalamet & Matthew McConaughey | Variety & CNN Town Hall - Full Conversation* [archivo de video - Timothée Chalamet, en conversación con Matthew McConaughey, grabada el 21 de febrero de 2026]. YouTube. https://youtu.be/424w9fJRgYk

[3] Teatro Mayor Julio Mario Santo Domingo, (2026, 26 de marzo). La cultura no es mero entretenimiento. *El Espectador*, Bogotá. https://www.elespectador.com/opinion/columnistas/columnista-invitado/respuesta-a-t-chalamet-del-teatro-mayor-julio-mario-santo-domingo-opera-y-ballet/

ocurre en pantallas que los puristas prefieren ignorar", dijo el actor. Ante estas palabras, que generaron una tormenta mediática, el Teatro Mayor aprovechó para sentar posición sobre varios temas de la actividad artística, en particular contra el "entretenimiento", y en referencia directa al cine, como una industria que sólo busca vender llevando al espectador a "pasar el rato", y, por lo tanto, haciendo que sus productos y acciones se vuelven intrascendentes.

Hablar del cine de manera tan genérica puede resultar un ejercicio inútil, porque ha evolucionado de tal manera, que hoy es un dispositivo complejo en el que confluyen el lenguaje cinematográfico, la integración de casi todas las artes y una diversidad de ecosistemas tecnológicos que sirven de base para la mayoría de los procesos comunicativos y cognitivos de la humanidad.



El problema del "entretenimiento"

Pero el artículo periodístico publicado por el Teatro Mayor fue más allá, y sentenció que, distinto al "entretenimiento", la ópera y el ballet son expresiones del pensar de las sociedades y de su identidad. Su razón de ser no es el consumo, sino la consolidación de un ritual colectivo que afianza la identidad y preserva la cultura. "La ópera y el ballet son cultura, pero *el cine es entretenimiento*. […] El objetivo de la industria del cine es vender y el de sus audiencias, pasar el tiempo".

El artículo deja en el aire el supuesto de que el cine no es cultura porque es 'entretenimiento'. Para ello, asume el mismo rol excluyente de las instituciones tradicionales de las artes y la cultura, planteando de nuevo la confrontación de "estaturas" entre unas artes y otras, unas culturas con otras, y unas clases sociales contra otras, y así, de paso, justificar la posible existencia de un arte "alto", que es superior.

Para el crítico de arte John Carey, este uno de los grandes temas de la sociología del arte. En su libro *¿Para qué sirven las artes?*[4], dedica el segundo capítulo a dar respuesta a la pregunta: ¿el arte "alto" es superior? Sostiene que la denominada "alta cultura" no es un valor superior en sí mismo, sino que opera como un dispositivo de exclusión y distinción clasista que las élites estructuran para mantener el estatus de unos grupos sobre otros. En este sentido, los conceptos de la estética clásica y la noción de "placer desinteresado", han servido para justificar el disfrute del arte culto ligado al prestigio y al capital cultural, tal como lo plantea Pierre Bourdieu, cuando señala que la estética de las élites, caracterizada por la distancia respecto a la necesidad práctica, es opuesta a una estética popular, que subordina la forma a la función y el contenido a la utilidad.

Según Carey, no hay una base racional lógica que permita distinguir entre 'alta cultura' y 'arte de masas'. Lo único evidente es que las élites han utilizado históricamente el concepto de "arte superior" como un mecanismo de distinción y exclusión social para diferenciarse del resto de la población. Uno de estos mecanismos, quizá el más determinante en la teoría estética, es la noción kantiana de "placer desinteresado", una especie de selector de lo que es y no es "bello". Para Carey, ese placer sólo le es permitido a quienes tengan garantizada su existencia social y económica, los que tienen la posibilidad del disfrute libre y autónomo para acceder a lo que unas élites consideran que es política y culturalmente "bello". En cambio, los pobres, que deben priorizar la solución de sus necesidades materiales básicas, en su día a día, al no contar con un reconocimiento social y cultural para asumir lo "bello" como valor estético, quedan relegados a una especie de "incapacidad espiritual" para apreciar y disfrutar lo que es "verdadero arte".

[4] Carey, John (2007). *¿Para qué sirven las artes?* [2005]; 1.ª ed., trad. de Teresa Arijón. Buenos Aires, Debate, 288 p.

Una nueva “atención humana” como factor de entretenimiento

Para Chalamet, estamos viviendo un momento de desconcierto generalizado en lo social, económico y cultural, y, por supuesto, en lo artístico. Esto conlleva a que, en lugar de seguir en la discusión centenaria sobre lo que es o no es arte, más bien se deba proponer otra premisa: el entretenimiento no es simplemente la cualidad de una serie de productos que distraen o generan evasión en los espectadores. Es lo que estamos viviendo hoy, una “evolución de la atención humana”. Estamos en otro momento, que obedece –y aquí lo interesante– a una democratización de la mirada y del acto de ver. En otras palabras, obedece a un nuevo “lente”, no por el simple hecho de “ser visto”, sino porque implica la “toma de la mirada”. Es decir, volvemos a hablar de democracia en las artes.



Los *gatekeepers*

El cine tradicional y las artes escénicas se sostienen por los *gatekeepers*, o "guardianes del acceso", dice Chalamet. Son aquellos ejecutivos, productores y críticos que definen lo que es el arte "alto" (la música clásica, la literatura "seria", la pintura de los antiguos maestros, la ópera, el arte abstracto, entre otros), los mismos que sentencian lo que es arte de masas, o lo que es bajo o inferior en la producción artística. En las industrias, los *gatekeepers* son los ejecutivos, tipo Hollywood, los que deciden cuáles proyectos se financian y cuáles no, o los que eligen a los actores que pueden tener una oportunidad en los proyectos cinematográficos. También tienen rol de *gatekeepers* los críticos, publicistas y generadores de opinión, y todo el andamiaje industrial que los soporta. Para contrarrestar sus dominios, Chalamet ha venido proponiendo una especie de *gatekeepers de contrapeso*, guardianes por fuera de los circuitos, que se sitúan en el devenir de las oportunidades en las plataformas digitales y en las redes sociales, pero también en las nuevas modalidades de productoras independientes, permitiendo a los jóvenes creadores eludir a esos otros "guardianes del acceso" de las industrias, *y* que ayudarían a producir obras propias de forma independiente.

Dice Chalamet: "un chico de diecinueve años, con un *smartphone* y una cuenta de TikTok, tiene más incidencia sobre las narrativas contemporáneas que un director de escena en una institución de las artes en Londres, o Nueva York".

La idea es que, si se logra esta autonomía tecnológica, lingüística y estética, se podría hablar de democracia y libertad creadora, entendidas como el acceso y diálogo inter-actuante entre creadores y espectadores. Para Chalamet, esto no viene de las escuelas de teatro o de los conservatorios tradicionales, sino de los creadores mismos que operan fuera del sistema. Los nuevos *gatekeepers* deben surgir para dejar de depender de las grandes productoras. El mismo cine está en riesgo de convertirse en el siguiente miembro de la "taxidermia cultural", si se aferra sólo a la experiencia de una proyección de dos horas en una sala oscura, como única forma de validación. El cine debe funcionar como un 'ecosistema *transmedia*', y para ello es necesario que se expanda como narración en todos los sentidos.

Chalamet no habla específicamente del papel que están jugando las narrativas seriadas en *streaming*, ni de las posibilidades que ofrece la inteligencia artificial, o los generadores de contenidos inmersivos y de realidad mixta, entre otros. No obstante, es obvio que están en su ideario en construcción sobre la creación independiente de las de artes audiovisuales.

En resumen, las declaraciones de Chalamet, en el evento de CNN y Variety, sonaron como alarma de terremoto en sectores importantes de la industria cinematográfica, y movieron algunas columnas del *establishment* institucional de las artes del mundo. Pero lo que más generó escozor fue su crítica a los subsidios gubernamentales y privados que se otorgan a las artes escénicas tradicionales, los millones de dólares en fondos públicos para subvencionar funciones de ópera, a las que asiste una élite reducida, mientras que la educación en medios digitales y las artes tecnológicas están infrafinanciadas. Para Chalamet, debe darse una redistribución de recursos hacia la 'infraestructura creativa digital', argumentando que es ahí donde reside el verdadero potencial económico, artístico y cultural del inmediato futuro.



A manera de colofón

Hace unos días, el escritor y editor Carlos Nicolás Hernández me recordó un hecho que compartimos en el pasado. Sucedió en Bogotá, en el año 1987. El director del Instituto Nacional de Cultura (Colcultura), Carlos Valencia Goelkel, recibía en su oficina a Gloria Zea, reconocida gestora cultural y directora de la Ópera de Colombia, en aquel entonces. Ella le reclamaba por no disponer de los recursos necesarios para la programación de la ópera, y él le respondía que la cultura en Colombia no es sólo la ópera o el ballet en el Teatro Colón, y que también había que atender las manifestaciones artísticas y culturales de la diversidad colombiana. La situación molestó mucho a Gloria Zea, pero Valencia Goelkel no se quedó atrás. Fue entonces cuando exclamó: "Cuando yo quiero ir a la ópera, voy a la Ópera Metropolitana de Nueva York". Al final todo se calmó, y cada quien salió a mirar soluciones. A las pocas semanas se lograron algunos apoyos estatales y otros privados, y fue posible financiar buena parte de la programación. Todo parecía marchar muy bien, pero vinieron las quejas del personal administrativo del Teatro Colón. Se quejaban de la gran afluencia de mensajeros y asistentes de entidades estatales, y de distintos grupos, empresas y consorcios financieros, todos pidiendo boletería gratis para las funciones de la ópera.

Pocos días después, y bien informado de la alta demanda de boletería gratis, Carlos Valencia comentó de manera jocosa y coloquial: "Es increíble que esta burguesía colombiana no sea capaz de financiarse su propia ópera".

Foenkinos: fabricante de minuetos novelescos

Por: Mauricio López

Escritor[1]

Por cada *croissant* que se prepara en los hornos del territorio francés, en las primeras horas del día, hay un escritor que traza una página. Las letras se adensan de otra manera en la capital y en las campiñas por donde han transitado tantos hombres y mujeres con algún manuscrito debajo del brazo. El siglo del que hablemos es indistinto, siempre parece haber un puñado de filósofos, novelistas, e intelectuales dispuestos a enarbolar un manuscrito y sacudir el orden apacible de las mesas de tertulia. En una mesa rotulada con el número XVIII pueden estar apiñados Voltaire, Diderot, Rousseau y discutir acaloradamente sobre los pilares de la enciclopedia. En otra pequeña mesa redonda, enmarcada con el número XIX, puede contemplarse a Victor Hugo, a Balzac, a Flaubert, a Baudelaire, a Mallarmé, y a Maupassant, cuyo diálogo se hace incomprensible e interminable, y la única palabra que logramos captar de manera reiterada es: ¡Mince! En la mesa del siglo siguiente, están los que no dejan de estar en boca de todos, incluso a esta altura del siglo veintiuno, un tal Sartre, un Camus, un Barthes y una De Beauvoir y una Duras. Cuando hablamos de la mesa que corresponde al presente, los nombres y apellidos en lengua francesa no cesan de florecer, y es como si se nos dijese que el principal patrimonio del pueblo francés reside en sus artistas, en sus pensadores, en quienes no han dejado de trazar páginas,

[1] (Bucaramanga, 1988). Ha colaborado con *Letralia*, *Culturamas*, *El Espectador*, *Journal of Artistic Creation and Literary Research*, *Revista Colofón*, revista *Encuentros*, revista *Caminante*, revista *Contrapunto*, revista *Montaje*, y *Crisopeya: Revista de Arte y Literatura*. Es autor de los libros *Formas de morir y otros textos* (Ediciones UIS, 2013), *Capítulo Tres* (Ediciones Oblicuas, 2017) y coautor del libro *El reinado de Harley y otros relatos* (Caza de libros, 2015).

ya sea desde una pequeña habitación entre el verdor de Périgord o una diminuta alcoba en la luminosa París. Al hablar de las letras francesas de tiempos recientes, los lectores de todas las latitudes cuentan con nombres y apellidos como Patrick Modiano, Hervé Le Tellier, Emmanuel Carrère, Jean Echenoz, Éric Vuillard, Marie Gauthier, y desde luego, David Foenkinos.

De esa larga y rica tradición artística está muy consciente Foenkinos, un hombre que, con novelas como *Charlotte*, *La delicadeza*, *La biblioteca de los libros rechazados*, *Número dos*, o su más reciente, *Todos aman a Clara*, se ha granjeado el placer de ser traducido a múltiples lenguas, y llegar de esa manera a las bibliotecas de los lectores hispanohablantes. El mismo Foenkinos ha develado en alguna entrevista su admiración por la literatura escrita en castellano y el deleite que supone leer cada nuevo libro de un autor como Enrique Vila-Matas. El catalán y el francés tienen en común la pasión por la literatura en lengua francesa, haber transitado por París en diversas ocasiones y, también, como quizás no podría ser de otro modo, una latente curiosidad por quienes han dejado de escribir, por quienes han dejado una pequeña huella artística y luego han desaparecido de la escena literaria y por el recurrente tema del rechazo literario, con sus derivas e ironías. Para los lectores de Foenkinos y Vila-Matas, no cabe duda que dos libros como *Bartleby y compañía* y *La biblioteca de los libros rechazados*, hacen parte de una misma familia libresca, de dos hermanos con el trazo del rechazo de principio a fin. Casi que podríamos decir que no existe un personaje del universo literario de Foenkinos que no haya tenido que cruzarse con la daga del rechazo sentimental o artístico. La fórmula parece bastante sencilla: no hay artista que no haya experimentado esto en algún momento de su vida, y por eso vale la pena hablar de las dobleces de esos momentos, de esos contrapuntos.



En *Todos aman a Clara*, Eric Ruprez es quien levanta la mano y dice: yo soy la nueva Charlotte Salomon. Yo soy el nuevo Martin Hill. Soy la nueva personificación del rechazo de uno de los escritores franceses más queridos del momento y será una chica de nombre Clara quien me brindará una mano a la hora de salir de las fauces del olvido. Ruprez es, en efecto, alguien que en su juventud lo apostó todo a la literatura, y lo que obtuvo de su debut como novelista no fue otra cosa que un cadencioso silencio general. Ahí estaba, otro hombre más que cree haber escrito algo digno de leer, quizás no una obra maestra, pero algo por lo menos lo suficientemente bien escrito para hacerse de algunos fieles lectores y que al final no tuvo un ápice de lo mucho o lo poco a lo que aspiraba. Uno más de esos escritores cuya carrera acaba en el debut o que no alcanza a vender ni siquiera las cajas con ejemplares de obsequio, esas cajas de cartón donde suelen depositarse unas cincuenta o cien copias de una obra. Estas son cosas que se van develando con el transcurrir de las páginas, pues el Ruprez que nos presenta Foenkinos en la apertura de la novela es un hombre entrado en años, que imparte talleres literarios, y que suele ser bastante esquivo a la hora de hablar de su trasegar literario. En resumen, Ruprez es alguien que, como Bartleby, el personaje de Melville, preferiría no haber hecho ciertas cosas y guarda distancia de aspectos que llegaron a interesarle en otra época. Es alguien que tampoco se siente muy a gusto en su papel presente y que no sabe por cuánto tiempo más podrá seguir jugando a hacer de tallerista, de alguien que escucha atentamente a sus alumnos, de alguien que brinda algún consejo en algún determinado pasaje, de alguien que sustituye palabras o que moldea de otra manera un párrafo entero. Simplemente es alguien que no sabe si lo más provechoso tanto para él como para quienes asisten a sus talleres, sea salir disimuladamente por alguna puerta y no volver a presentarse en el aula de clase. A este escenario podríamos preguntar, ¿qué profesor de literatura no ha expresado públicamente su desazón a la hora teorizar durante horas sobre aspectos que poco o nada tienen que ver con el ardor y el riesgo que supone la composición de una obra de arte? ¿Qué tallerista no ha explotado delante de sus alumnos y no ha expresado de manera airada que preferiría estar leyendo en su casa lo que le viniera en gana antes que seguir alineado con un plan de lectura institucional? ¿Por qué será que las mezclas teóricas más ambilicadas de los programas literarios nos llevan a lugares cada vez más trillados e infructuosos?



Todo cambia con la llegada de Clara a la vida de Eric Ruprez, y los lectores rápidamente comenzamos a encariñarnos con la jovencita que aparece en el título de la novela, pero más allá de esto, lo interesante es el diálogo que consigue sostener Foenkinos una vez más con el tema del rechazo literario y con la propia escritura. Algunos de los pasajes más bellos que nos deja la novela en este aspecto, podrían ser:

> Era preferible admirar a artistas desconocidos, comer en restaurantes desiertos y escoger a un escritor que no despertaba el menor interés. Incluso le resultaba grata la idea de que en sus primeros pasos literarios le acompañara alguien que ya no escribía.
>
> […]
>
> Paradójicamente, la trayectoria de Ruprez, tan discreta, conmovería a todo el mundo. Aunque él se había dedicado a vegetar en la desesperanza de la autoflagelación durante años, la gente veía en él a un purista de la escritura que había arrostrado décadas para escribir la novela perfecta.
>
> David Foenkinos, *Todos aman a Clara*.
> Madrid, Editorial Alfaguara, 2026, pp. 11, 199.

Antes de terminar y se me reproche el haber soltado el término minueto en el título de este texto, vale la pena recordar que la palabra ‘minueto’ se asocia a una danza elegante de origen francés. A día de hoy, que mi vocabulario se empieza a ampliar con las distintas danzas que han hecho parte de la historia de la humanidad, y que intento aprender a tocar la zarabanda de Händel en un instrumento de cuerdas, tal definición me aleja un poco de Bach y me acerca a tierras francesas. Esto es justamente lo que nos brindan las novelas de Foenkinos, una manera de danzar elegantemente con las palabras y los rechazos artísticos.

Entre el duende y el ESMAD: lectura de *Elástico de sombra*, de Juan Cárdenas

Por: Carlos Luis Torres Gutiérrez

Escritor y librero, magíster en Literatura latinoamericana

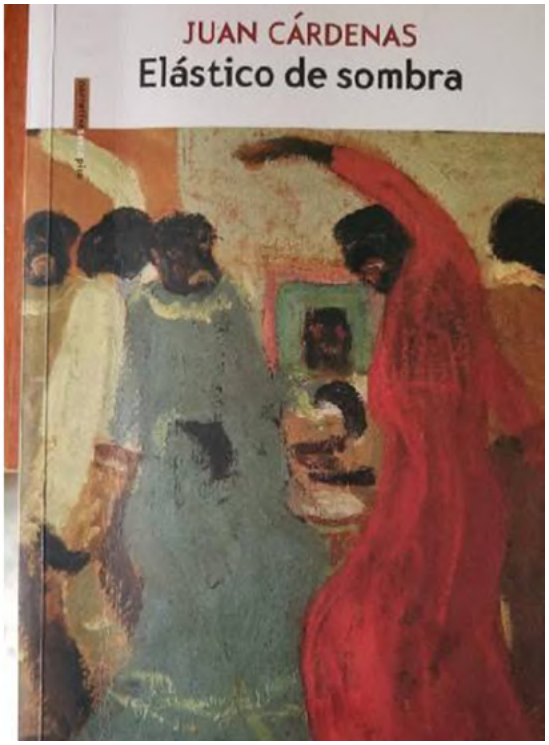


A cabo de terminar la lectura de una breve novela de Juan Cárdenas, titulada *Elástico de sombra*, publicada en Madrid por Sexto Piso Editores en el año 2020. La había tenido en mi biblioteca, durante estos años; me atrajo desde el principio su título y su portada, pero por esas cosas de la literatura, de la vida y de este país, que cambia de rumbo tan rápido, hoy su lectura cobra otro y mayor sentido.

Es una novela ágil y curiosa. Relata la historia de los macheteros del norte del Cauca, un puñado de hombres educados en la "esgrima del machete" o, mejor, en el arte de la "grima", como se llama a esta curiosa habilidad, que practican con pulcritud los marginales de Puerto Tejada, fundamentalmente, negros e indios, que no solamente se divierten y toman viche, sino que recuerdan a sus maestros antepasados, quienes participaron en la Guerra de los Mil Días (1899-1902) y en la guerra contra el Perú (1932-1933), en el batallón de primera línea. Allí la grima con machete no era diversión, sino la tarea de dejar enemigos tirados sobre el campo de batalla.

La novela comienza: "Los dos maestros sudaban aguapanela hirviendo, apenas protegidos por las latas agujereadas del paradero de buses […]"; los dos eran Sando y Miguel, el maestro machetero y su discípulo, quienes esperaban la llegada de una camioneta que no fuera de color amarillo, ojalá negra y conducida por su amigo Cero, pues se iban a internar por trochas y caminos de cruces y de "Ys", entre pedregales, abismos, praderas, ranchos, cañadas, caseríos y el río Patía, en busca de un secreto que era guardado tal vez por los macheteros más viejos, esa maniobra que se realiza en la oscuridad, ese movimiento que se llama "elástico de sombra". Esta novela continúa con ese ritmo realista-rural-periférico-popular-costumbrista-indígena-afrocolombiano-poético[1], que el autor desborda con esa prosa de color y de olor que avanza sin saberse su rumbo, pues todo va al azar y al encuentro de algo que no se sabe exactamente qué es.





[1] Dice Don Sando, sobre el viche: "oiga señor, dijo, levantándose de su silla, esto sabe a sombra platanera de patio trasero, tiene un puntico a fruto de naidí y un fondo oscuro y dulce como tierra de azotea, con un fantasmita de yerbas fragantosas donde predomina el pipilongo" (pág. 25).

Sí, se deambula por una prosa realista indígena con un tono de afrocolombianidad y por eso el lector no se asombra de las historias contadas sobre "El-Que-Ya-Sabemos", sobre las mujeres que rezan a los hombres y los someten a sus designios, pero la aparición y conversación de Sando con un duende verde del tamaño casi de un metro, hace que el lector reconozca una intromisión de la construcción imaginaria de ese mundo de hombres periféricos, no incluidos en el espacio oficial del país, pues esta mixtura entre realidad, y eso otro que denominamos fantástico, aquí se presenta como un nudo sólido que delimita, pone linderos a la cultura negra e indígena del norte del Cauca colombiano. Un elemento de construcción literaria muy particular posee la novela de Juan Cárdenas, que también se ve en sus textos anteriores[2]: una juntura de realidad y lo fantástico que solidifica ese entorno social, sin banalizarlo, quitándole ese tono bobalicón con el que se relataba frecuentemente la novela rural, acentuando su marginalidad y desatino, pero no aquí en Cárdenas, quien, nacido en esa región, conoce y sabe el valor de aquella diversidad. No es simple su mirada, no es irónica, menos despreciativa, es por el contrario una descripción respetuosa de un mundo que se sostiene y se nutre con y desde su entorno cultural.

Los dos macheteros y su conductor se tropiezan con una minga indígena que organiza la toma de la carretera para reclamar sus derechos de territorio, en defensa de sus leyes y costumbres, y Sando y Miguel se encuentran con Francia Márquez (la misma que fue la vicepresidente en el gobierno de Petro), pero aquí años atrás, en medio de sus lides y batallas y otras lideresas (Clemencia Carabalí, Feliciano Valencia, luego la "Machetera Mayor de La Toma", Fidelia Mina), que le dan a la novela un corte muy actual, realista. En medio de celulares y mensajes de WhatsApp, surge el escuadrón móvil antidisturbios, el ESMAD, los gases entre los cañones y las quebradas. En este lugar la novela adquiere un tono testimonial que me disgusta porque rompe la magia, el otro tiempo, ese espacio que se abre entre machetas que se diferencian a la esgrima culta y burguesa, rígida y clásica, a este otro de machetas, de guerras y protestas por la justicia y la equidad, entre hombres y colores, entre olores y animales, entre brujas, duendes, encantamientos y el sonido de un río que corre apresurado.

Por un instante recordé esa gran novela de Bulgákov, *El maestro y Margarita*, cuando se burla de la cultura rígida de la revolución socialista y pone a volar las brujas encima de las cabezas de los ciudadanos de Moscú. En la novela del ruso la ironía nos hace vibrar al darnos cuenta que la revolución había caído en la trampa y que el arte verdadero iba más allá[3]. En un instante imaginé esa ficción nativa-afrocolombiana-indígena haciendo huir al ESMAD por el vuelo demoniaco de "El-Que-Ya-Sabemos" o de la bruja que convirtió en un cucarrón gordo al amigo Cero (conductor y escribidor) y lo encerró en una cajetilla de cigarros, y ahí me di cuenta de que Cero era el *alter ego*: un "escribidor blanquito, así medio cafeconleche, que vivía con el hocico metido entre los negros",

[2] *El diablo de las provincias* (2017), por ejemplo.

[3] La estrategia es parecida: lo fantástico se cuenta con aplomo, dentro de lo real. Pero, en Moscú, el prodigio cae sobre un poder que no tiene categorías para lo fantástico, y ahí nace la sátira; en el Cauca, el prodigio ya vive en el imaginario de quienes cuentan, y no hay en la novela un personaje que se asombre, tampoco el lector.

como el autor de esta novela que escribe las historias que recoge durante su trabajo de investigador, y que la cierra con un vuelo del insecto al que fue convertido por la bruja (Nubia) para dar la dimensión adecuada a una leyenda que no puede explicarse, y por eso pone fin al texto, no si antes escribir un epílogo que no cierra.

Dije que la lectura tiene hoy otra mirada adicional, ahora que el actual gobierno en Colombia, como lo vemos a diario, desplaza y abandona las minorías, al ponerlas más allá del lugar periférico donde habían nacido y dejarlas sueltas-perseguidas. Esta novela llama la atención y valora el papel de nuestra sociedad plural, o mejor, diversa ante las políticas restrictivas e intentos de borrar nuestra condición cultural de mixtura. Leer esta novela es un acto reivindicativo de gran importancia y es ahí donde hay que apreciar el valor testimonial que reconoce el autor en su "Nota liminar", al señalar que son fruto de sus trabajos de investigación con el Instituto Caro y Cuervo. Esta consideración no deja a un lado mi deseo de la presencia de elementos de ficción que describan los cuerpos del orden policial huyendo ante el vuelo combativo del demonio y/o la bruja, por ejemplo.

No puedo omitir decir algo sobre la portada, que me impactó, pues es un óleo sobre cartón de un artista uruguayo, Pedro Figari (1861-1938), y que tituló *Candombe de carnaval*, como dice en la página de créditos, lo cual le da indiscutiblemente una cobertura latinoamericana, pues el "candombe" es una tradición afrouruguaya (y rioplatense) que combina música de tambores con danza ritual. Y la "esgrima del machete" es una danza, es un arte, un divertimento, una defensa con estilo, un acto de guerra, facetas que se presentan muy bien en la novela.

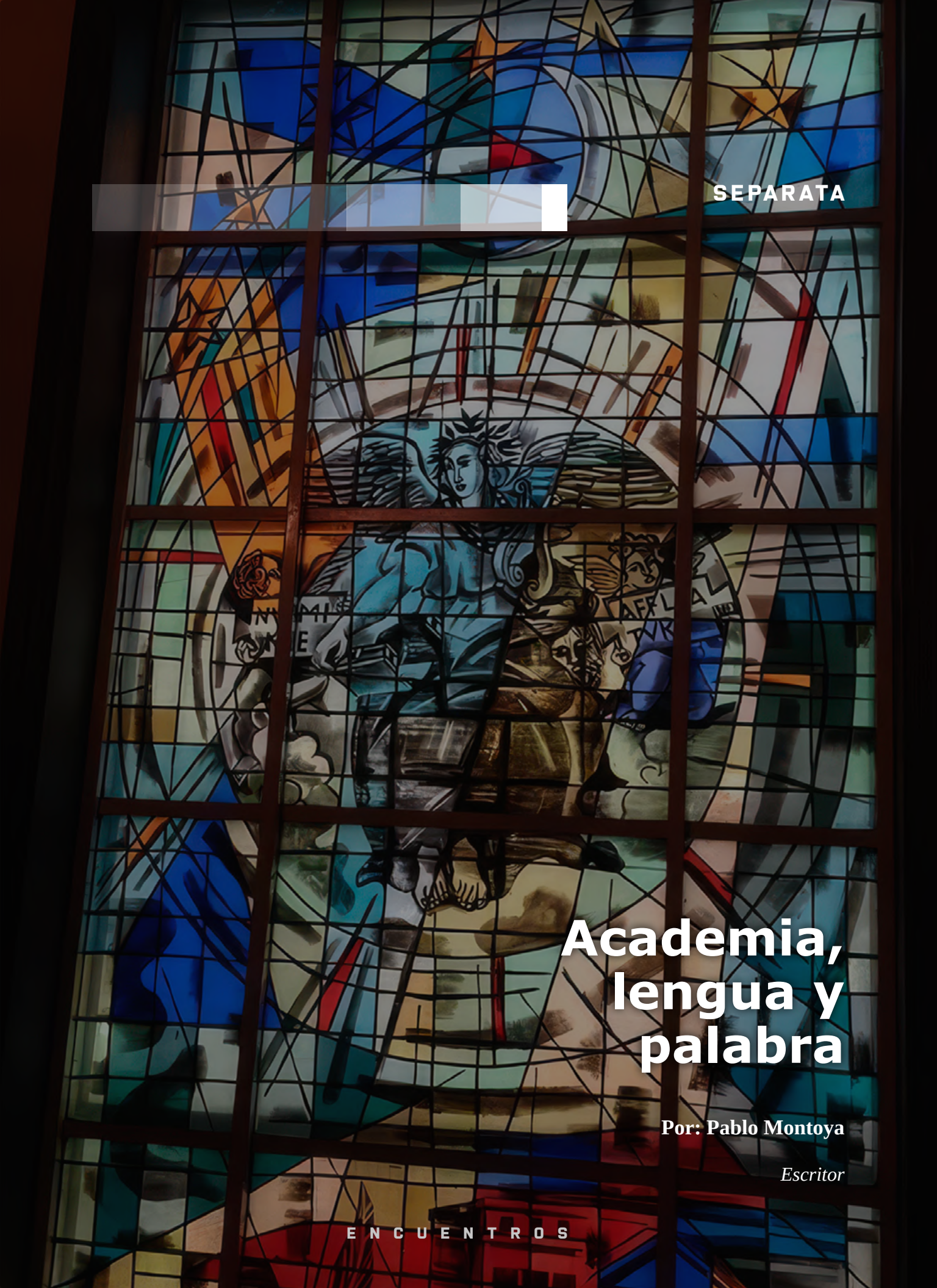




ENCUENTROS

CIUDAD, MEDIO AMBIENTE Y TERRITORIO

#SalvemosSanturbán
#SomosAguaSomosVida



SEPARATA

Academia, lengua y palabra

Por: Pablo Montoya

Escritor

REVISTA ENCUENTROS

ISSN: 2981-4995 (En línea)

Núm. 59 - Octubre de 2026
Bucaramanga (Colombia)

Separatas
Núm. 6: *Academia, lengua y palabra*
Pablo Montoya

La serie Separatas de *Encuentros* es una iniciativa editorial para el abordaje extendido de las temáticas derivadas de la labor divulgativa de la revista

Dirección
Luis Álvaro Mejía A.

Comité editorial
Jorge Castellanos Pulido
Rafael Téllez Sánchez
Juandiego Serrano

Revisión editorial y de estilo
Juandiego Serrano

Comunicaciones
Wilson Barrios Rojas

Diseño
Harold Rivera Gómez

Contacto y recursos web
revistaencuentros.santander@gmail.com
www.fusader.org
www.concienciaciudadana.org

Apoya:

Discurso leído el 19 de agosto de 2026 en la Academia Colombiana de la Lengua, en Bogotá, en ocasión de los 155 años de esta corporación.

Entiendo nuestra academia como un espacio donde varias personas de distintos credos y profesiones confluimos para cuidar la lengua. Esa lengua que es una insoslayable herencia histórica de España y de nuestro diálogo permanente con el mundo hispanohablante. En esta perspectiva, el carácter de la Academia actual es similar al que empujó a sus fundadores a crearla en el año de 1871. Nosotros somos hermanos, sin duda, de Miguel Antonio Caro, José María Vergara y Vergara y José Manuel Marroquín. En aquellos años, pasado más de medio siglo de las jornadas de la Independencia, ninguno de los integrantes de la Academia creía que esta había sido un error. Al contrario, los doce miembros que conformaron la que sería la primera Academia de la lengua en América, ponderaban sin vacilaciones la realidad independentista. Por ello, cuando José María Vergara y Vergara hizo la solicitud de aprobación a la Real Academia Española en Madrid, señaló con claridad la esencia republicana de su propósito.



Nada les espantaba más a estos hombres, apasionados de la Roma antigua y su literatura, que cortar el cordón umbilical de la lengua madre. Porque una cosa les parecía la soberanía política y económica, la independencia militar y social, y otra muy distinta despedazar la fuente primordial que España les había dado. Y el cauce de esa fuente, tanto su arrebato y su densidad como su serenidad limpidez, era la lengua. Ella, por lo demás, había moldeado a Colombia durante los siglos de la colonia a través de las leyes, y estas se habían entrelazado fuertemente, ya que la España de la contrarreforma lo decidió así, con la religión católica. Lo que proponían los primeros académicos, en este sentido, se podría resumir así: fortalecer la independencia americana, pero rendir homenaje al legado cultural de España. Y ese homenaje debía tener como máximo estandarte a la lengua.

Si revisamos la academia de esos inicios, es fácil concluir que se trataba de un conjunto de hombres distinguidos por su alcurnia y su conocimiento de la lengua y la literatura, por sus relaciones con el ámbito político y también por su credo cristiano. De hecho, esa primera academia, que pretendía ser, y lo ha sido por supuesto, depositaria de una larga tradición –esa que partía de la Grecia y la Roma paganas y pasaba por la España católica hasta llegar a la aldea andina que era Bogotá en la segunda mitad del siglo XIX–, fue esencialmente conservadora. En principio, la divisa dada por la Real Academia Española era no inmiscuirse con asuntos de la política gubernamental. Pero eso fue imposible para tales académicos decimonónicos, algunos de los cuales serían después presidentes del país. Y es que todo lo vinculado con la literatura, la lengua y la historia debía pasar por la militancia partidista. Al decir de David Jiménez, quien hace una interpretación desde la historia de la crítica literaria, en la Colombia de esos años era "difícil concebir la existencia de cualquier actividad letrada sin partido". Dios, política y Lengua estuvieron profundamente enlazados. Estos hombres, recordémoslo, ponían como pilares fundamentales en sus polémicas políticas el conocimiento del latín, las reglas de la ortografía española, el bien hablar y el bien escribir. Marco Fidel Suárez, que también fue miembro de esta academia, en su discurso "El castellano en mi tierra", afirmaba categórico: "El que altera la sintaxis, no sólo es prevaricador del habla, sino de su raza y de su patria". Y el que se atreviera, como lo hizo en su momento, Rafael Uribe Uribe, a introducirse en los meandros de la lengua francesa y hacer un diccionario abreviado de galicismos, era visto como un hereje.

Es Malcom Deas el que hace un recorrido por estas relaciones entre Academia, gramática y poder en los años en que "Miguel Antonio Caro y sus amigos" mandaban tanto en las coordenadas literarias como en las políticas. Su conocido ensayo es una crítica, entre respetuosa y divertida, de los años de la República conservadora en que una coma mal puesta, una conjugación defectuosa, una frase torpe, el uso indebido de un adjetivo, una preposición o un participio anómalos, eran sinónimo de ineptitud política. Y cuando algunos escritores plantearon como pilar valorativo de la crítica literaria no a la religión ni a la política, sino a ciertos valores de relacionado con la belleza estética, entonces sobre estos exponentes del liberalismo, cayeron rayos y centellas. Tal debate, apasionante sin duda, puede observarse en las dos posiciones antagónicas de Miguel Antonio Caro, adalid de la crítica literaria tradicionalista, y de Baldomero Sanín Cano, el pionero de la crítica laica en Colombia.

Desde entonces, y debido a sus posiciones políticas, religiosas y literarias, transcurrido el siglo XX, fue imposible ponerle otro distintivo a la Academia Colombiana de la Lengua que el de ser una institución conservadora. Poco a poco, sin embargo, y finalizada la hegemonía de los conservadores, que duró desde 1886 hasta 1930, la Academia se empezó a airear. Abrió definitivamente sus puertas al liberalismo, que era el partido opositor. Pero lo que siguió ocurriendo fue que se puso como requisito insalvable que los académicos fuesen de una tendencia política o de la otra. Academia y política estaban tan fusionadas que parecía imposible que alguien ajeno a las dos militancias y distante de la Iglesia pudiese tener cabida en estos ámbitos. Tal situación, a mi juicio, cambió con la constitución política de 1991, que es una constitución no católica como la de 1886, sino de clara orientación laica. Y ese cambio habría de pronunciarse todavía más en lo que va transcurrido del siglo XXI.



La Academia que hoy nos reúne, esta que ahora cumple 155 años, está integrada por algunas personas que no habitan el mundo a través de militancias políticas y de las confesiones religiosas de antaño. Yo, por ejemplo, que en mi intimidad soy más budista que cristiano, pertenezco a la Academia. Y en cuanto a mi posición política diría que es una conjunción de socialismo civilista, de ecologismo espiritual y de pacifismo ateo. Lo que quiero decir es que hoy por hoy los hombres y mujeres que ingresan a nuestra Academia no tienen por qué ser conservadores, ni liberales, ni ser cristianos. Ya no es obligatorio, por ejemplo, prestar juramento sobre la biblia, y la Academia le otorga al que es nombrado miembro ser condecorado por la persona que él decida. Esto señala una evolución, una madurez, un avanzar plausible en los nuevos tiempos. Nuestra Academia, además, tiene hoy en su seno una mayor cantidad de mujeres, aspecto que la vitaliza enormemente. Y hay miembros que son afrodescendientes e indígenas, y algunos de sus más jóvenes integrantes defienden con argumentos juiciosos y dignos de tener en cuenta el lenguaje inclusivo y el de género.

Ahora bien, entre 1871 y 2026 nos han sucedido muchas cosas. Colombia ha transitado, durante estos años, en un estremecimiento social permanente. Vapuleada por múltiples violencias, que aún no ha podido conjurar del todo, el país sigue manteniendo sus instituciones republicanas. Pero, a pesar de esa estabilidad democrática, que para unos es frágil y para otros reflejo de una fortaleza, Colombia no ha sido capaz de resolver los graves problemas que la han atravesado desde que vio la luz como nación: la tremenda desigualdad social, la corrupción de un Estado siempre lábil, la avidez sin control de las empresas privadas, el contubernio de lo legal y lo ilegal a través del contrabando y el narcotráfico, el nacimiento continuo, como si se tratara de una hidra portentosa, de grupos armados que actúan en las periferias geográficas, la intolerancia religiosa y el resentimiento o la desconfianza hacia ese otro que piensa y siente diferente a la mayoría.

A lo largo de estos años, además, todo un horizonte literario se ha configurado. Y nuestra Academia le ha medido el pulso a esas coyunturas de la lengua y las letras que han hecho de Colombia un país de singular pujanza. Mientras que nuestras sesiones se han desarrollado, en esta sede que hoy nos acoge, la literatura colombiana también ha cursado un periplo. Y este, como la nación que se refleja en los textos –esa nación que muchas veces se torna inasible porque sus realidades se desbordan de tal modo que nos dejan impotentes y perplejos– ha sido por momentos confusa y bulliciosa, pero también plena de hallazgos y de transparencias. Han sucedido, por ejemplo, las tensas relaciones entre el pasado y el futuro. Es decir, la polémica de saber si resulta conveniente recostarse en la recuperación del pasado para poder continuar hacia adelante, o si hay que abrirse, desdeñosos de lo transcurrido, hacia la incertidumbre que sugiere lo porvenir. Y ahí están como paradigmas en este debate José Asunción Silva y Gregorio Gutiérrez González, en el dominio de la poesía. O Baldomero Sanín y Miguel Antonio Caro, en el del ensayo. Los unos creyendo que no puede haber literatura nacional sin fidelidad católica, sentimiento patriótico y obediencia a la tradición hispánica. Los otros pensando que es en la belleza, el cultivo de la autonomía y en los perfiles de una proyección hacia lo universal donde los imaginarios de la lengua deben adentrarse para dialogar de manera más clarividente con la modernidad.

Ha sucedido, también, la secularización del arte y la literatura en un país que, durante un buen tramo de su vida pensante, ha visto con desconfianza los procesos de emancipación intelectual. Esa emancipación que se tradujo en defender la independencia del artista frente a las verdades eternas de la religión, las imposiciones de la política, los ideales de la nación, los objetivos moralizadores y las argucias del didactismo. Este siglo y medio de existencia de la Academia ha presenciado cómo la poesía y el ensayo, los géneros reverenciados antes, le dieron paso a la novela, como género nacional y como el más complejo, el más leído y el más rentable para la actual industria editorial. Pero si la poesía fue un fanal más o menos utópico para esos burgueses católicos colombianos de finales del siglo XIX, no olvidemos que será luego un pregón de rebeldía y sicodelia con las generaciones poéticas de la segunda mitad del siglo XX.

Y han sucedido, igualmente, las búsquedas de la identidad regional proyectadas en la narrativa realista de Tomás Carrasquilla y Gabriel García Márquez, escritas las primeras a partir de las influencias naturalistas españolas, rusas y francesas del siglo XIX; y las segundas

tomando como referente la novelística y el periodismo de los Estados Unidos del siglo XX. Y es que eso que llamamos "literatura nacional", desde la poesía de José Eusebio Caro hasta Álvaro Mutis, desde la novela de Jorge Isaacs hasta la de Roberto Burgos Cantor, desde el ensayo de José María Samper hasta el de William Ospina, no ha sido más que una mezcla de influencias que proceden de un lado y de otro. Porque qué es lo propiamente original de una expresión literaria sino las maneras en que un escritor asimila lo que le llega de todas partes. Ya lo decía Baldomero Sanín Cano, respondiendo así a las exigencias hispanistas de Miguel Antonio Caro, y anticipando en más de treinta años lo planteado por el universalismo de Jorge Luis Borges: "Es miseria intelectual esta a que nos condenan los que suponen que los suramericanos tenemos que vivir exclusivamente de España en materias de filosofía y letras. Las gentes del Nuevo Mundo tienen derecho a toda la vida del pensamiento. Ensanchemos nuestros gustos. Ensanchémoslos en el tiempo, en el espacio; no los limitemos a una raza, aunque sea la nuestra, ni a una historia, ni a una tradición literaria". Tal postura podría ubicarnos, y aquí me apoyo en la divisa modernista planteada por el mismo Baldomero Sanín quien, a su vez, se sostenía en la divisa cosmopolita de Goethe, frente a un tipo de nacionalismo literario que no le apueste sólo a la glorificación del terruño, sino que sea capaz de "abrirse a todos los influjos nuevos y extraños del mundo para enriquecer lo propio". Y digo esto, sin olvidar claro está, lo que Hernando Téllez suponía frente al peligro de defender un nacionalismo literario como si este fuera una especie de panacea estética capaz de "garantizar la falta de talento, la miseria del estilo o la tontería intelectual".



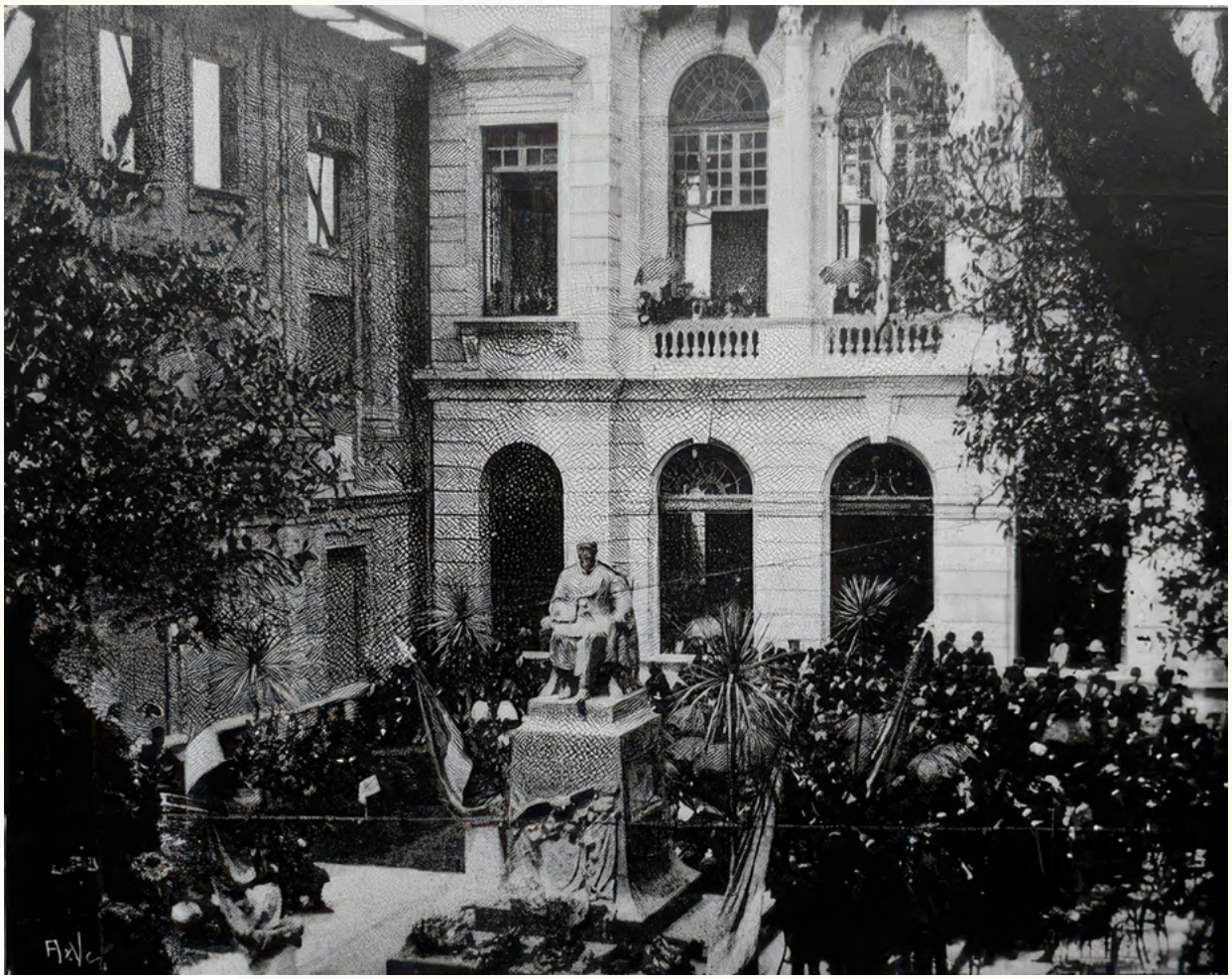
También han aparecido, en este tramo de vida de la Academia, las novelas de José Eustasio Rivera y César Uribe Pidrahíta, en las que se denuncia la barbarie del capitalismo extractivista y se nos muestra qué tipo de país es Colombia: un proyecto centralista que ha gobernado, con grandes limitaciones, vastísimas zonas marginales. Y han aparecido las novelas de la violencia partidista que, según García Márquez, se malograron por su falta de profesionalismo literario y sus pretensiones panfletarias. Y después vino el otro vendaval de las novelas del narcotráfico, del sicariato, del realismo sucio que han mostrado, apoyadas en las técnicas de lo audiovisual y la frivolidad del espectáculo mediático, ese monstruo de múltiples cabezas que ha sido la violencia colombiana. Y no se puede desconocer, finalmente, –y esto lo menciono por la experiencia que he tenido como docente universitario en los campos de la filología– que la idea de una literatura nacional, anclada sólo en la lengua española, actualmente se cuestiona porque la literatura colombiana es también aquella hablada y escrita en las lenguas indígenas y afrodescendientes.

Esta coyuntura llevaría a la conclusión de que lo que ha sucedido en las letras occidentales en los últimos años, y que ha repercutido en nosotros, es una mutación de dimensiones trascendentales. Las nuevas formas de la valoración de la literatura ya no tienen como máximos referentes al autor y a su obra, ni a las instancias del poder político y religioso, sino muy especialmente al lector. Y el lector colombiano de ahora lee desde un yo individual que está apertrechado en una suerte de gigantesco e inasible organismo de plataformas virtuales. Imbuido del todo en la mercantilización del arte y la industria cultural, en la perversa manipulación de la I.A. y en una sobreinformación que se torna cada vez más aplastante, este lector demuestra que su comprensión de la literatura y los fenómenos de la lengua son bastante angostos. Sin embargo, ese yo, por muy sofisticado que se considere en los dominios de la tecnología, para no sucumbir a las veleidades y engañifas de las sociedades de consumo en que vive, debería alimentarse de las circunvoluciones del tiempo. Debería leer desde el presente, sin duda, pero sin ignorar que su actividad lectora forma parte de una larga evolución cuya elongación va de la primitiva escritura cuneiforme de los sumerios hasta los signos informáticos de nuestros días. Y que ese recorrido de la escritura y la lectura, entre otras, no ha sido más que una lucha permanente entre la imposición y la desobediencia, entre el control del individuo por el poder y su incesante anhelo de liberación.

Este panorama abigarrado, que tan sólo rozo en estas líneas, no muestra una situación fácil y paradisíaca. Al contrario, se trata de una realidad bullente, problemática y que inevitablemente conduce a la deshumanización de la cultura. Y es aquí cuando, al abordarse estos recodos históricos del país, del mundo y de la Academia, surge con meridiana claridad la divisa que ha signado nuestro derrotero como corporación: en medio del transcurrir del tiempo y sus desgarramientos periódicos, debemos cuidar y preservar la lengua. Y, en la medida en que ella involucra al hombre, significaría también que cuidarla es cuidar a la humanidad. ¿Pero preservarla y cuidarla de qué? Yo pensaría que de la estulticia y de la alienación, de la insensatez y del fanatismo, de la intransigencia y de la intolerancia. Pues estos antivalores se han vuelto en el pan turbio de cada día de muchos gobiernos establecidos actualmente en el planeta. Es contra esas avanzadas del irrespeto y la vulgaridad, de la prepotencia y la megalomanía, de las que el ejercicio

de la inteligencia y la sensibilidad pareciera haberse expulsado como si se tratara de un peligroso forastero, es que debemos cuidarnos.

Hacia finales del siglo XIX, los hermanos Cuervo se referían al propósito que debía tener la Academia colombiana: "conservar la lengua castellana en la misma pureza que nos la legó España para que en ella pudieran redactarse nuestros códigos, escribirse nuestra historia, pintarse nuestra naturaleza y cantarse las glorias de nuestros guerreros". Convengamos que estos compromisos, en gran parte, han prevalecido a través de estos 155 años. Pero también es necesario señalar que la pureza lingüística reclamada por aquellos primeros académicos no es la misma que nos preocupa a nosotros, habitantes del siglo XXI. Que sus códigos, sus glorias, sus guerras y guerreros y su modo de relacionarse con la naturaleza se diferencian de los nuestros. Y que las formas del canto, entre esa generación y la de hoy, han variado. Somos, ciertamente, herederos de ellos. Pero somos también distintos a ellos. Por tal razón, es esta encrucijada, tramada de continuidades y discordias, de abrazos y distanciamientos, lo que hace que nuestra Academia esté estimulada, como todas las otras del ámbito hispanoamericano, por los difíciles y vitales vaivenes del tiempo.



Con todo, lo que nos une, no sólo a los fundadores de la Academia, sino a los que la han continuado a lo largo de estos años, es la tarea de proteger el patrimonio cultural de una lengua. Una lengua que nació en las periferias de España cuando el latín trataba de subsistir en medio de la dispersión provocada por la caída del imperio romano, y que, a través de los siglos, y acompañando las jornadas de conquistas del imperio español, terminó por desparramarse por diferentes regiones del planeta. Si este propósito inobjetable nos torna conservadores, entonces bienvenida sea esta etiqueta. Aunque me gustaría reconocer también que somos una Academia que conserva y que, a la vez, está abierta a las transformaciones de la lengua. Barrunto que esta misión, en todo caso, exige un tanto de lucidez, otro de audacia y otro más de osadía. Y lo digo teniendo en cuenta esta contemporaneidad laberíntica que nos rodea. En realidad, como comunidad de cultores, estudiosos y apasionados de la lengua española, vivimos suspendidos entre la tradición y la ruptura, al decir de Octavio Paz. El poeta mexicano se refería con esta expresión a los procedimientos en que transcurre el fenómeno literario. Paz no discernía, ciertamente, sobre el devenir de una academia. Pero pienso que su concepto, que convoca tanto lo centrípeto como lo centrífugo, es útil para intentar hacer un balance de nuestro itinerario.

La academia, desde la que fundó Platón, ha sido un recinto donde se preserva el conocimiento. Platón lo realizó con el de Sócrates y con el de los llamados filósofos naturalistas que lo antecedieron. Su academia cuidó y, al mismo tiempo, interpretó un conocimiento filosófico de tal forma que aún seguimos leyendo, subyugados, aquellos diálogos que surgieron en los espléndidos jardines del mítico Academo. Así como el deber de los estoicos a lo largo de la historia ha sido el de cuidar las almas, al decir de María Zambrano, nosotros debemos cuidar la lengua. Pero esto, me permito inquirir, ¿nos hace protectores benevolentes de la lengua o más bien embarazosos guardianes de ella? Platón y sus discípulos velaron por el mantenimiento de un saber filosófico. Nosotros, en principio, debemos velar porque ese flujo verbal a través del cual se transmiten todos los conocimientos –los cultos y los populares, los científicos y los empíricos, los místicos y los racionales, los lingüísticos y los literarios– no se extravíe, ni se disgregue, ni se convierta en un torrente en el que la incomunicación prevalezca.

La lengua, permítanme decirlo, suelo asociarla con un ser vivo. A veces, al sentirla no sólo en mi boca, sino en mi pensamiento, la siento como una fuerza telúrica remota. Al posesionarme como miembro correspondiente en esta Academia, quise rendirle un homenaje personal al español. Dije aquella vez algo que quisiera volver a decir ahora: “Tú eres, español, un río colosal. Imparable y turbulento. Atribulado de rumores y de gritos. Recogido en las oraciones más privadas y fraternal en las exclamaciones más regocijantes. Y vas recibiendo, aquí y allá, lo que tus afluentes te entregan”. Ese vigor del español, descomunal y elemental, colectivo e íntimo, es el que siempre celebramos en estas efemérides. Porque la lengua española es nuestro soporte y, a la vez, nuestro impulso. Y es, como lo dice nuestro lema, la única patria. Pero esa patria, y esto lo expreso como escritor e intelectual, como profesor universitario y ciudadano de a pie, hay que protegerla de la confusión y la manipulación.

Por momentos, sospecho que Walter Benjamin tenía razón al considerar a la lengua, en su origen, como una especie de entidad divina. Una gran construcción simbólica, asequible e impenetrable para los



hombres, propia de Dios. De tal modo que, al acontecer la tumultuosa fragmentación de esa primera lengua –y ahí está el mito de la torre de Babel para representar el despedazamiento fundacional–, lo que habría de dejar como herencia fue el caos lingüístico entre los seres humanos. La exegesis de Benjamin es en gran medida pesimista. Todas las lenguas existentes y sus entrelazamientos propuestos desde la traducción, según su opinión, son aproximaciones entecas a esa lengua única y todopoderosa. Así, nuestros empeños por expresar una verdad definitiva a través de los artificios de la palabra resultan tan inútiles como inútiles fueron los intentos de construir aquella lejana y alta torre. Las lenguas serían, entonces, un intento intrépido y por ello mismo loable, similar a la celestial construcción, pero condenado al fracaso. Porque frente a una supuesta lengua primera, capaz de expresar las posibilidades de lo divino, las que nacerían durante la dispersión y el éxodo, es decir todas las lenguas humanas, no son más que devaneos caracterizados por la incomunicación.

La hipótesis judía del ensayo de Benjamin tiene su correlato literario en el cuento de Borges, "La biblioteca de Babel". Allí todo es siniestro porque esa biblioteca infinita flota sobre una insoportable vacuidad infinita, y toda comunicación pretendida por sus infinitos libros tiende a la confusión. Es como si para Borges, poliglota y traductor él mismo, las lenguas fuesen el patrimonio de un dios tan totalitario como aparatoso porque su designio ha sido simplemente el de que sus criaturas no puedan acceder a la totalidad cristalina de su lengua y, en cambio, vivan de un lado para otro azuzados por una algarabía que no logra decir la verdad. Empero, al lado de esta concepción abrumadora, está la que considera la experiencia de Babel como sinónimo de potente vitalidad. Que esa dispersión, esa disgregación, esa confusión no son trágicas de ninguna manera, sino que son el reflejo de nuestras diferencias culturales. Que no hay tal unicidad condenatoria, sino incesante y riquísima variabilidad. Y que este aparente desorden es lo que, en realidad, permite la alternativa de la comunión, la del abrazo, la del diálogo entre las colectividades humanas.

La lengua, ese ser plural que nos habita y nos hace seres del pretérito, del presente y del futuro, está insuflado de esta dinámica de anhelo de fusión y de certeza de desintegración. Y no podemos desconocer que esta que hablamos, como todas las lenguas, es una criatura extraordinaria que vive en permanente cambio. Al ser más humana que divina, uno de los rasgos que la caracteriza es su capacidad efervescente de transformación. Sólo comparemos, verbigracia, los primeros versos castellanos del siglo XIV con la poesía barroca del Siglo de Oro, y esta con la minimalista del siglo XXI, y entenderemos la faz de esas mudanzas. Y si nos asomamos a las hablas populares de las masivas ciudades latinoamericanas de hoy, y mensuramos su explosiva capacidad inventiva, su inclinación a los neologismos, su regodeo con lo escatológico y lo sexual, su irreverente lúdica que pretende siempre la infracción, veremos que algo parecido sucedía con las hablas españolas del medioevo cuando el castellano era regurgitado por un latín en desbandada que reclamaba, como bandera suprema, el orden y la precisión clásicas. Toda lengua, respetados académicos, es un territorio que se se piensa definitivo y firme. Sin embargo, a cada instante, se siente sacudido con movimientos sísmicos que intentan desequilibrarla. De tal manera que nosotros nos vemos una vez más ante una circunstancia paradójica. Por un lado, somos testigos de esa ardorosa ansia de cambio que posee la criatura que cuidamos y, por el otro, estamos aquí para decidir qué vaivenes aceptar para que su fuerza y su equilibrio permanezcan.

Por último, me resta hablar de la palabra. La mía, desde hace años, cuando era tan sólo un joven escritor y ni siquiera imaginaba cómo sería la senda que habría de recorrer, se supo anclada en la escritura. Y es desde mi oficio de escritor, y desde mis búsquedas y convicciones literarias, que me permito manifestar lo que significa la palabra para mí. En primer lugar, siempre he creído que mi labor literaria está fusionada con el arte. Y que la literatura como creación artística, como lo dijo Hernando Téllez en uno de sus ensayos más reveladores, "es una expresión de la más íntima libertad del hombre". Esto hace que, al forjar esa palabra, tome como consigna la de que el arte es inalienable. Es decir, creo que él, el arte, y ella, la palabra, no pueden ser asimilables a ningún credo político, a ninguna fórmula religiosa, a ninguna filantropía social o populismo. Esta palabra que yo he escrito y trato de seguir escribiendo, puede ser liberadora sólo si es capaz de entrar, provista de su luz

poética, a las realidades más brumosas y a las historias más envilecidas. Y para que esto se produzca, he procurado que ella sea independiente.

Conozco, por supuesto, las consecuencias de esa independencia. Sé que ella puede ocasionar, a veces, distanciamientos con los medios literarios que suelen ser afectos a la complacencia, la obediencia y el servilismo. Y en otras, sé que provoca la realidad del aislamiento y el ostracismo. Sin embargo, estas circunstancias, que suelen proceder más de los ámbitos literarios, periodísticos y de las redes sociales, son circunstancias menores o, en todo caso, superables. Porque lo arduo es trazar la palabra. Mantener su ejercicio no indemne de las turbulencias, ni alejado de los grandes debates que hoy sostiene la humanidad frente a los horizontes de la guerra en medio de políticas que disfrazan la opresión y el autoritarismo con eufemismos mentirosos. Ya lo decía Thomas Mann ante las ruinas dejadas por la Guerra Mundial: "si alguna vez el fascismo vuelve, lo hará en nombre de la libertad". Esa palabra a la que me refiero, entonces, debe nombrar el núcleo de la belleza reconociendo que este puede ser tan sublime como atroz. Ha de entrar en los lugares más cenagosos sin desconocer que lo suyo también corresponde al dominio de la refulgencia. Esa palabra que permite hundirse en el ayer y regodearse con tales desplazamientos para que luego, sabiéndose portadora de una tea temblorosa, emerja al presente para otorgarle destellos que, por lo demás, no dejan de ser ilusorios.

Pero es en la palabra de la resistencia donde quisiera apoyarme para terminar estas reflexiones. Acudo de nuevo a Hernando Téllez para definir al escritor que soy. Una suerte de "empecinado nadador", un "náufrago potencial que resuelve dar pábulo a su desesperación". Un insolente que nada a contracorriente y se arriesga a "introducir sospechas en el estatuto colectivo de la cultura". Pero sería limitado decir que la resistencia de mi palabra se levanta sólo ante las contingencias del ahora. Escribo, cada vez me convenzo más de ello, para resistir contra la devastación de la realidad, de la materia y de la historia. Por ello mismo, he escrito la palabra para conjurar las heridas del exilio de un poeta romano de la Antigüedad, para aliviar el dolor y el abandono de un pintor francés del siglo XVI perseguido por adhesión al protestantismo, para entender mejor el extravío en las guerras de independencia de un naturalista neogranadino, para arrojar un haz de luz diminuto en el pavoroso túnel de la desaparición forzada en la Medellín de nuestros días. En fin, quiero seguir escribiendo una palabra semejante en esta lengua española porque ella es, lo repito una vez más, mi atalaya, mi trinchera y mi fortaleza.

Gracias por su atención,



Pablo Montoya
Miembro de Número de la Academia Colombiana de la Lengua
Miembro Correspondiente de la Real Academia Española